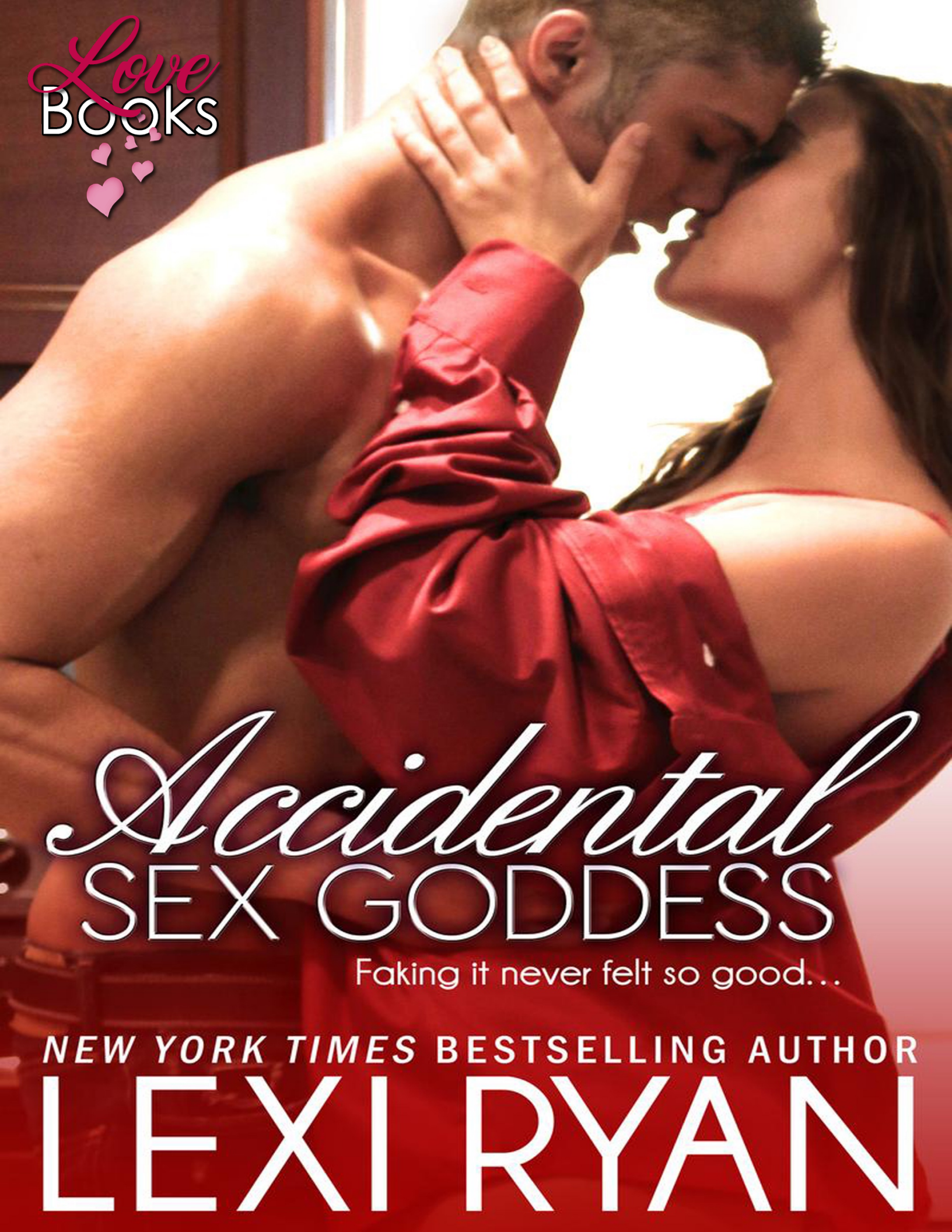
Love Books
Accidental
SEX GODDESS
Faking it never felt so good...
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
LEXI RYAN

Accidental
SEX GODDESS

Love Books

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.
Es una traducción de fans para fans.
Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.
También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.
¡Disfruta la lectura!

LEXI RAIN

Accidental SEX GODDESS

Love Books

Créditos

Moderadora de Tradución

Camila Cullen

Traductoras

Florpincha
Mich Fraser
Tannia Maddox

Lvic15
Cjuli2516zc

Axcia
Jessibel
Camilla Cullen
Myr62
Zara1789

Moderadora de Corrección

Jessibel

Correctoras

Florpincha
Nuwa Loss
Dai

Jessibel
Caile

Lectura Final

Jessibel

Diseño

R♥bsten

LEXI RAIN

Accidental
SEX GODDESS

Love Books

Indice

Dedicatoria
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Sobre El Autor

LEXI RAIN

Dedicatoria

Para mi madre, quien me dio el amor a la lectura, mi primera novela romántica y el mejor ejemplo de lo que significa ser una mujer fuerte.

Accidental SEX GODDESS

Love Books

Sinopsis

FINGIRLO NUNCA SE SINTIÓ TAN BIEN.

La directora de publicidad Reese Regan no es una diosa del sexo y no quiere serlo. Pero cuando le ofrecen un trabajo con Sex Goddess, Inc., debe completar el programa salvajemente popular de la compañía: Diosa del Sexo 101. Tratando solamente de evitar la línea del desempleo, no para convertirse en la próxima seductora de Chicago, nunca se imaginó que los infames "pasos" podrían funcionar.

El sexy mejor amigo de Reese que está fuera de los límites la ayuda a "fingir" su camino a través de compra de lencería, sexo telefónico y lecciones de seducción. La pasión que destella entre ellos puede ser más caliente de lo que su amistad puede soportar. ¿Y la idea de que solo quiere a la "nueva" ella? Eso es más de lo que su corazón puede soportar.

¿Fingir algo tan importante le costará la oportunidad de algo real?

LEXI RAIN

1

Traducido por Camila Cullen, MYR62
& Florpincha
Corregido por Nuwa Loss

–¿Te consideras una diosa del sexo?

Reese Regan levantó la vista hacia una de las más influyentes mujeres de Chicago y dijo—: ¿Perdón?

Halie McCormack metió un mechón de cabello platino detrás de su oreja. —¿Te consideras a ti misma una diosa del sexo?

¿Era una pregunta con trampa?

Reese mordió su labio. ¿Había una forma *correcta* de contestar esa pregunta cuando quien preguntaba era la presidenta y fundadora de Sex Goddes, Inc.? —No… no lo sé.

Halie sonrió. —Inténtalo.

—¿Qué?

Golpeteó el panfleto en la mano de Reese. —El primer paso de mi programa es el único paso que es el mismo para todos. Dilo en voz alta.

Reese se retorció. *¿Tengo qué?* Probablemente, si no quería enemistarse con la mujer que sostenía el éxito de WJRK Baile de Caridad de Máscaras.

—Soy una diosa del sexo, —dijo Reese. ¿No sería satisfactorio si el *decir* algo como eso lo hiciera real? *Soy una diosa del sexo* o *soy talla seis*. O, diablos, que tal *soy una diosa del sexo talla seis con una herencia del tamaño de Texas.*

—Dilo como si lo creyeras, —dijo Halie—. Decirlo no ayuda si no lo *crees*. Intenta de nuevo.

La oficina de Halie se puso veinte grados más caliente. El calor reptó en las mejillas de Reese, y una gota de sudor fluyó por su pierna. Oh sí, se estaba sintiendo súper sexy.

Los programas en Sex Goddess, Inc. eran la última tendencia a seguir en el área de Chicago. Era la tarea de Reese el involucrar a la compañía en el próximo gran evento de WJRK incluso si eso incluía bailar el tubo en medio de una reunión de negocios.

—Lo siento. No estaba esperando… —No estaba esperando que esta reunión de negocios se convirtiera en el campo de entrenamiento de Sex Goddess.

Halie sonrió. —Te pone incomoda decirlo en voz alta, ¿no?

—Oh, no. —¿Por qué la pondría incomoda? Solo era completamente extraño—. Solo me sorprendiste. Quiero decir, estoy aquí profesionalmente, y no parecía muy profesional el… —Se detuvo cuando Halie levantó una ceja—. Sí, me pone incomoda. Lo siento.

Halie sacudió la cabeza mientras caminaba detrás del escritorio. Con casi un metro con ochenta y dos centímetros, de los cuales un metro y medio eran piernas, se movía con la gracia de una bailarina mientras se sentaba en la silla. —¿Te das cuenta de que te has disculpado dos veces en los últimos sesenta segundos?

—Lo sien… —*Mierda.*

Halie rió. —No tienes nada de que disculparte. Es mi trabajo señalar eso. La mayoría de las mujeres tienen a su diosa del sexo interior ahogada por la sociedad y la presión de ser todo para todos.

Reese asintió. Probablemente fuera mejor que explicar que ella nunca tuvo una diosa del sexo interior para ahogar. Si la tuviera hubiera sido un ahogamiento por suicidio. La nota de suicidio probablemente hubiera sido, *"Demasiado intrascendente mi existencia…"*

—Dime sobre tus metas, Reese.

Reese forzó una sonrisa y se sentó. Iba a estar aquí por un tiempo. Esto se suponía que sería sencillo, una rápida charla para limar el acuerdo entre Sex Goddess, Inc. y la estación de radio. Pero no. De regreso a primera base.

—Cada año WJRK da un baile de caridad de máscaras en la víspera de año nuevo. Este año, estamos juntando dinero para apoyar el albergue de mujeres, Almost Home, esperamos juntar suficiente dinero para construir una muy necesaria adición. El patrocinio del evento por Sex Goddess, Inc. haría mucho por ayudarnos a llegar a la meta.

Halie asintió. —Muy noble, ¿pero qué hay de metas personales? Reese miró a la mujer, una modelo preciosa, un bebé con fondo fiduciario, con un Bentley y un novio que jugaba para los Chicago Bear. ¿Alguna vez habría tenido que ponerse una meta personal en la vida?

—Algo totalmente desligado de tu trabajo. Una meta que *Reese* quiere para *Reese.*

Halie había hecho esto durante una entrevista con Oprah Winfrey. Pregunta después de pregunta hasta que Oprah había tenido gruesas lágrimas de cocodrilo corriendo por su cara. *"Pero ¿quién es Oprah Winfrey?"*

Reese necesitaba una meta personal. Rápido. —Me gustaría perder siete kilos, —dijo, y recordando el anterior comentario de Halie trató de decirlo como si lo sintiera.

Halie frunció el ceño y se frotó la nuca. —Ese es el problema con nuestra sociedad. Las mujeres creen que su valor depende de la talla de sus pantalones o algún número arbitrario en la báscula.

Tienes razón. —Reese debió ver venir esto. Después de todo, tenía estudiado a la fundadora de Sex Goddess, Inc. Halie no iba a dejarla salir de su oficina hasta que no hubiera acogido su muy grande trasero y declarado que la talla catorce era el nuevo seis—. Lo siento. Supongo que no estoy segura de lo que quieres decir.

—Eh. Tu hermana estaba en lo correcto.

Tal vez sus estudios no eran tan precisos. —¿Mi hermana?

—Voy a ser honesta contigo, —dijo Halie—. Sabes que Trish es una buena amiga mía, y a veces hablamos de ti. Quiero ayudar.

—*Puedes* ayudarme patrocinando esta subasta.

Halie sostuvo su barbilla en su puño. —¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo, Reese?

Guau. Se enderezó. Las palabras volando fuera de su lengua no solo eran coloridas, eran fluorescentes. —Preferiría no discutir esto.

—Yo preferiría no ignorarlo. No me estoy entrometiendo. Estoy *ayudando*.

Seguro. —Lamento que mi hermana te haya molestado con detalles de mi vida personal. —dijo, buscando la salida más cercana de esa conversación.

—Ahí vas otra vez con las disculpas. ¿Tan siquiera te preguntas por qué haces eso?

Reese empujó hacia adelante. —Realmente estoy contando con tu apoyo para el baile de máscaras. ¿Qué podemos hacer para darle a Sex Goddess, Inc. el reconocimiento que se merece durante el evento?

Halie bajó sus manos al escritorio y chasqueó sus uñas. —Escucha, patrocinaré tu evento.

El alivio que recorrió a Reese fue mejor que el sexo.

—*Pero* no me metí en este negocio por el dinero.

Mejor que el sexo, pero de corta duración.

—Quiero ayudar a la gente, y después de hablar con tu hermana, quiero *ayudarte*. —Halie se apartó de su silla—. No le impongo a nadie mi programa, pero me gustaría que lo consideraras.

Ni de chiste, señora. Pero ella dijo—: Seguro. —Halie le ofreció la mano.

Reese se levantó y la tomó. —Muchas gracias, Halie. Esta es una buena causa.

—Piensa en el programa. Piensa en lo que *Reese* necesita.

—Por supuesto. Pensaré en ello. —La mentira era tan monumental, que estaba sorprendida de que Dios no la hiciera caer muerta.

—¿Qué hay que pensar?

¿Mi autoestima? ¿Mi orgullo? —Esto es inesperado. ¿Puedo llamarte la mañana del lunes?

—Esperaré con impaciencia.

Agarrando su bolso, Reese se acercó a la puerta tan rápido como pudo sin correr.

—¿Reese?

Ella se volvió lentamente. —¿Sí?

Halie le entregó un sobre. —El primer paso está ahí, seguido de instrucciones de cómo llegar al siguiente.

Como comer de un cubo de caracoles, ejecutar The Miracle Mile con nada más que el brillo del cuerpo, colgando de las uñas de sus pies sobre un pozo de víboras venenosas, era el comienzo de una lista muy larga de actividades que encontraría más agradable que completar La Diosa del Sexo 101.

—Es tu elección —dijo Halie—, pero imagina lo diferente que sería tu vida si crees que eres digna de todo lo que deseas.

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Reese empujó el sobre en su bolso y se apresuró a salir de la oficina y hacia su coche. El único sedán modelo 90 oxidado en el lote, era fácil de detectar.

—Oh. Mi. Dios —murmuró, colapsando en el asiento del conductor. Obtuvo su teléfono celular de su bolso y pulsó el número de marcación rápida de su mejor amigo.

—¡Reese! ¿Cómo fue la reunión? —Preguntó Mason. Su voz normal y alegre agrietó el exterior del pésimo humor de Reese, pero no mucho.

—¡Voy a *matar* a mi hermana! —Estranguló el volante sólo porque el cuello de Trish no estaba al alcance.

Mason rió. —¿Qué hizo esta vez? ¿Robar todas tus sudaderas y reemplazarlas con lencería sedosa?

—Buena suposición. Inténtalo de nuevo.

—Hmm... ¿Te programó para un implante de tetas sin tu conocimiento?

—Te estás acercando.

—No puedo manejar la anticipación.

Fuera de su ventana, Sex Goddess, Inc., la sede central se cernía sobre ella. Una burla. Hoy debería haber sido fácil, pero su hermana lo había convertido en una pesadilla. —Al parecer, durante una de sus noches de chicas, Trish se encargó de compartir sus preocupaciones sobre mi vida sexual (*o la falta de ella)*, con Halie McCormack, y Halie acaba de utilizar nuestra reunión como una oportunidad para que yo contratara su programa.

Silencio.

—¿Masón? ¿Me has oído?

—Sex Goddess, Inc. ¿Halie McCormack? ¿Como lo que tú necesitas para tu proyecto más importante del año?

—Bingo. —Gruñó y apretó el volante—. Estoy mortificada.

—No es broma —Masey estuvo callado un momento. —Entonces, ¿vas a hacerlo?

Reese bufó. —¿Ha visto algún cerdo volar por la ventana hoy?

Ben tenía a Reese Regan en el cerebro. Lo cual sería aceptable, teniendo en cuenta que era su mejor amiga, pero la Reese en su mente estaba desnuda, gimiendo y arañando su espalda mientras se deslizaba dentro de ella.

—Oye, Ben, ¿vas a jugar? —Dijo Luke desde la mesa de billar en el PitStop. Su amigo, también dueño del bar, dejó caer las últimas bolas en la mesa.

—Por supuesto. —Ben alineó su disparo e hizo un débil intento.

Luke levantó una ceja.

¿Cómo Ben no podía distraerse con Reese en su mente? Se habían reunido en su casa para un entrenamiento, esta mañana, como siempre lo hacían, y ella había olido tan malditamente dulce, todo, el champú y loción de lavanda con flores. ¿Quién diablos olía tan bien para un entrenamiento? —Maldición.

—Yo diría —contestó Luke, mirando la mesa.

Un plan. Cualquier cosa era posible con un plan. Ben sólo necesitaba recordar por qué entretenerse con esas fantasías era un desastre a punto de ocurrir.

La bola tres dio un vuelco en el bolsillo de la esquina y entró en la tronera.

—Bien hecho —dijo Luke.

Eso fue bastante fácil. En primer lugar—, ¿Dónde está Reese esta noche?— Luke hundió otras dos bolas—. Pensé que se uniría a nosotros.

—Ella dijo que llegaría tarde. Tuvo una reunión con la Señora Diosa del Sexo.

Luke sobrepasó, enviando la bola blanca después de la siete. Ben parpadeó. —¿En serio?

—En serio. Pero no es lo que piensas. Sex Goddess, Inc. está patrocinando algo para la estación.

Ben colocó la bola blanca y apuntó a una rayada en el lado opuesto de la mesa.

Clunk.

Todavía lo tenía. Se alineó otra vez y pensó cuidadosamente.

Razón Uno: Seis años después de haber decidido mantener las cosas platónicas, nada había cambiado. El sexo significaría algo completamente diferente para Reese que para él. Él hundió otra bola. Pensaría vestidos de novia y en vallas de madera, mientras él pensaba en cuerpos calientes y piel sudorosa. Lo único que ella quería era compromiso y lo único que él quería era sentirse enterrado dentro de ella.

—Voy a volverme viejo aquí —se quejó Luke.

—Ven aquí. —Ben estudió la mesa, considerando su estrategia.

Razón Dos: Reese era su mejor amiga, y tenía años de buen comportamiento bajo su cinturón. No iba a arruinar lo que tenían sólo porque olía a algo delicioso y tenía un asno que la hacía querer llorar.

Alineó otro disparo y observó, satisfecho, mientras rodaba a casa. Estaba limpiando la mesa cuando la campana resonó en la parte delantera del bar.

El aire se llenó de, ¡Hawk! ¡Hawk!

—¡Hawk! Ven aquí —llamó Luke.

Con un metro noventa y cinco, Mark Hawk, alto, oscuro y superficial, le guiñó el ojo a una chica del bar, le pellizcó el trasero a otra, y chocó los cinco con una pareja cuando él se dirigió hacia ellos.

Mark atrajo todos los ojos. Las mujeres querían estar con él, los hombres querían ser él. Ben quería darle un puñetazo en la cara y ponerlo en la vía rápida para ponerlo en su lugar.

—¿Cómo están los perdedores favoritos de Chicago? —Preguntó Mark cuando llegó hasta ellos.

—Bien —dijo Ben—. ¿Cómo está el idiota favorito de Chicago?

Mark sonrió. —Sobreexcitado, sobrealimentado y pagado en exceso. No lo haría de otra manera. —Miró a su alrededor—. ¿Qué estamos bebiendo esta noche?

Mark Hawk, damas y caballeros. El anfitrión de radio más alto de la mañana en tiempo de conducción en el Medio Oeste, y sigue siendo el hijo de perra más tacaño alrededor.

—Tenemos un lanzador allí. —Luke saludó con la mano a la parte superior de la mesa de billar—. Cuídate. —Luke normalmente los dejaba beber gratis en su bar, pero esta noche la conjetura de Mark fue sobre la piel de Ben.

—¿Somos solo nosotros esta noche, chicos? —Preguntó Mark, sirviéndose una cerveza.

—Reese está en Sex Goddess, Inc. —dijo Luke con un movimiento significativo de su frente—. Se unirá a nosotros más tarde.

Mark se quedó boquiabierto, y Ben le lanzó un hueso. —Para el baile de máscaras. —*Lo que sabrías si alguna vez escuchas a alguien más que a ti mismo.* Cuando Mark todavía parpadeó confundido, Ben se compadeció de él—. Sex Goddess, Inc. podría patrocinar el baile de máscaras de Massachusetts de WJRK.

—¿Reese Regan? ¿En Sex Goddess, Inc.? —Sonriendo, Mark se metió los dedos en los bolsillos y se balanceó sobre sus talones—. La buena chica se vuelve mala. ¿Por qué me gusta tanto el sonido de eso?

Ben aprieta sus dientes. —Porque eres una mierda poco profunda.

Mark rió entre dientes y levantó su copa a Ben antes de tomar una bebida larga.

La testosterona alrededor de la mesa de billar cambió de foco cuando una pequeña rubia vagó por encima de la barra. Llevaba vaqueros ajustados y un tanque que decía que era FANÁTICA DE EMPAREDADO EDWARD-Y-JACOB.

Mark recogió el pelo muy rubio, la ropa apretada, tacones de tiras.

—¿Eres El Halcón? —La rubia le dio una mirada descarada a Mark.

—¿Quién quiere saber? —Preguntó Mark.

La rubia rió y se volcó el pelo. —*Yo* lo hago.

Rastrillando su mirada sobre ella, Mark emitió un sonido apreciativo en la parte posterior de su garganta. La rubia le pegó el pecho un poco más en respuesta. —Muy dulce, harías que un hombre más débil cayera de rodillas.

—Quizás no seas tan fuerte como crees. —Más valiente ahora, la rubia pasó el dedo por el cinturón de Mark y tiró de él hacia ella—. ¿Permítame pagarle una copa?

La sonrisa en el rostro de Mark hizo que su mirada cambiara a otra persona. Dio un paso atrás, arrancando las manos de la rubia de su ropa.

Ben giró su atención para ver a Reese. Las mechas onduladas de pelo oscuro habían escapado del clip en la parte posterior de su cuello. Su traje de falda ocultó cada curva que Ben estaba tratando de olvidar.

Cuando encontró a su grupo, ella inmediatamente echó una mirada fijamente a Mark, mirándolo como una deslumbrada fanática.

Mark le guiñó un ojo a Reese por encima de la cabeza de la rubia. —No puedo hacerlo —dijo a la rubia—. La más dulce y hermosa chica de la ciudad acaba de entrar por la puerta.

Las mejillas de Reese se pusieron rojas y esa media sonrisa insegura la arrastró hasta su boca.

Mark abandonó a la rubia y extendió la mano hacia Reese, que hundió los dientes en el labio inferior.

Ben se volvió, con la lava revolviéndose en el estómago. No podía ver esta mierda. Reese desesperadamente herida por Mark. Mark engatusándola en cada oportunidad que obtuvo.

Mark envolvió sus brazos alrededor de los hombros de Reese. —Verte siempre me hace sonreír.

—Dijo la araña a la mosca —gruñó Ben.

—¿Vas a a tomar esa oportunidad o no? —Preguntó Luke, mientras medía la mesa.

Ben suspiró. —Bola ocho, a la esquina. —No había necesidad de pensar en más razones para mantener sus pensamientos relacionados a Reese bajo control, no mientras Reese estaba tan cerca haciendo ojitos por la razón tres.

—¿Cómo te trata la cerveza? —Reese dejó caer el bolso sobre la mesa y se acercó a Ben. Su cadera rozó la suya y le sonrió. Ben se puso tenso, pisando el costado para poner un poco de espacio entre sus cuerpos.

Mientras entrecerraba los ojos para alinear el disparo, Reese cerró de nuevo la distancia entre ellos, inconsciente. Ben retiró su bastón. Mientras tomaba la inyección, ella susurró—: Si Mark sigue observándome así, va a pensar que una chica como yo podría soportar una oportunidad.

La bola negra rodó hacia la esquina y luego rebotó. Ben hizo una mueca.

Razón Tres: Sólo un masoquista iría tras una chica que quería a su hermano.

2

Traducido por Jessibel, Mich Fraser & Cjuli2516zc
Corregido por Nuwa Loss

Reese estaba salivando. Si ella no paraba de observar a Mark y empezar a tragar pronto, los clientes de Luke iban a ahogarse en la inundación repentina.

Reese hundió sus dientes en el labio inferior mientras observaba a Mark preparar un trago. El hombre era un anuncio andante de testosterona. Hombros anchos, ojos oscuros, esa voz profunda que ella había —tal vez, una o dos veces— imaginado que le decía algunas cosas muy sucias. Mark podría continuar con su personaje de locutor idiota irreverente en su programa radial para mantener las apariencias, pero en privado, era dulce, autocrítico y encantador. Por no hablar de Oh. Mi. Dios. Sexy.

Seriamente. Los hombres como Mark deben venir con etiquetas de advertencia.

Precaución: La exposición prolongada a este cuerpo ardiente te dejará caliente y mojada.

Ben le dio un codazo y le entregó su teléfono.

Arrancando la mirada del soltero más codiciado de Chicago, ella frunció el ceño a Ben. —¿Qué es eso?

Él asintió con la cabeza hacia Mark. —Pensé que te gustaría tomar una foto.

Ella resopló y golpeó un puño en el brazo de Ben, sus mejillas se calentaron. —No puedo evitarlo. Él es un bomboncito. —Ben gruñó.

No, no es un bomboncito, se corrigió mentalmente. El Halcón era el sexo personificado y representaba todo lo que quería desde que Lance la dejó la pasada primavera. Hace años, como una mujer joven sensible, Mark era exactamente el tipo de hombre del que se mantendría alejada. Ahora, como un felpudo recuperado, era el único tipo que quería.

—¿Cómo fue la reunión? —Preguntó Ben.

—Mortificante.

—¿De qué manera? —Inclinó la copa a los labios.

—Ella quiere que tome Diosa del Sexo 101.

Ben se ahogó con su cerveza. —¿Ella quiere que *tu* tomes Perra Ardiente 101?

Reese puso los ojos en blanco ante el apodo de los chicos para el programa que fue, tal vez, más infame que famoso. —Lo sé, ridículo, ¿verdad?

En el otro lado de la mesa de billar, Mark atrapó su mirada y le hizo un guiño. Señor, ten piedad, el hombre era delicioso. No era como si ella quería ser su novia, pero había llevado una vida muy buena, decente, y *sólo una vez* le gustaría un hombre como Mark para llevarla a casa y usarla para un caliente, sucio, "no te llamaré en la mañana", sexo embriagador.

Tal vez entonces, las mujeres como Halie McCormack no sacarían a colación su vida sexual en medio de una reunión de negocios.

Ben la estaba mirando como si estuviera esperando a que hablara. Reese se encogió. —Lo siento. ¿Qué has dicho?

Ben frunció el ceño. —Te pregunté si ibas a hacerlo. ¿El programa?

La risa brotó de su boca, y luego emergió una y otra vez hasta que se quedó sin aliento.

Luke y Mark estaban mirando ahora, por lo que ella hizo todo lo posible para recuperar la compostura. —Oh Dios. Eres divertido.

Luke sacudió la cabeza y acumuló las bolas para un nuevo juego. —Reese, ¿te unes a nosotros para trivia mañana por la noche?

—No puedo, Luke. Lo siento.

—¿Por qué no? —Preguntó Ben.

Reese evitó el contacto visual. —No hay razón —murmuró ella.

—Dinos —dijeron los hombres a coro.

—Tengo una cita —dijo ella rápidamente. Debería haber inventado una excusa antes de tiempo. No es que hubiera hecho una diferencia. Ella era la peor mentirosa del mundo.

—¿Quién es el afortunado? —Preguntó Luke, dando un paso más cerca. Ben se estrechó sobre ella con esa mirada penetrante.

—¿Merece una chica dulce como tú? —Preguntó Mark.

—No lo sé —murmuró ella de repente, muy interesada en sus uñas. *Hmm*. Esa estaba corta y esta otra más corta. *Fascinante*.

Luke rió. —¿Vas a una cita a ciegas?

Reese hizo todo lo posible por mantener su expresión en blanco. ¿Cómo había dejado que su vida amorosa llegara a ser tan patética como para que una cita fuera noticia entre sus amigos? Y lo peor, ¿tan patético que había recurrido a una cita a ciegas?

—¿Crees que tendrás suerte? —Preguntó Mark.

Ben no dijo nada, pero podía sentir sus ojos en ella. Él quería la primicia. Eso era por lo general, la forma en que todo el asunto de "mejor amigo" funcionaba, pero ella no quería que él supiera, no cuando él había sido testigo de su *última* cita a ciegas.

—Solo deséame suerte —pero estaba menos preocupada por tener suerte y más preocupada sobre obtener suerte.

Halie tenía razón en una cosa: Ella estaba vencida.

—Buenos días, Diosa del sexo.

Reese se acomodó en un asiento frente a Masey. —Esa soy yo —dijo, agitando una mano en su ropa de entrenamiento—. Tuve que luchar con un palo en mi camino aquí, contra los hombres.

Masey sonrió. —No lo dudo. —Ella mostró una sonrisa por encima del hombro a la demanda de pagar por su bebida.

En el mostrador, el hombre alcanzó su café con leche sin apartar los ojos de Masey. Justo cuando le hizo un guiño, derramó toda la bebida sobre el barista.

Reese sacudió la cabeza. La dulce sonrisa de Masey, cabello rubio, y las curvas de Marilyn Monroe tenía ese efecto en los hombres. Claro, tal vez ese tipo de atención se convirtió en aburrida después de un tiempo, pero a Reese no le importaba una probada de él.

—Él es lindo, ¿no te parece?

Reese resopló. —Por supuesto. Si te gusta los de corte limpio, tipos atléticos con buenos trabajos y sonrisas increíbles.

Masey sonrió. —Tal vez soy yo quien debe inscribirse en el programa de Halie. A ella le gusta deshacerse de los perdedores y encontrar a los hombres buenos. Tal vez podría encontrar un tipo que no me quiere sólo porque él cree que soy fácil.

—Oh, Mase.

Mason pudo haber tenido más de su participación de la atención masculina, pero tenía un muy mal historial de acabar con chicos que querían nada de ella, excepto sexo.

—Sabes, tal vez deberías salir con Ben —dijo Reese—. Eres totalmente su tipo, y sabes que él no es perdedor.

Masey tomó un sorbo de té y evitó los ojos de Reese.

—¿Qué?

—Es sólo que no creo que sea una buena idea. —Ella saludó a distancia con la mano al sujeto—. Tal vez podríamos hacer el programa juntas. ¿Qué opinas?

—Adelante. Solo observaré.

—Sí, es probable que no todos se reunieron para estar.

—Ya eres una diosa —dijo Reese—. Sólo tienes que creer que mereces lo mejor.

Un barista cambió la estación de la radio que estaba por encima de su cabeza.

—Estás escuchando WJRK, *The Jerk!*

Masey sonrió. —Tal vez la Diosa del Sexo 101 te daría el valor de ir después a por el soltero más codiciado de Chicago.

Reese miró al techo, donde se reproducía la introducción del programa de radio de difusión nacional sindicado, impacto atleta de Mark Hawk. —Dudo que Halie McCormack, fundador de El Poder de Todas Las Cosas Femeninas, apruebe a El Halcón.

—Así que estaba en el bar de un amigo la noche anterior —Mark estaba diciendo a su co-anfitrión—, y no le habría creído todo las grandes obras de traseros reunidos allí, a la espera de ser arrancados.

—Ah, sí, el final del otoño trae a los más jóvenes a la universidad, y de nuevo a nuestros bares. Cosas dulces, jóvenes núbiles. Inseguras y desesperadas para su aprobación.

—Dios bendiga a cada una de ellas —dijo Mark.

Masey se encogió y Reese encogió sus hombros. Había conocido a Mark el tiempo suficiente para saber que El Halcón, la persona de su programa de radio, era diferente al hombre real. Había aprendido a apreciar su incorrecta boca políticamente.

—Debería ponerme en marcha. —Reese tomó otro sorbo de su café con leche mientras Mark se puso poético sobre las casi legales en apretados pantalones vaqueros de diseño—. Tengo una reunión con algunos de los peces gordos en la estación esta tarde, y tengo una larga lista de cosas que hay que hacer antes de esa fecha.

—¿Una reunión? ¿Crees que se trata de una promoción?

Reese reprimió una sonrisa. —Estoy esperando, ¿sabes? He estado allí durante seis años, y mis eventos son siempre fuertes. Por otra parte, mi salario actual no se presta exactamente para la vida fácil.

Haciendo una mueca, Masey dijo—: Me siento culpable por dejar que compraras ese condominio. Nunca pensé que tú y Lance se podrían separar.

Yo tampoco. —No le des más vueltas. Soy una chica grande, y me hago responsable de mis propias decisiones.

—Bueno, hazme saber si deseas vender. No creo que sería mucho, pero el mercado se está recuperando y podía conseguir lo que pagaste por lo menos.

Reese sacudió la cabeza. Le gustaba su condominio. Le gustó que era de *ella*. Le gustaba encontrarse en el mismo complejo que su hermana y su sobrina.

—Vamos a esperar y ver lo que depara esta reunión.

Ellas reunieron sus cosas y condujeron su camino a la salida a través de las masas bajo la cafeína. Al segundo en que abrió la puerta, el calor y la humedad la golpeó en la cara, envolviendo sus dedos húmedos alrededor de su piel y filtrándose en su ropa. El verano estaba colgando para salvar sus vidas, y el otoño no podía llegar lo suficientemente pronto.

—Que tengas un buen día —dijo Reese a Masey, levantando su maletín en el hombro. —Ánimo, soldado —dijo Masey—. Apuesto a que es una promoción.

Cada mujer debe tener la oportunidad de mirar a su ex a los ojos después de que su corazón se ha reparado. Cada mujer debe tener la oportunidad de mirarlo a los ojos sabiendo que su vida era mejor sin él, sabiendo que había sobrevivido a su desgarrador, mundo idiota girando y llegar a la cima. En dicho escenario, la chica debe usar un pequeño conjunto negro sexy y tener a un magnífico hombre en su brazo.

Reese Regan había imaginado tal momento muchas veces, y mientras se encontraba viviéndolo, cada elemento esencial faltaba. Incluso el tiempo estaba trabajando en su contra.

—¿Reese? ¿Eres tú?

Viendo que no había manera de salir de ello, poco a poco se volvió y se protegió los ojos de la lluvia.

—Hola, Lance.

De pie bajo un paraguas de gran tamaño, lucía pantalones cortos y zapatillas de tenis, probablemente emergiendo del centro de ejercicios a varias yardas de distancia. Él le dio un vistazo más, algo así como el triunfo

brillando en sus ojos.

—¿Perdiste el paraguas?

Imbécil. Ella sonrió con dulzura. —No, Lance. Estaba tratando de ahorrar en la factura del agua bañándome bajo la lluvia.

Él parpadeó.

—La lluvia me tomó por sorpresa —explicó, ahorrándoles su canción de cliché country del día.

Pero en serio. El. Peor. Día. Jamás.

Él la miró de nuevo. —Bueno, aun así, en verdad te ves… —Se detuvo con una negación de cabeza—. ¿Sabes qué? No te faltaré al respeto por mentir sólo para salvar tus sentimientos.

Aplaudió y dio una sonrisa sacarina. —Ah, será como los viejos tiempos. Adelante, Lance, desprecia el infierno de mí.

—Todavía tan sarcástica. Te ves horrible. —Suspiró como si el hecho le ofendiera personalmente—. Y no es sólo la lluvia. —Dio un paso más e inclinó la cabeza—. Has ganado un poco de peso desde que nos separamos, ¿verdad?

Querido Dios, sé que una vez esperé tener los bebés de este hombre en mi vientre, pero era joven y tonta, y estaría bien que lo golpearas ahora mismo.

En verdad en este instante estaría bien. Si hay una tormenta y cae un rayo cuidadosamente dirigido, nadie lo sabría…

¿No? ¿Nada?

Se burló del cielo.

Lance dio otro paso más, protegiéndola bajo el ala de su paraguas. —¿Estás volviendo a comer por el estrés?

Respiró hondo. ¿Por qué no pudo ser así cuando se conocieron? La condescendencia, los insultos, el abuso emocional, nunca se hubiera enamorado de él.

—Tengo una reunión, Lance. —Ahora tenía que pretender que iba a alguna parte pero…

—Oh. Mierda. —Él giró y miró el frente de negocios—. Vas a Sex Goddess, Inc. —Una mirada de horror cruzó sus rasgos—. Sabes que eso no cambiará la forma en que me siento por ti, ¿verdad? Ya terminamos, Reese. Han pasado seis meses. He encontrado a alguien que no se congela en las sábanas, si sabes a lo que me refiero.

Besa mi gordo trasero de diez libras, tú egocéntrico… —Es para el trabajo.

Levantó las manos, la comisura de sus labios se crispó. —Oye, no estoy juzgando. Creo que es hora que…

—La emisora está haciendo una promoción. —Sus palabras fueron cortadas. Y para pensar, hace una hora no hubiera creído que su día pudiera empeorar.

—¿Todavía estás trabajando allí? Había oído que iban a tener que… —Negó con la cabeza—. No estoy seguro, sólo fue un rumor.

Reese apretó los dientes. No fue un rumor, fue el primer verso de su canción country. —Cuídate, Lance.

Yendo a través de la lluvia, fue hacia las puertas dobles de Sex Goddess, Inc. Su cabello y traje de negocios estaban empapados, el rímel fluía por su cara.

Pareciendo una rata ahogada en un establecimiento que se especializaba en el cambio de imagen de pato a un cisne, estaba su acto más atrevido feminista de rebeldía desde el piquete de no chicas permitidas en la liga de fútbol de jóvenes en la secundaria. O fue un patético llanto por ayuda.

Un escalofrío recorrió su espalda mientras el aire acondicionado golpeaba su piel húmeda.

Haz lo que sigue, se dijo, ordenándole a sus pies moverse al escritorio de la recepcionista. —Estoy aquí para ver a Halie McCormick —informó a la belleza de cabello rubio.

La mujer no parpadeó ante la presencia de Reese, no la miró ni levantó la nariz. Asintió y dijo—: La diosa estará con usted en breve.

La diosa.

Jiminy Cricket, ella preferiría estar en cualquier parte menos aquí. En el fondo de una botella Merlot, por ejemplo. —Gracias.

Se rodeó con los brazos y caminó por la pequeña sala de espera, intentando desesperadamente no pensar. Sólo tenía que seguir empujando todo hasta que consiguiera pasar a través de esta reunión.

El nudo en su estómago creció, dolía y amenazaba con desentrañar y tomar su fachada tranquila.

—¿Reese? ¡Mírate! ¡Pobrecita! ¡Ven a mi oficina! —Halie rodeó a Reese y la condujo fuera del vestíbulo—. Ese aguacero salió de la nada, ¿no? —Dijo, cerrando las puertas detrás de ellas.

Reese puso una mano sobre su cabello húmedo. —Me disculpo por mi apariencia. —Omitió la parte sobre su coche y caminar bajo la lluvia.

En serio, si ella hubiera tenido un perro, estaría preocupada.

Halie se deslizó detrás de su escritorio, haciendo un gesto a Reese para que tomara asiento. —No le des otro pensamiento.

De repente, Reese se alegró de haber cumplido con la cita. A pesar de los intentos de Halie por convertir en Reese en una de sus “Diosas”, a Reese le agradaba.

Regresando una sonrisa a la mujer, se sentó en la silla. —Señora McCormack, necesito comenzar esta reunión informándole que ya no represento oficialmente a WJRK, aunque me gustaría su asociación con la compañía para el próximo baile de caridad.

Halie retrocedió un poco. El aire en la habitación se enfrió. —¿A qué te refieres con decir que ya no representas a la estación?

Reese tragó duro. Le dolía decir las palabras. —Me despidieron. —Miró a Halie y añadió—: Hace treinta minutos.

Halie cruzó los brazos y miró a Reese, con ojos entrecerrados. —En ese caso, ¿qué haces aquí?

Reese decayó. —Ya no represento a la estación, pero el evento de caridad es el evento más importante del año. Quería asegurarme que sigas firmando los papeles finales. —Respiró hondo y se obligó a dejar de hablar.

—Fuiste despedida.

—Descansada —corrigió suavemente.

—¿Paquete de indemnización?

Reese se estremeció. —Una semana de pago.

Halie asintió como si las piezas de un rompecabezas estuvieran cayendo en su lugar. —¿Has mantenido esta reunión conmigo para abogar por la compañía que acaba de patear tu trasero?

—Es un evento importante. —O al menos la causa era importante. Si Almost Home no contara con el dinero que recibirían de la pelota, Reese no estaría aquí.

—Reese, ¿has pensado más en mi sugerencia de que entres en mi programa Sex Goddess 101?

Reese se quedó boquiabierta. ¿En serio? Después del día que había tenido, *¿esto* era lo que la mujer pensaba que era importante? —No puedo pagar tu programa. —Una excusa conveniente y la verdad.

—El dinero no es un problema. Éste está en mí, así como un per diem para la ropa, las visitas del salón, y... otras necesidades.

Ella parpadeó. Incluso las mujeres más ricas de Chicago palidecieron al precio del programa, y Halie ¿quería dárselo a Reese de forma gratuita?

—Es muy generoso de tu parte, pero sólo estoy aquí para solidificar su compromiso con...

—Detente, por favor. —Halie dejó caer sus manos sobre el escritorio y clavó las uñas—. Tienes tal lealtad. ¿Saben siquiera lo que están haciendo, dejándote ir?

Las lágrimas subieron, engrosándose en su garganta, y Reese tragó duro para empujarlas hacia abajo. Todavía no había procesado la bomba que su jefe había caído sobre ella. No se había *dejado* llevar, porque había cosas más importantes en juego que su trabajo.

—Sabes, he estado entrevistando para un director de promociones, pero no he encontrado ese ajuste perfecto todavía. ¿Estarías interesada?

Reese se inclinó hacia delante. Ella debe tener agua de lluvia en sus oídos. —¿Disculpe?

—¿Serías la directora de promociones de Sex Goddess, Inc.?

—Um. —*Guau*. Ella estaba bastante segura de que esto no sucedía en la vida real. Sus orejas rugieron mientras intentaba procesar la posibilidad. Halie estaba diciendo algo sobre la oportunidad y el ajuste, algo sobre cómo el cambio podría ser bueno para Reese—. Eso sería asombroso. Yo…

—El trabajo es tuyo. —Dio un fuerte asentimiento—. Soy buena en leer a la gente, y tú eres algo especial, Reese. Siempre me has gustado.

—Yo… Usted… Es… —Palabras. Las palabras serían buenas aquí. ¿Pero qué se suponía que debía decir? Había entrado en la oficina sin empleo, haciendo un patético último esfuerzo para salvar un evento en el que ella creía, y de pronto le ofrecieron un trabajo que ni siquiera había estado en su radar.

—*Sin embargo,* no puedo tener una mujer que no crea en sí misma representando a mi compañía.

Ella se estremeció cuando el otro zapato proverbial la golpeó en la cabeza. —Yo creo en mi misma.

—¿Deberíamos recapitular? —Se puso de pie y colocó las manos en sus caderas.

Preferiría que no.

—Hoy perdiste tu trabajo, pero en vez de ir a un bar con tus amigos y maldecir a tu empleador...

—Es una mala economía. —Se encogió, pero era más fácil hacer eco de la línea del partido que dejarse enojar—. Realmente no tuvieron elección.

—Y estás sentada en una reunión abogando para mí a favor de ellos. —Miró a Reese desde la cola de caballo húmeda en la base de su cabeza hasta su saturada chaqueta de traje y sus tacones beige—. Te vistes como si te odias a ti misma.

Ouch.

—Haces tanto por los demás, y no hacen nada por ti a cambio. Incluso en el dormitorio.

El aliento de Reese la abandonó en un *whoosh*. —¿Disculpe?

—Tu hermana me habló de tu pequeño problema.

Sí. *El. Peor. Día. De. Mi vida.* —¿No podríamos hablar de...?

—Quiero ayudarte y quiero que trabajes para mí. Pero primero tienes que ayudarte a ti misma. —Puso las manos en los hombros de Reese—. Sex Goddess 101 abrirá las puertas que ni siquiera imaginaste, y quiero eso para ti.

Sí, pero Reese había visto esta película. Tomar un desaliñado patito feo, sustituir gafas con contactos, tratar el pelo rizado con plancha, y colocar ropa apretada y reveladora. Insertar en el mundo y observar cómo florece.

—No creo que yo sea realmente el tipo. No soy como mi hermana.

Era una buena cosa que hubiera estado desempleada durante casi una hora y no casi un mes. De lo contrario, probablemente se estaría cayendo a los pies de Halie rogando el trabajo. Tal como estaba, se estaba pateando a sí misma. Si ella perdía incluso un cheque de pago, se arriesgaba a perder su condominio.

Pero ella no podía pretender ser alguien que no era, ¿no?

—¿Qué tan importante crees que es la estación para el baile de máscaras? —preguntó Halie—. Con un buen director de promociones, ¿podría una compañía como la mía poder sacar un evento de caridad como ese?

—Absolutamente.

—Fantástico. Ese sería tu primer proyecto. Porque ya no estoy interesada en trabajar con WJRK. No me gusta ese espectáculo sexista suyo de la mañana. Sólo trabajé con ellos tanto tiempo por ti. Realmente me gustas mucho, Reese.

La mente de Reese estaba girando.

—Avísame cuando estés lista. Una vez que te inscribas en el programa, estaremos encantados de darle la bienvenida al equipo de SGI. —Garabateó algo en una tarjeta y se la entregó a Reese—. Creo que es un paquete de compensación justo.

Reese miró la tarjeta y parpadeó. El silencio rugió en sus oídos al darse cuenta de una fea verdad sobre sí misma: Podía ser comprada.

3

Traducido por Jessibel y Mich Fraser
Corregido por Nuwa Loss

Reese Regan, aspirante a zorra.

Reese limpió el vapor fuera de su espejo y contempló el término peyorativo. *Zorra.*

¿Eso significaba no tener que jugar el juego de las citas más? ¿Significaba no tener que preocuparse si el chico al otro lado de la mesa en la cena estaría más interesado en sus habilidades en la cocina que en su mente? ¿Más interesados en sus capacidades de limpieza que en sus ideas? ¿Significaba disfrutar de ella cuando estaba en la cama con un hombre?

Si es así, ella estaba dentro. Nada bueno salió de las citas, y, francamente, no le importaba lo que el viejo ritual tenía que ofrecer. Su celular sonó en el tocador del cuarto de baño.

Un rápido vistazo a la pantalla le dijo que Masey estaba en el otro extremo. Masey no sabe acerca de la pérdida del trabajo de Reese, por lo que tendría que estar llamando acerca de la cita.

—Es después de las diez. ¿No tienes algo mejor que hacer que verificar mi vida amorosa?

Masey sonrió. —Tristemente no. Quiero lo sucio.

Reese sostiene el teléfono entre el hombro y la oreja mientras bombea loción en su mano. —Fracaso total.

Masey gruñó. —Maldita sea. Tenía la esperanza de vivir de forma indirecta a través de ti también. Pensaba que era un banquero.

—Sí, por lo que tuvo todo el asunto para no ser un inútil a su favor, pero pasó toda la cena interrogándome.

—¿Sobre qué? ¿Acciones y bonos?

—Por desgracia, no. —Pasó la loción sobre sus piernas húmedas y la frotó en ellas. —¿Dónde me veo dentro de cinco años? ¿Cuántos hijos quiero tener? ¿Tengo que darme cuenta que debería tener hijos más pronto que tarde si realmente se preocupan por el bienestar de mis hijos?

—¡Nah-ah!

—El hombre en realidad preguntó si había verificado la salud de mis ovarios.

—Dios mío —respiró Masey—. Una cita del infierno.

Reese tomó un sorbo de vino. —Eso no fue una cita. Fue una entrevista para el dudoso honor de ser la esposa del hombre. Me decía lo *agradable* que era estar en una cita con una *chica buena*.

—¡Ew! ¿Qué has *dicho*?

—Le dije que no soy una buena chica, que soy un aspirante a zorra.

—¡Bien por ti!

—No pude decir nada para terminar el juego de las veinte preguntas inapropiadas. Y, de todos modos, no era una mentira total.

—¿Qué quiere decir con eso?

Reese tiró de la toalla en la cabeza y secó el vapor del espejo. *Aspirante a zorra*. Su cabello caía sobre sus hombros, en una masa oscura de ondas mojadas. Si hubiera habido una Reese Cachonda enterrada en algún lugar dentro de ella, tal vez el señor banquero habría visto eso y hubiera pasado

por alto las preguntas a favor de un tipo diferente de entretenimiento. Tal vez ella estaría actuando sobre alguna deliciosa fantasía más allá del ámbito de su limitada, y decepcionante, experiencia sexual.

En cambio, había cortado su noche corta y vuelto a casa para lavar los platos del desayuno y subir a su segunda ducha del día.

Ella también había tenido más de una botella de su vino tinto favorito, la causa más probable de conseguir un caso de risa nerviosa después del día que había tenido.

—No me importaría ser una zorra.

—Lo que sea, Reese.

—Estoy hablando en serio. Ya sabes, sólo por un corto tiempo. Estoy harta de ser la chica que todo el mundo toma tan en serio. Quiero un poco de diversión. —Tomó su copa de vino y bebió un largo trago, cerrando los ojos mientras el calor viajó hasta la garganta, el pecho, y se hundió en su vientre.

—No tienes que ser una zorra para divertirte. Sólo tienes que encontrar a la persona correcta. Tal vez está justo frente a ti y tú ni siquiera lo sabes.

Mark Hawk inmediatamente vino a la mente. Ella había tenido una oportunidad con él una vez. Había desperdiciado la oportunidad, pensando que quería algo más, pero un pequeño pedazo de chico malo era exactamente lo que necesitaba.

Ella siempre terminaba con el tipo de persona equivocada... o suspirando por el hombre que no la quería. —No te conformes con una aventura salvaje cuando el príncipe azul está esperando en las alas.

Ella resopló. —He encontrado el príncipe azul, ¿recuerdas?

—Lance no era ningún príncipe.

—Era. Él era perfecto. El sueño. Entonces un día le di un beso y se convirtió en una rana. —Y resumió su vida en un cuento al revés. Se había enamorado con fuerza, yendo a vivir con él, y casi destruyó su amistad con Ben.

—Dios, Lance era un idiota, pero cariño, tenía a todos engañados.

No a Ben, pensó Reese. Ben le había advertido sobre Lance, y ella le había ignorado. Incluso lo había acusado de estar celoso.

—Todos hemos estado allí —decía Masey—. Pero no todos los hombres son así, y mereces algo mejor.

Ella cerró los ojos. —Gracias, Mase. —Lance le había hecho creer que ella no lo hizo. Ella rió demasiado alto, vestida muy torpemente, habló demasiado en esta fiesta, no suficiente de esta. Cuando terminó su tiempo juntos, ella finalmente se dio cuenta que los insultos eran su forma de manipularla.

Sin embargo, se quedó con una queja.

Ella fue una decepción en la cama.

Frunció el ceño en el espejo ahora. Definitivamente no era material de compañera de juegos del mes. Sus pechos eran demasiado pequeños, las caderas demasiado anchas, su vientre un poco suave. Ella se ejercitó y lo disfrutó. El ejercicio regular le daba energía para pasar largos días en la oficina. Pero todas las caminatas rápidas y todos los bíceps en el mundo no pueden hacer crecer sus tetas, y cuando se las arregló para perder un par de libras, ellas salieron de las partes que no quería y no se dotó en los puntos que quiso.

Tal vez era políticamente incorrecto, pero quería ser *deseada*. Quería un hombre cuya adoración por ella sólo era comparable a su apetito sexual primitivo.

Rawr.

El timbre sonó, arrancándola de sus pensamientos.

—Masey, me tengo que ir. Hay alguien en la puerta. Es probablemente Trisha que quiere saber cómo me fue con la cita.

—Está bien, bueno dile que sus citas a ciegas apestan.

—Correcto —dijo Reese—. Eso y *nunca* más.

Ella terminó la llamada. —¡Adelante! —Tomó un albornoz grueso de la puerta de su cuarto de baño y deslizó sus brazos por las mangas infladas—. ¡Está abierto! —El albornoz era de color marrón oscuro y andrajoso. Trish fruncirá el ceño en él, se enfadó, y amenazó, por centésima vez, con tirarlo a la basura.

Reese vivía sola. ¿A quién necesita impresionar?

Ella sostenía su copa de vino con una mano y pasó el peine por el pelo con la otra cuando oyó abrirse la puerta principal. Gritó al final del pasillo—: ¿Crees que la Diosa del sexo 101 me puede enseñar cómo ser una zorra?

La risa que oyó fue baja y profunda. Y definitivamente no pertenecía a su hermana.

Se asomó al pasillo y, por supuesto, Ben se puso en la cálida luz de su pequeña sala de estar, con los pulgares metidos en los bolsillos delanteros, sonriendo.

Las mejillas estaban calientes, más por el vino que por su error. Se reunió con él, el peine en una mano, el vino en la otra. —Lo siento, pensé que eras Trish.

—Eso lo explica todo. —Miró su albornoz, su cabello mojado, su copa de vino—. ¿Una mala cita?

—No es una cita. —Frunció el ceño—. Y llamarlo *malo* sería un ejercicio de optimismo.

—¿Te importaría compartirlo?

—¿Y revivirlo? De ninguna manera. —Se acercó a la cocina para rematar su vino. Frunció el ceño ante la botella vacía y tomó otra.

—Tranquila ahí, asesina. —De repente estaba detrás de ella y le puso la mano sobre la de ella antes de que pudiera tirar de una botella fresca de vino rojo de la estantería—. Prometiste ayudar con la fiesta de mi padre por la mañana, ¿recuerdas?

—Quiero ser una zorra. —Se dio la vuelta, abandonando la búsqueda de más vino. Ben alzó una ceja.

—Bueno, más vino y podrías...

—Estoy hablando en serio. Estoy harta de las citas. Estoy harta de los hombres que me ven como esta buena chica inocente. —Ella frunció el ceño—. ¿Por qué es que los hombres asumen que sólo porque una chica viste… *modestamente*... sólo porque lleva un par de libras más en los muslos y no muestra su trasero, no le gusta el sexo? ¿Por qué los hombres asumen que soy *dulce* e *inocente*?

El vino se derramó en el suelo, y él tomó la copa de la mano y la puso sobre el mostrador. —¿Quién te dijo eso?

Ella se apoyó contra el granito fresco. —Sólo cada hombre que he tenido la desgracia de salir.

—Y sería mejor para ellos pensar que eres… —Se calló, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras. —¿Una zorra?

Ella le dio un golpecito en el pecho. —Maldita… —*Pinchó* con el dedo—. Sea. —*Pinchó*—. Lo estoy reclamando. —*Pinchó. Pinchó*. —Los hombres se acuestan y son varoniles, sementales, jodidos locos machos alfa

yee-haw. Bueno, eso está bien, pero estoy reclamando ser zorra. ¿Qué es una zorra de todos modos? Una mujer que tiene relaciones sexuales sin compromiso y —se quedó sin aliento dramáticamente—, *goza* de sí misma.

Estoy harta de los hombres que esperan mucho de mí y que dan tan poco a cambio. —asintió con la cabeza como si se decidió el asunto—. A partir de mañana, seré una zorra.

Ben sacó su dedo de su pecho y se acercó.

Reese tragó saliva. El calor que salía de su cuerpo calentaba su piel expuesta.

Dios, él olía bien. Cuando alcanzó detrás de su cabeza, ella inclinó su boca hasta la de él. Culpó al vino mientras su mirada se deslizó a sus labios. *Una mala idea*, parte de su pensamiento, pero otra parte, una parte peligrosa, recordaba lo bien que esos labios se sentían en los de ella. Aquella parte peligrosa que quería besar.

Sus ojos se encontraron con los de ella, después oyó un clic mientras el gabinete detrás de su cabeza se abrió y alcanzó un vaso.

Soltó un suspiro y retrocedió, dejando espacio entre ellos cuando se volvió hacia el fregadero y abrió en grifo.

Él le tendió el vaso y sintió fresco contra su piel ardiente.

—Bebe —ordenó.

Hizo lo que dijo. Cuando ella drenó el vaso, volvió a llenarlo y lo regresó. Cuando estaba a medio camino del segundo, él se apoyó contra la pared y cruzó los brazos sobre su pecho. —¿Quieres decirme de qué se trata todo esto?

Reese frunció el ceño de nuevo. Pensó en el señor "tus huevos no serán para siempre". Pensó en su desafortunada reunión con Lance. —Lo que *quiero* —dijo—, es una aventura sucia y caliente, con un sudoroso, nunca será

mi marido.

Con un suspiro, se encogió de hombros y tiró de su camisa. —Si tengo que hacerlo.

Ella resopló ante su expuesto abdomen.

Levantó las palmas. —Sólo trato de ayudar a una amiga.

Le dio un golpe en el brazo.

Ahora sonrió en serio. —Tomaré uno para el equipo.

—Lo tendré en mente. Sólo quiero un tipo que… le guste el sexo.

—Eso lo reduce mucho —murmuró.

—Quiero a alguien que esté más interesado en mi cuerpo que mis habilidades de cocina.

—Eso debería eliminar un sólido por ciento de la población masculina heterosexual.

Reese dejó caer sus ojos a su vaso vacío. —Quiero saber lo que es ser *deseada*. Parte de mí, una pequeña y estúpida parte, desea ser una de las diosas del sexo de Halie McCormack.

Oh, demonios. Ella estaba usando un vestido. Una pequeña cosa azul que escondía cada maldita curva que tenía y que terminaba bastante encima de sus rodillas para seguir con sus muslos suaves.

—Gracias por venir por mí —dijo Reese, subiendo al camión de Ben—, pero en realidad pude haber tomado el tren.

—No seas ridícula. Vamos al mismo lugar.

Ella frunció el ceño y ajustó su falda mientras se acomodaba en el asiento. —Bueno, gracias.

—Tienes que deshacerte de esa trampa de muerte —dijo, apartando los ojos de la franja de piel expuesta sobre sus rodillas. Su sedán se quedó inútil en el estacionamiento de su complejo, pidiendo ser puesto a descansar en una pila de chatarra.

—Está pagado —dijo con toda naturalidad—. El mecánico lo estará arreglando el fin de semana. Además, uso el tren la mayor parte del tiempo. ¿Por qué necesito algún coche de lujo?

Bien, y ella no podía permitirse el pago del automóvil desde que su idiota ex pareja la había convencido de comprar un condominio juntos. Después él se largó y la dejó con la hipoteca.

Si hubiera aceptado a Ben por su oferta de dejarla vivir con él, podría vender el condominio y comprar un buen coche.

—Bueno, eso funciona la mayor parte del tiempo.

Se volvió hacia ella y arqueó una ceja. —¿La *mayor* parte del tiempo? Eso me tranquiliza, Reese. Aquí estaba yo, preocupándome por si se pudiera descomponer en medio de la I90, pero ahora sé que funciona la *mayor* parte del tiempo, lo tendré en mente.

—Te preocupas demasiado, pero no lo necesitas. Todo va a funcionar. —Sus ojos se ensancharon cuando vio dos tazas de café en la consola—. ¿Uno de esos es para mí?

Su cabello oscuro fue colocado en una cola de caballo alta, exponiendo su piel suave del cuello y recordándole a la Reese recién bañada y enrojecida que había encontrado en su apartamento anoche. No podía dejar de imaginar la manera en que su bata empezó a deslizarse de sus hombros, o la forma que lo había mirado, sólo por un momento, cuando él se había acercado.

No podía dejar de preguntarse qué demonios le pasaba.

Ben apartó la mirada de ella mientras sorbía el café. Pero ella soltaba pequeños gemidos de placer con cada sorbo y tuvo que apretar el volante para no mirar fijamente, para evitar que su cerebro imaginara esos gemidos en un contexto completamente diferente. —Supongo que has dejado atrás tu tonta idea borracha de *quiero ser una zorra.*

—Oh, no lo he dejado atrás —dijo—. Sólo pienso mejor sobria. No soy material de diosa del sexo.

Bufó. ¿Era realmente tan ingenua?

Se encogió de hombros. —La vida continúa.

—Gracias por hacer esto —dijo bruscamente, cambiando el tema a algo más seguro. Ella se acercó y apretó su muslo, justo encima de su rodilla y dejó su mano allí.

—Estoy feliz de hacerlo. Le debo mucho a tus padres.

Se detuvo en el camino, rumbo al norte de la ciudad de la casa de sus padres. Hace meses, le había pedido a Reese que le ayudará con los preparativos para la fiesta de retiro de su padre. Ella era buena en ese tipo de cosas después de todo. Pero ahora todo lo que podía pensar era que si él organizaba la fiesta solo, no estaría sentado aquí deseándola tanto.

Ella apretó una vez más antes de quitar su mano y su pene se puso duro incómodamente contra sus vaqueros.

—¿Cuándo se supone que todos lleguen? —Preguntó.

Él aclaró la garganta. —Al mediodía. ¿Llegarán Trish y Sydney?

Reese frunció el ceño y se inclinó hacia atrás en su asiento. —Sí —gruñó—. Dios, yo realmente no quiero hablar con mi hermana en este momento, pero será bueno ver a Sydney. ¿Sabes que está tocando el piano en la banda de jazz de la escuela secundaria?

—Lo has mencionado. Como doce veces.

—Ella está en el octavo grado. Perdóname por ser una tía orgullosa.

Ben le lanzó una mirada antes de volver su atención a la carretera. —¿Por qué no quieres hablar con Trish? ¿Es por la cita?

—La cita fue terrible —dijo ella—, pero ella tenía buenas intenciones. Pero no puedo creer que ella le dijo a Halie McCormack... —Ella se interrumpió y sus ojos se agrandaron.

—¿Qué le ha dicho? Son amigas, ¿verdad?

—Ella solo... —Sacudió la cabeza de nuevo, y por el rabillo del ojo, pudo ver sus mejillas ruborizarse—. Ella fue quien hizo a Halie creer que necesito Diosa del Sexo 101.

Ben entrecerró sus ojos. —No me estás diciendo algo.

—Es personal —Reese refunfuñó detrás de su café.

Él gruñó. —Nunca me detuve de compartir antes.

—Es embarazoso. Pero tal vez todo sucede por una razón. Algo bueno puede salir de eso.

—Vamos, Reese. Soy yo. Tu amigo. El tipo que te salvó de lo que probablemente habría sido una desagradable resaca de ayer. El amigo que vino a tu rescate cuando tu coche no arrancó *de nuevo*.

—Tú no quieres saber.

—Realmente sí —prometió—. De todos modos, estoy un poco herido de que tengas la confianza de compartir esta información con Trish y no conmigo.

Ella sacudió la cabeza, sus mejillas estaban del color del carmesí. Mientras se ponía sobre la autopista, abandonó el tema. Por ahora.

La satisfacción lleno a Reese mientras miraba alrededor de la fiesta. Los invitados llegaron en masa para celebrar la larga y exitosa carrera de Thaddeus Hawk, dueño y fundador de Hawk Construction. Los refrigeradores estaban llenos de bebidas, las mesas estaban llenas de alimentos, y los hermanos Hawk estaban trabajando en las parrillas.

—Es tan agradable verte, cariño —dijo Caroline Hawk, tirando de Reese a su gran cuerpo suave para un abrazo—. Cuando estabas saliendo con ese hombre malo, no te vimos cerca lo suficiente.

—Ese hombre malo —fue como Caroline había llamado a Lance.

Reese hizo una mueca. —Lo siento por eso. —Lance no había creído apropiado que Reese pasara tanto tiempo con la familia del otro hombre, incluso si la habían tratado como a uno de los suyos durante tantos años. ¿Ella realmente había sido tan estúpida?

Caroline palmeó el hombro de Reese antes de alejarse. —Bueno, todo eso está detrás de ti ahora.

La gratitud, el arrepentimiento y el amor, todo se arremolinaba juntos y creció enorme en la garganta, por lo que Reese asintió en respuesta.

Alguien llamó a través del césped y Caroline apretó la mano de Reese antes de deslizarse lejos. —¡La fiesta se ve muy bien!

Reese giró para ver a Trish, su pelo rojo brillante se balanceó en la línea de la mandíbula, los ojos verdes brillantes. Su hermana era una belleza en la liga de Halie McCormack. Lo cual era probablemente la razón por la que pasaron tanto tiempo juntas. La gente linda siempre acudía a la otra así. Pero a diferencia de Halie, Trish no había tenido el mundo entregado a ella en una bandeja.

—Gracias —finalmente respondió—. Realmente no hice mucho, pero ..sé que hará a Ben sentirse mejor teniéndome aquí. ¿Dónde está mi hermosa

sobrina?

—Ella está adentro —dijo Trish—, acariciando al magnífico bebé de los Hawks, ¿dónde más? — Reese sonrió—. Le dije a Caroline sobre la banda de jazz —está muy impresionada.

—Le dijiste a todos acerca de la banda de jazz.

Encogiéndose de hombros, Reese dijo—: Es un gran negocio.

—Y bien. —Thish unió sus manos—. ¿Cómo va la cita?

Reese le sacó la lengua y señaló con el pulgar al suelo.

—¿En serio? —Chilló Trish—. El hombre, que parecía tan sólido también, realmente listo para sentar cabeza.

—La próxima vez, menos sólido, más promiscuo, ¿de acuerdo?

La risa burbujeó de los labios de Trish, haciendo muecas a Reese.

—Estoy hablando en serio. No estoy buscando ese tipo de intensidad... en este momento. Después de Lance, me merezco un poco de diversión.

La cara de Trish se puso seria.

—Por supuesto que sí. Maldita sea. Tu y yo sabemos cómo elegirlos, ¿verdad? —Ella sacudió la cabeza—. Lo haré mejor la próxima vez.

—No más citas a ciegas, sin embargo —dijo Reese—. Si quieres que conozca a alguien, me lo presentarás. Eso de las cita a ciegas es infernal.

—De presentación pasada de moda a un hombre promiscuo. Entendido.

—Reese tomó una respiración profunda, echando un vistazo alrededor para asegurarse de que estaban hablando en la intimidad familiar—. No debiste decirle a Halie.

—¿Decirle qué a Halie?

Reese ladeó la cabeza.

—¿De verdad? Expones mi mayor secreto a la reina del placer sexual y no te *acuerdas*?

Poco a poco, la realización comenzó y los ojos de Trish se abrieron como platos.

—Ella mencionó mi pequeño… *problema* durante nuestra reunión de negocios. ¿Sabes lo incómodo que es eso?

Trish se tapó la boca con la mano.

—Lo siento. Solo lo dejé salir. —Sus hombros se hundieron—. Debes odiarme.

—Eres mi hermana. No puedo odiarte. Debería, pero no puedo. —Ella ajustó el jarrón de flores en una de las muchas mesas dispuestas alrededor del patio—. Oh, bueno, es probable que gracias a ese pequeño cotilleo se apiadó de mí y me ofreció un trabajo.

Trish parecía confundida, por lo que Reese la puso al corriente de su viernes de infierno, desde el despido hasta la oferta de trabajo.

—¡Guau! ¿Tienes la oportunidad de hacerte Diosa del Sexo 101 de forma *gratuita*?

Reese gimió. —Estás perdiendo el punto. Es un *trabajo.* Uno grandioso.

—Halie es increíble. No puedo esperar a ver lo que ha hecho por ti.

Un nudo enfermo creció en la boca del estómago de Reese. Ella prefiere centrarse en el trabajo, no en la realidad embarazosa de tener que convertirse en una de las ilustres diosas del sexo.

—Al menos una de nosotras está emocionada —murmuró Reese.

—Mientras tanto, voy a encontrar a ese promiscuo que deseas tanto.

La mirada de Reese inconscientemente se ajustó en uno de los hermanos Hawk en la parrilla.

Trish se rió cuando vio a dónde Reese estaba buscando. —¿Mark Hawk? Oh, Dios, Ben me mataría.

Mark capturó la atención y le hizo un guiño.

¿Era ella una aspirante a zorra o no?

—Lo que Ben no sabe no le puede hacer daño.

4

Traducido por Jessibel, Florpincha & Cjuli2516zc
Corregido por Dai

Ben se alejó de la parrilla ante el sonido de la risa y ubicó a Reese y su hermana charlando a unos metros de distancia. Cualquiera que sea el gran secreto expuesto por Trish no debe haber sido demasiado importante, ya que los grandes ojos de Reese brillaban con humor.

Algo apretó su pecho a la vista de su sonrisa. Le hizo...

Al lado de Ben, Mark hizo un sonido de molestia.

—Sigue mirándola de esa manera, y se dará cuenta.

Ben frunció el ceño.

—¿Cuenta de qué?

Le dio a Ben una mirada de complicidad.

—Vamos, hombre, has estado haciéndole ojitos desde que ese chico con el que salía se mudó de su casa.

—No lo he hecho. —Aclaró su garganta—. Ha sido bueno tenerla de vuelta en mi vida. Lance era posesivo como el infierno.

—Realmente no veo qué te detiene.

Tú, idiota.

—Nada me impide cualquier cosa. Somos amigos. —Se metió las manos en los bolsillos. Él y Reese acordaron hace años que ninguno pediría más. ¿Fue el genio que pensó en eso?

Mark se frotó pensativamente el pecho.

—Sí, probablemente no es el momento para hacerlo. Ella necesita amigos en este momento. Es una mierda, lo que la estación le hizo. —Se volvió de nuevo a la parrilla y volteó unas cuantas hamburguesas—. Juro que el lugar está dirigido por un grupo de idiotas.

Ben se congeló.

—¿Qué?

—Admitiré que creo que puede hacerlo mejor. Quedarse en la estación era la opción más fácil, así que tal vez esto resultará mejor.

Ben no escuchó el resto porque fue a zancadas a través del césped hacia Reese. Caminó hacia ella y la tomó por el brazo y la sonrisa en su rostro se congeló.

—¿Qué está pasando?

Se abrió paso a través de los invitados, dirigiéndose a la puerta trasera. Cuando la metió en la casa de sus padres, encontró la habitación privada más cercana.

—Ben —dijo mientras él cerraba la puerta—. ¿Por qué estamos en el baño?

—¿Perdiste tu trabajo?

Ella levantó la barbilla.

—Sí.

—¿Por qué demonios no me lo dijiste?

—Creo que los dos sabemos la respuesta a eso.

Dio un paso hacia ella, y ella se apoyó contra el tocador.

—Entonces podrías estar equivocada, porque eso parece información que deseas compartir con *tus amigos*.

—No quiero que vengas al rescate. No quiero que pagues mi hipoteca o llenes mi tanque. No quiero ninguna de las cosas que te gusta ofrecer cuando me encuentro en problemas.

Se cruzó de brazos.

—Eso es lo que hacen los amigos.

—Está bien, entonces deja que te pregunte algo. ¿Cuándo te enteraste, cuántos segundos más tarde decidiste que debería vender mi casa y vivir contigo?

Ben abrió la boca para responder, luego la cerró. Lo conocía demasiado bien, pero eso no quiere decir que no era un plan perfectamente razonable. Era un buen plan ahora, y había sido un buen plan cuando Lance la dejó.

—Nunca tuviste problemas de dinero antes de comprar ese lugar.

Los labios de ella se curvaron.

—No creo que sea por eso que odias tanto mi departamento.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. Es irrelevante.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer me ofrecieron un trabajo.

Levantó una ceja.

—Otra pieza de información que pienso no debería ser el último en enterarme.

—No eres el último en enterarte. —Dejó escapar un suspiro—. No he aceptado todavía. Sex Goddess, Inc. necesita un director de mercadeo.

Las palabras arrasaron con su irritación.

—¿De verdad? ¿Y el trabajo es tuyo? ¿Es un hecho?

—El trabajo es mío —continuó—, con la condición de que complete Diosa del Sexo 101.

Ben sonrió.

—¿Vas a hacer el programa Zorra Ardiente 101?

—No lo llames así —dijo, golpeando su brazo.

Incluso mientras se frotaba el insulso dolor, no pudo evitar la risa en su voz.

—¿Pero es una condición para obtener el trabajo? ¿El trabajo que salvará el costoso condominio que estás tan decidida a mantener?

Dejó caer los hombros.

—No sé lo que voy a hacer. —Su frente se arrugó y la derrota se reflejó en sus rasgos.

Mierda.

—Oye... —Le levantó la barbilla para que lo mirara—. Vas a estar bien.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Sí? Ben, me conoces mejor que nadie y te ríes de la idea. No estoy hecha para esto. Puedo promocionar como nadie. Sé que puedo. Pero no puedo hacerlo. ¿Yo? ¿Una diosa del sexo? En serio, ¿puedes imaginar eso?

No tienes ni idea.

—Finge —dijo, encogiendo sus hombros. Cuando ella frunció el ceño, le agarró las manos y las apretó—. Estoy hablando en serio, Reese. Son cinco pasos, ¿verdad?

—Diez.

—Muy bien, así que harás diez cosas, finge que eres una de sus Zorras Ardientes convertidas y tendrás el trabajo de tus sueños. —Se encogió de hombros otra vez—. Fíngelo.

Ella tomó una respiración profunda y algo de la tensión abandonó su rostro.

—¿Seguro que no estás diciendo esto para que me puedas ver con escasa ropa?

—Es una ventaja añadida.

Suspiró y apoyó la cabeza en su hombro.

—Gracias, Ben.

Cerró los ojos, resistiendo el impulso de tirar de su cuerpo más cerca.

—Claro que sí.

Metiendo la barbilla, enterró la nariz en su cabello, atrapando un poco de su olor, ese olor suave y femenino que lo perseguía.

Ella se apartó.

—Últimamente pareces diferente. ¿Hay algo mal?

—El trabajo me está afectando. —Y era la verdad, aunque solo sea una parte de ello—. Tengo grandes planes y papá... —Interrumpió con un movimiento de cabeza. No quería hablar de Hawk Construction ahora mismo. No quería hablar de nada. Quería mantenerla en sus brazos mientras pudiera salirse con la suya.

Ella lo estudió por un minuto.

—Quieres más —dijo ella simplemente.

No tenía ni idea. Y por primera vez desde que golpeó su puerta hace seis años, Ben consideró la posibilidad de tomar lo que quería.

Las magníficas criaturas que rodeaban a Reese no necesitaban el Campamento Diosa del Sexo. Necesitaban un espejo.

—¿Podemos marcharnos ahora? —preguntó Reese a Mason cuando entraron en el centro de convenciones y se unieron a las masas de mujeres que se movían, esperando ser transformadas.

—Anímate, soldado. Estamos haciendo esta cosa.

Hace una semana, Ben resolvió su dilema de la diosa del sexo diciéndole que fingiera, y ahora se hallaba aquí, lista para sumergirse en la mayor farsa de su vida, agradecida de tener a Mason a su lado. Halie la animó a traer un amigo al Campamento Diosa del Sexo citando las mejores tasas de éxito para las mujeres que pasan por el programa con un amigo.

¿Cómo se mide el éxito de un programa como este? ¿Por el número de mandíbulas caídas? ¿El número de aventuras de una noche?

Reese miró a las mujeres a su alrededor y sintió que su propio atractivo bajaba exponencialmente. Unas delgadas, unas curvilíneas, otras rubias, otras morenas, una incluso con mechas púrpuras en su cabello platinado, cada una de esas mujeres eran hermosas. Reese podría no saber el nombre de las marcas de diseñadores, pero reconocía la ropa costosa cuando la veía. Por supuesto, un fin de semana en el Campamento Diosa del Sexo costaba casi mil dólares, más para aquellas que continuarán con DS 101, la experiencia atraía a la clase de mujeres que podían permitirse ropa bonita.

—¿Recordaste traer tus cinco trajes más halagadores? —preguntó la mujer de la mesa de registro.

Reese levantó su bolsa de ropa sobre la mesa y respiró hondo. Podía hacer esto.

—Espero que estén bien.

La mujer agitó la mano con desdén.

—Realmente no importa. Es una *oportunidad de aprendizaje*. Ahora vete, la Diosa estará contigo pronto.

Reese y Mason intercambiaron una mirada.

—¿Vas a tener que llamarla así cuando trabajes para ella? —preguntó Mason en un susurro.

Reese sacudió la cabeza.

—No podría. No con un rostro serio.

Entraron en el gimnasio y fueron guiadas a una línea de mujeres de pie frente a las gradas.

Reese apretó los puños para no alterarse.

—¡Mi, oh mí Dios, hay algo *sexi* ocurriendo aquí! —Halie McCormack entró a la habitación, con sus largas piernas, tacones altos y una sonrisa de mil vatios.

Una ovación se elevó mientras se colocaba delante de ellas. Algunas mujeres aplaudieron. Algunas saltaron de arriba abajo. Reese solo quería irse.

Halie hizo un gesto para que la multitud se callara.

—Ser una Diosa del Sexo no es simple, pero las reglas son. —Caminó de un lado a otro frente a sus reclutas, las manos juntas detrás de su espalda.

—La primera regla del Campamento Diosa del Sexo—dijo Reese en voz baja—, es que no *hablas* del Campamento Diosa del sexo.

Masey resopló, obteniendo una mirada de su intrépida líder.

—Regla uno… —Se detuvo frente a una pelirroja y tiró del lazo en su cabello, enviando una cascada de cabello rojo y grueso por su espalda—. Las colas de caballo son para entrenamientos y tareas domésticas. Nada más. Sin excepciones.

La pelirroja asintió con entusiasmo y sacudió su cabello en un frenético movimiento.

Reese buscó su lazo y lo sacó lo más discretamente posible.

—Regla dos —gritó Halie, poniendo dos dedos en el aire—. Usarán ropa que les quede bien y halague su cuerpo. —Envió una mirada significativa en la dirección de Reese.

—Ay —murmuró Masey.

Reese resopló suavemente.

—No bromees.

—Regla tres... —dijo, haciendo una pausa dramática para mirar a cada recluta a los ojos—. Buscarán oportunidades para dar y recibir placer.

Gritos en acuerdo llenaron el gimnasio y Reese miró la puerta.

Masey le dio un codazo.

—Ni lo pienses.

—La cuarta regla —exclamó Halie—. Y esto es de lo que se trata. Alcanzarán la vida que desean, no la vida que les han dado. La alcanzaran y harán que suceda porque se lo *merecen*.

—¡Ahora, vamos a comenzar esta fiesta! El Campamento Diosa del

Sexo no es solo una conferencia de fin de semana —dijo Halie—. Es el primer día de su nueva vida. Es una vida de satisfacción y emoción. ¡Y está disponible para *todas* las mujeres!

La multitud rugió de manera inapropiada. Reese cuestionaba seriamente su cordura.

—¿Están listas para experimentar el fin de semana más importante de su vida? —La voz de Halie era seria ahora.

Afirmaciones pre-orgásmicas de "¡Sí, sí!" llenaron la habitación.

—¿Están listas para tomar el control de su futuro?

Más aplausos, unos cuantos silbidos e incluso unos ¡Hurra! ¡Hurra! al estilo de la vieja escuela Arsenio Hall.

—Voy a hacerles muchas preguntas este fin de semana. Empecemos con algunas cosas básicas. —Halie miró alrededor de la habitación ahora en silencio—. ¿Cuándo fue la última vez que te sentiste manipulada para hacer algo?

Oh, la ironía, pensó Reese.

Halie señaló a la pelirroja.

—La semana pasada.

—¿Qué pasó?

—Salí en una cita con este tipo que no me interesaba porque me dio esta triste historia sobre estar solo. Fue horrible, y tuve que llamar a un amigo para que me rescatara porque sabía que iba a hacerme sentir culpable por llevarme a la cama.

—Eso no está bien —dijo Halie—. No pierdan su tiempo con personas que no les traen alegría. Díganlo conmigo, señoras: *Nunca más.*

—*Nunca más* —cantaron, y al menos Reese podía unirse a eso con sinceridad.

—¿Cuándo fue la última vez que se sintieron sexualmente *poderosas*? —preguntó Halie, luego señaló a Reese—. Reese, tú primero.

Reese se congeló.

—¿Disculpa?

—Tienes poder sexual. ¿Cuándo fue la última vez que te sentiste como una diosa en los brazos de un hombre? —Tragó saliva y trató de pensar en cualquier respuesta excepto la que le vino a la mente.

—No lo piense más —dijo Halie—. La primera respuesta que te viene a la mente es la más honesta.

Con honestidad. Bien...

—Una vez, alguien vino a mi apartamento a las diez de la noche solo porque quería besarme. No lo esperaba.

—Hermoso. ¿Cuál era el nombre de este tipo? —preguntó Halie.

Reese miró a Masey antes de admitir:

—Ben Hawk.

—¡Buenos días! —gritó una voz cantarina desde la puerta principal de Ben.

Ben se encontraba de pie en medio de su cocina, bebiendo café a sorbos y tratando de separar sus párpados.

Reese entró a zancadas a la habitación, su presencia poniendo su cerebro en marcha mejor que una jarra entera de café.

Llevaba una camiseta blanca, pantalones de yoga que se aferraban a la curva de su trasero y una sonrisa demasiado alegre para un lunes por la mañana.

No por primera vez, Ben se imaginó que no lo acompañaba recién salida de su auto, sino que se encontraba con él desde su cama. No estaría usando ropa de entrenamiento, pero tal vez una de sus viejas camisetas. Se dirigía hacia él con los pies descalzos, la tela rozando la parte superior de sus muslos, y envolvería sus brazos alrededor de su cuello con la sonrisa de una mujer recientemente satisfecha. Él deslizaría sus manos bajo su camisa y ahuecaría una nalga en cada mano mientras pone su boca sobre la suya. Entonces tendrían un tipo diferente de entrenamiento.

Una fantasía peligrosa. En el mundo real, Reese le dio un beso en la mejilla como si estuviera saludando a su hermanito. Para añadirle más sal a la herida, le quitó la taza de las manos y tomó un trago de su café. El suave gemido de placer que escapó de sus labios jugó demasiado bien con las imágenes que destellaban en su mente. Lo mismo hizo la manera en que cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, el placer corriendo a través de su rostro.

Jesús. Ben intentó controlarse, pero, demonios, era solo humano, y Reese disfrutaba de un sorbo de café de una manera que hacía pensar a un hombre en sexo lento, sudoroso y *exhaustivo*.

¿Cómo se suponía que evitaría imaginarse la expresión de su rostro mientras se burlaba de sus pechos? ¿Qué sonidos haría cuando pasara su lengua por un pezón endurecido? Y cuando pasara su boca por su estómago y la probara entre sus piernas, ¿qué sonidos haría entonces? ¿Abriría silenciosamente sus piernas para él? ¿O gritaría con placer, tirando de su cabello?

Ella inclinó su cabeza, estudiándolo pero no viéndolo. Reese veía a un amigo cuando lo miraba, no a un hombre. Y tal vez durante algún tiempo solo vio a una amiga cuando la miraba. Eso era todo lo que dejó ver. Pero en algún momento bajó su guardia, y ahora, cuando miraba a Reese, no solo la *veía*. La *deseaba.*

—¿Tienes mucho en mente esta mañana? —preguntó.

Asintió lentamente, dejó que sus dedos rozaran los suyos mientras tomaba su taza de nuevo.

—Podrías decir eso —Tomó de un golpe el resto del café y se dirigió hacia el sótano sin preámbulos. Reese lo siguió, tarareando suavemente bajo su aliento, un sonido lo suficientemente bajo como para lanzar su mente directamente de vuelta a su fantasía, a la idea de su cuerpo bajo sus manos. Su boca.

—Oye, gruñón —dijo cuando llegaron al final de la escalera. Tiró de su hombro hasta que se volvió hacia ella—. ¿Hay algo que pueda hacer para mejorar tu estado de ánimo esta mañana?

—Puedo pensar en algunas cosas. —No pudo evitarlo. Dejó que su mirada recorriera lentamente su cuerpo, persistiendo en sus curvas. Su mirada viajó tan lentamente hacia su rostro, que tuvo tiempo suficiente para imaginar cada centímetro de ella desnuda, expuesta, lista para él. Era una imagen que era mitad fantasía y mitad memoria.

Cuando regresó la mirada a su rostro, un rubor rojo profundo manchaba sus mejillas.

—¡Ben! —Aterrizó un golpe suave a su plexo solar.

Ben alzó un hombro en un medio encogimiento de hombros.

—Tú preguntaste.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien?

Sabía hasta la fecha, pero no se hallaba dispuesto a compartir la verdad con Reese, no cuando la cita fue tan significativa en su vida.

—Unos meses.

—Bueno, necesitas hacer algo al respecto.

—¿Te ofreces como voluntaria?

5

Traducido por Jessibel
Corregido por Dai

—Escúpelo —exigió Masey una hora después de que Reese terminara su entrenamiento.

The Coffee Spot vibraba de actividad. El clásico Rock sonaba ligeramente alto y adictos a la cafeína se amontonaban alrededor del mostrador, lanzando miradas malignas a cualquiera que se atreviera a interponerse entre ellos y su próxima dosis.

Reese hizo lo posible por parecer inocente.

—¿Escupir qué?

—Ayer dijiste que te besaste con Ben. Quiero detalles.

—Dije que vino a mi apartamento para besarme.

—Escúpelo.

—Prefiero no hacerlo.

Reese frunció el ceño ante el sobre cerrado que sacó de las profundidades de su bolso. El campamento no fue nada parecido a lo que esperaba. No hubo cambio de imagen, ni consejos sobre cómo balancear sus caderas al caminar, ni siquiera una lección para perfeccionar su mamada. En su lugar todo el día fue un ejercicio de introspección, reflexión y autoevaluación.

Reese en realidad... lo disfrutó. Todo, excepto ese momento al principio cuando expuso su historia secreta con Ben.

—¿Fue esto reciente? —preguntó Masey—. ¿Cómo desde qué rompiste con Lance?

Eso sacudió a Reese de su ensimismamiento.

—¡No! No, fue... —Secó una gota de café con su pulgar—. Fue antes de que nos hiciéramos amigos.

Masey se recostó en su silla y estudió a Reese.

—Bueno, bueno, bueno. Y yo aquí pensando que en el momento en que los dos cedieran y se tocaran, el resto sería historia.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso? —Maldición. Odiaba esto. Aprender a dar una mamada como una estrella porno no habría apestado tanto.

—Reese, todo el mundo puede ver…

—Somos. *Solo. Amigos.* —Machacó las palabras a través de sus dientes, luego se obligó a relajar los hombros—. Eso es todo.

Masey asintió, pero Reese tuvo la impresión de que le estaba siguiendo la corriente más de lo que le creía.

—Escucha. —Reese tomó una respiración profunda—. No soy estúpida. Sé que todo el mundo piensa que estamos juntos o vamos a estarlo, pero no es así. —Tragó el nudo en su garganta y encogió sus hombros—. Lo intenté. No me quería.

La simpatía en el rostro de Masey fue suficiente para que Reese quisiera huir.

—Decidimos que la única manera de salvar nuestra amistad era llegar al acuerdo de que ninguno de nosotros pidiera más que una amistad.

—Forzó una sonrisa, pero el recuerdo era todo menos feliz—. El resto es historia.

—Lo siento, Reese —dijo Masey—. No tenía ni idea, pero simplemente no lo entiendo. Dijiste que fue a tu apartamento porque...

Su café se derramó y ella hizo una mueca.

—No me gusta hablar de ello.

—Está bien. ¿Hay una razón por la que no lo has abierto todavía? —Masey señaló el sobre en manos de Reese—. ¿Cobardía?

—Más o menos. —Reese golpeó el sobre en la mesa, agradecida por escapar de la pregunta en torno al pasado de ella y Ben—. El primer paso es el mismo para todo el mundo, ¿verdad? No puede ser tan malo.

—Ábrelo.

Reese se lo entregó a Masey.

—Hazlo tú.

Masey no lo dudó. Lo abrió y retiró la carta en su interior.

—El primer paso —leyó—, dilo en voz alta.

—Soy una Diosa del Sexo —dijo Reese lo bastante alto para que Masey escuchara—. Ahora, ¿qué quería decir con darme instrucciones para conseguir el siguiente paso?

Masey sonrió con un fuerte sonido contagioso que llenó la habitación e hizo reír a cualquier persona con un poco de corazón.

—No estás consiguiendo esto así de fácil. Hay más. —Le entregó la nota a Reese.

Paso uno: Dilo en voz alta. ¡Declara tu intención al universo!

Estimada Reese,

Me place que hayas elegido embarcarte en este viaje conmigo.

—Más cómo que me engañó —se quejó Reese, pero no podía ser demasiado amarga al respecto. La mujer le dio un trabajo fantástico, después de todo.

Sé que tienes miedo, ahora mismo, puede que ni siquiera creas en mi programa.

Levantó la mirada.

—Eso no es cierto. Creo totalmente que ella puede transformarme en diez pasos. —Masey se cruzó de brazos, la duda comprimió sus rasgos.

—¿Sí?

—¡Sí! También creo que un anciano obeso puede caber por una chimenea, dejar la clase exacta, el tipo y el número de regalos que la familia del niño puede permitirse, y sacar sus renos del tejado, sin hacer ruido.

Masey curvó el labio.

—Solo lee la carta.

La fe vendrá con el tiempo. Con cada paso verás cambios en ti que te motivarán a continuar.

Escríbeme una carta que describa la versión de Reese de la Diosa del Sexo. Pasa un tiempo fantaseando primero, y luego escríbelo.

—Maldita sea —murmuró Reese. Miró a Masey. —Estoy muerta, ¿verdad? Estoy muerta y en el infierno por tener pensamientos impuros sobre los hermanos Hawk.

Masey movió sus cejas.

—¿Hermanos, en plural? ¿Así que lo admites?

Las mejillas de Reese ardían pero sonrió.

—Míralos. ¿Quién no?

—Nadie con partes de mamá funcionando, te lo garantizo.

Reese suspiró.

—No sé en lo que me he metido, Mase.

—Ánimo, soldado. Puedes hacer esto.

—Correcto. —Reese tomó un sorbo de su macchiato de caramelo. Esperaba que la Diosa del Sexo 101 pusiera a las mujeres en estrictas dietas sin carbohidratos y regímenes de ejercicio, pero Halie dejó muy claro durante el día de ayer en el Campamento que sus objetivos no deben incluir la pérdida de peso.

—¿No estás emocionada? —preguntó Masey.

—Oh, Masey, siempre optimista. Estoy mortificada. Este es exactamente el tipo de cosas que una chica como yo evita.

—¿Qué quieres decir con una *chica como tú*?

Reese ignoró la pregunta.

—Debería ponerme en marcha. Necesito dar una buena impresión en mi primer día. Tal vez si soy una empleada impresionante, ella me mantenga cuando sea un fracaso en su programa.

—Vamos, son solo diez pasos —dijo Masey—. Y ya eres mitad Diosa del Sexo.

—Diez pasos —repitió Reese—. ¿Qué tan difícil puede ser?

—No es un programa fácil —le dijo la rubia de piernas largas a Ben. ¿Holly? ¿Hadley? Maldita sea si podía recordar el nombre de la mujer que apreció en su lugar de trabajo sin avisar.

El equipo de Ben arrastraba otro conjunto de armarios antiguos fuera de la casa, frenando cuando vieron a la rubia platinada. No podía culparlos. La mujer era el sexo andante. Un rostro serio en un cuerpo servido en un vestido negro ceñido y un par de zapatos de tacón de lujo.

Su apariencia pulida contrastaba con el sitio del proyecto, donde cuatro de los chicos de Ben demolían una cocina en los suburbios de Cape Cod y se preparaban para instalar una nueva. Sólidos gabinetes de roble color miel, pisos de madera, mostradores de granito oscuro… el producto terminado sería un lugar de exhibición con acabados a la medida por los que quería que Hawk Construction fuera conocido.

—Lo siento… Hadley, ¿verdad?

—Halie —lo corrigió—. De Sex Goddess, Inc. CEO.

Probablemente se suponía que debía estar impresionado.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

Entendía que Reese tenía que ir a través de los pasos del programa Zorra Ardiente por su trabajo, pero estaría condenada si iba a ser una *parte* de un programa de cambio de imagen que la hacía sentir como si fuera necesario vestirse con ropa reveladora y acostarse con cualquiera. El programa puede ser más caliente que el último iPhone, pero Reese no lo necesitaba.

Halie entrecerró los ojos y lo estudió. Sintiéndose menos como un semental en un cinturón de trabajo y más como un insecto bajo una lupa, Ben resistió el impulso de retorcerse.

—Trish me dice que eres el mejor amigo de Reese —dijo.

—Seguro. —Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. Esa etiqueta, *mejor amigo,* le molestaba un poco esta mañana. Claro,

se preocupaba por Reese, pasaba tiempo con ella, haría cualquier cosa por ella. Pero también era un hombre, y se hallaba un poco irritado con Reese por olvidar eso.

—Necesitará tu ayuda para superar el programa —dijo Halie—. Como decía, es más difícil de lo que las personas esperan. Realmente empujo a mis clientes fuera de su zona de confort.

Su teléfono sonó y le dio un vistazo a la pantalla leyendo que uno de sus subcontratistas se encontraba en la línea. A fin de no parecer grosero, envió la llamada al correo de voz. Realmente necesitaba volver al trabajo si quería tenerlo listo en la fecha prevista.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Cuándo la verás nuevamente?

Se encogió de hombros.

—Por lo general nos encontramos los jueves en casa de Luke para tomar algo.

—Eso será perfecto. —Sacó un sobre de su bolso y se lo entregó—. Dale esto cuando la veas.

Lo tomó y levantó una ceja. ¿Para *esto* interrumpió su trabajo? Volteó el sobre en su mano.

—Escucha, aprecio que le dieras trabajo a Reese, pero no quiero tener nada que ver con esto.

Halie apretó la mandíbula.

—Sé honesto. Reese es más que una amiga para ti.

Ben parpadeó.

—¿Disculpa?

—Está en tus ojos cuando hablas de ella. —Sonrió—. No es nada de qué avergonzarse. La deseas. Deja de luchar contra eso.

—Estás equivocada.

—¿De verdad crees que estás en el camino que es mejor para Reese? —preguntó Halie. Se hallaba a punto de sugerir que Halie no sabía una mierda de Reese y que dejase de hacer suposiciones cuando Halie dijo—: Está entrando en un período de vulnerabilidad, un despertar sexual. ¿Realmente quieres verla en una aventura con el hombre equivocado?

La mano que extendía la carta para devolverla, se congeló. El café se revolvió en su estómago con las palabras, su más profunda preocupación se pronunció en voz alta. Estudió a Halie y guardó el sobre en el bolsillo.

Halie se hallaba estudiando la casa.

—¿Estás renovando este lugar?

—Sí. Estamos desmantelándolo, dándole un diseño abierto, una cocina personalizada y algunos acabados magníficos. —Era un lugar pequeño, pero era el calibre de trabajo por el que quería que Hawk Construction fuera conocido.

—¿Alguna vez has hecho algo más grande?

—En mi vida anterior. —Sonrió—. Solía manejar un equipo en Whittingman Homes. Quería obtener la experiencia antes de tomar Hawk Construction de mi padre.

Halie silbó.

—Lujoso. ¿Pero esta empresa ha manejado alguna vez algo más grande?

Ni siquiera cerca.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Has escuchado hablar de la mansión McCormack? ¿A las afueras de la ciudad?

Demonios, ¿quién no?

—Por supuesto. ¿Es tuya?

—Mi abuelo me la dejó cuando murió, y estoy pensando en remodelarla y mudarme allí después de que mi prometido y yo nos casemos. Estamos entrevistando contratistas ahora. Tal vez haré que le eches un vistazo. —Su mirada se veían lejana cuando hablaba de ello, no dura como la devoradora de hombres que salía cuando hablaba de su programa.

—Me encantaría. —Hizo todo lo posible para mantener la calma mientras le entregaba una tarjeta de negocios. Esta era exactamente la oportunidad que su empresa necesita.

—Estaré en contacto —dijo Halie, girándose hacia su auto.

—Le daré su carta —dijo en voz alta—. Te ayudaré con ella si puedo, pero no voy a seducir a mi mejor amiga solo para que pueda completar su programa.

Halie se volvió y levantó una ceja.

—¿Quién ha dicho algo sobre seducirla, Sr. Hawk?

—¡Reese! ¡Es tan bueno tenerte en la oficina!

Reese levantó la mirada de la pila de formularios de recursos humanos para encontrar a su nueva jefa envolviéndola en un abrazo.

—Gracias —dijo—. Estoy contenta de estar aquí. —Contenta y sintiéndose un poco culpable por todos los beneficios que vienen con trabajar para el exitoso imperio de Halie.

Halie miró alrededor de la oficina.

—No es enorme, pero espero que este espacio tenga todo lo que necesitas.

—Lo hace —dijo Reese. Esta era la primera vez en su vida que tenía su propia oficina, e incluso tenía una ventana—. Espero terminar con este papeleo para el almuerzo y poder empezar a trabajar en nuestro evento de fin de año.

—Oh, sobre eso. —Halie se sentó en una silla en el otro lado del escritorio de Reese y cruzó sus largas piernas—. Me gustaría algo cercano. Vamos a hacer un baile de máscaras para Halloween y algo más en Año Nuevo. ¿No te parece que sería divertido?

¿Divertido? Por supuesto. *Imposible* también habría sido una selección apropiada de palabras.

—Sí, puedo ver por qué sería divertido, pero tenemos que encontrar un lugar, contratar una empresa de catering, comercializar el evento. Tal vez el próximo año...

Halie se levantó de la silla.

—No, este año. Necesito ver hacer tu magia.

—Al tener tan poco tiempo de anticipación, nosotros...

—Puedes hacerlo, Reese. Dejar de subestimarte. —Se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo—. Ah, y quiero empezar un programa de Diosa del Sexo para la tercera edad, así que comienza a buscar algunas oportunidades promocionales para eso también. Nos reuniremos mañana y discutiremos tus ideas.

Reese solo podía mirar la espalda de Halie, cuando la mujer salió de la oficina. De repente, no se sintió culpable por las ventajas de ser empleada de la SGI. Iba a ganar cada centavo.

6

Traducido por Camila Cullen,
Mich Fraser & Jessibel
Corregido por Dai

—¿Qué estás escribiendo?

Reese cerró su cuaderno de golpe y mordió su labio. El PitStop se llenaba con la multitud sedienta de los jueves y Reese se hallaba tan sumergida en su tarea de Diosa del Sexo 101 que no lo notó.

Ben la miró, sus ojos verdes se arrugaron con preocupación. El hombre era la masculinidad personificada con su sombra gruesa de las cinco en punto y sus botas con punta de acero.

Estuviste allí, fuiste rechazada, se recordó.

Él ladeó la cabeza.

—¿Qué es diferente? ¿Cortaste tu cabello?

Su mano fue instintivamente a su cabello. La regla de la no-cola de caballo parecía simple el domingo, pero la realidad de su cabello ondulado en la humedad de Chicago la hacía desear que Halie hubiera nombrado más excepciones.

—Se ve bien. —Se estiró hacia el cuaderno de nuevo, sus dedos ásperos por el trabajo rozaron la palma de su mano—. Vamos, ¿qué hay en el cuaderno?

—Nada, solo… —*Solo escribo algunas fantasías sexuales*.

Al principio de la semana, Reese le envió a Halie un correo electrónico con su descripción de su Diosa del Sexo. Lo hizo lo más disparatado posible para que Halie la dejara moverse al siguiente paso. Cuanto antes pueda superar esto, mejor. Dos minutos después de hacer clic en enviar, Halie irrumpió en su oficina.

—Eres buena con las palabras. —Se frotaba las manos, sus ojos brillaban—. Creo que esto va a ser la llave para ti. Me gustaría que llevaras un cuaderno y escribieras cada fantasía pérdida que tengas.

Reese debería haber sabido que no debía reírse. Halie no la regañó, pero dijo:

—No puedo decir nombres, pero esto funcionó para una clienta anterior, cierta actriz que puede o no ser conocida por sus excelentes labios y sus muchos niños adoptados. No creí que superaría el programa. Tan insegura. Tan inconsciente de su propio poder sexual. Este ejercicio… bueno, la mayoría de las mujeres fantasean más de lo que se dan cuenta. Escribirlo te hace bajar la velocidad y disfrutarlo. Es el segundo paso perfecto para ti.

Así que, Reese comenzó a crear pequeñas y lamentables fantasías y a anotarlas con la esperanza de convencer a Halie de que era el tipo de mujer que veía una copiadora e imaginaba un caliente juego de oficina y no un medio eficiente para duplicar reportes de gastos.

Lo fingía totalmente. ¿Pero quién sabría que fingir podía ser tan divertido?

Su última entrada fue una bastante elaborada fantasía de Mark Hawk y algunos usos creativos de su tablero de sonidos. ¿Y si se obligó a escribirla solamente después de tener una fantasía gráfica del *otro* hermano? Bueno, no existía daño en corregir un pensamiento errante. Lo que contaba era que corregía los pensamientos para empezar. No iba a ser la chica enamorada de su mejor amigo como lo fue en esos días antes de Lance.

Ben arqueó una ceja.

—¿Qué hay ahí?

—Olvídalo. —Mordió su labio—. Siéntate. Necesito decirte algo.

Sacó una silla.

—Suena serio —dijo, sentándose.

—Cómo que lo es.

—¿Más fantasías de zorras?

—Algo así.

Se estiró por la mesa otra vez. Golpeó su mano antes de que alcanzara la libreta.

—¿Qué demonios?

—Este es mi diario privado —dijo, agarrándolo contra su pecho.

Ben puso los ojos en blanco.

—Demonios, ¿qué estás escribiendo ahí? ¿Historias sucias?

—¿Qué si lo estoy?

—Entonces quiero leerlas.

Ella gimió.

Ben sonrió.

—¿Recuerdas lo que dijo Lance de nuestra relación?

La sonrisa de Ben desapareció.

—No vas a regresar con él, ¿verdad?

Se estremeció.

—No, por supuesto que no.

—De acuerdo. Entonces, *¿por qué* estamos hablando de él?

Se mordió el labio.

—Escucha, sé que era un imbécil, pero no era un idiota.

—Todos tenemos derecho a una opinión —gruñó Ben.

—Dijo que la manera en que coqueteabas conmigo fue lo que impidió que me pidiera salir por tanto tiempo. Pensó que era… tuya.

—En ese caso, lamento no haber coqueteado más contigo.

Bajando la vista a su cerveza, tomó una respiración.

—Dijo que nuestro lenguaje corporal es inapropiado. Que les da a las personas la sensación de que somos una pareja.

Lance no fue tan amable. Le dijo a Reese que Ben tenía su pastel y también que se lo comía. Ben mantuvo a Reese para él mientras salía con cualquier mujer que quisiera.

Al otro lado de la mesa, Ben se recostó en su silla. Un observador casual podía pensar que se hallaba relajado, pero Reese podía ver la tensión en su mandíbula.

—Estaba celoso.

Reese se encogió de hombros.

—Probablemente. Pensé que era todo lo que tenía sobre eso, pero últimamente… —Últimamente, se encontró cayendo en los mismos patrones en los que estuvo todos esos años en los que esperó por Ben, y el Campamento de Diosa del Sexo le hizo darse cuenta de ello—. Últimamente he pensado que quizás Lance tenía un punto.

—¿Y ese es?

—Pasamos mucho tiempo juntos. Necesitamos relajarnos un poco. Ser

más como amigos normales. —Se encogió cuando lo dijo. Le dolía decirlo, pero necesitaba hacer lo que era mejor para ambos.

—¿Amigos normales?

—¿Cuántas citas has tenido desde que corté con Lance?

Él cruzó los brazos.

—Las suficientes.

—Sabes que has salido menos desde que estoy soltera, y eso es mi culpa. Necesitaba un amigo y te encontrabas allí. Me encontraba agradecida por eso, estoy agradecida. —Negó y se rio—. Parece que te estoy dejando.

La miró como por cinco latidos de su corazón.

—¿Y no es así?

—Claro que no. Es solo… que hemos estado en este camino antes y sabemos cómo termina.

El lado de su boca subió en una sonrisa torcida.

—¿Te preocupa enamorarte de mí, Reese?

Resopló y la tensión entre ellos cayó.

—Difícilmente.

—Déjame ayudarte con Diosa del Sexo 101. —Las palabras parecían sorprenderle tanto como a ella.

—¿Te encantaría eso, no? ¿Cómo crees que ayudarías?

Ben apoyó la barbilla en su puño y frunció el ceño.

—¿Con algo de inspiración para las historias sucias?

—Si quieres. —Lo miró—. Tal vez puedas ayudar.

—Ahora estamos hablando. Llamaré a los chicos y veré cuándo

pueden instalar un tubo en el sótano.

—¿Un tubo?

—Para las clases de baile.

Frunció el ceño.

—Sabes qué, si necesito ayuda, solo puedo llamar a tu hermano.

Ben gruñó y entrecerró los ojos.

—Bien, ¿qué tipo de ayuda tienes *tú* en mente?

Se encogió de hombros.

—Las mujeres con las que sales son… —El cielorraso no ofrecía palabras para hacer que está conversación fuera menos incómoda, así que lo miró fijamente—. Ya sabes.

Alzó una ceja.

—¿Muy afortunadas? ¿Inmensamente satisfechas?

Reese puso los ojos en blanco.

—Iba a decir *sexis*. O… seguras. No lo sé. Tienen *algo*.

—¿Algo?

—Algo sexi que hace que los hombres babeen.

—Me estás confundiendo.

—Si voy a ir a través de este programa, necesito ser más como las mujeres con las que sales.

Él se enderezó.

—Espera. ¿Estás hablando en serio?

Frunció el ceño. ¿Esto era real? ¿Dejar que Ben Hawk, de todas las personas, la ayude a convertirse en alguien atractivo? La universitaria

enamorada que tenía dentro, gimió.

—Sí, creo que sí.

Él alargó la mano, sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó.

—Halie me visitó el lunes en el trabajo y me dijo que te diera esto.

Reese frunció el ceño.

—¿Por qué no me lo diste antes?

—Me encontraba demasiado ocupado tratando de averiguar cuál de mis ex quieres ser. —Se recostó en su silla y tamborileó sus dedos sobre la mesa—. ¿La poeta que dijo que yo era la inspiración para su mejor obra?

—Difícilmente.

—¿La modelo de lencería que quería que tuviera un trío con su hermana?

—No era una modelo de lencería, era una mujer que no entendía la diferencia entre ropa interior y exterior.

—¿Qué te parece la maestra de jardín de infantes que le gustaba que le tomara los pies y…?

—¡Detente! —Se estremeció. Sabía más de lo que siempre quiso saber acerca de los fetiches de esa mujer en particular. De verdad, era mejor cambiar de tema.

Sacó el papel del sobre, lo desdobló y gimió al leer el tercer paso.

—¿Qué es?

Lo metió en su bolsillo trasero.

—Nada que no pueda esperar.

—¿Sigues terminando conmigo?

Suspiró.

—No estoy terminándote. Decía que deberíamos poner algo de distancia entre nosotros. Hacer nuestras interacciones más *apropiadas*.

—Es la misma cosa.

—En serio no puedes ayudarme con este programa.

—Déjame probarte que no soy la mala influencia que Lance te hizo creer que soy. Déjame mostrarte que puedes tener una vida de pareja sana sin cambiar nuestra amistad.

—¿Y vas a hacer eso ayudándome a convertirme en una diosa del sexo?

—¿Por qué no?

Alta, rubia y pechugona, era la mujer que entró en la oficina de Mark Hawk, como si estuviera lista para dar órdenes. La mirada en sus ojos le dijo que golpearía a cualquiera que no estuviera interesado en tomarlas.

Una sonrisa curvó los labios de Mark. No le importaría tomar órdenes de esta mujer.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó, dejando a un lado un comunicado para ponerse de pie y ofrecerle una mano.

Ignorando su mano, empujó sus gafas de sol de gran tamaño sobre su cabeza y lo miró.

—¿Eres al que llaman El Halcón?

—El único y verdadero.

—Soy Halie McCormack, Sex Goddess, Inc.

Esta mañana se puso cada vez mejor.

—Un placer conocerte. He escuchado hablar mucho de tu trabajo. —Sonrió—. Lo apruebo.

La señorita Diosa del Sexo entrecerró los ojos.

—¿Y qué cree saber de mi trabajo, señor Hawk?

Nada en esta mujer decía "ingenua", así que Mark se imaginó que era consciente de que, en el programa, se refería al campamento Diosa del Sexo como el "Campamento de Zorras". Nada en esta mujer decía "relajada" tampoco, por lo que también imaginó que no apreciaría mucho el apodo, incluso si lo decía con el mayor respeto.

—Sé que me gustan los resultados —dijo.

Obtuvo una sonrisa por eso.

Le gustaba su sonrisa. Le quitaba algunas líneas duras de su rostro, haciéndola parecer más suave por un momento. Cuando la sonrisa desapareció, era todo negocios y ángulos duros de nuevo.

—¿A qué debo el placer? —preguntó.

Halie alisó la parte posterior de su falda y se sentó frente a él. Encontró su mirada antes de hablar.

—Eres un hombre que aprecia las mujeres hermosas. ¿Es mi evaluación correcta?

Mark se movió en su silla, sintiéndose un poco como un animal que está siendo acorralado.

—No es un secreto.

Halie sacudió la cabeza bruscamente.

—¿Y qué hace a una mujer hermosa? ¿Qué la hace atractiva?

Si estuviera en su programa, diría; grandes tetas y un trasero apretado. Demonios, tal vez, lo diría si estuviera con los chicos, pero sabía tan bien como cualquier otro macho de sangre caliente que una mujer no necesita de esas dos cosas para ser sexi como el infierno.

—Confianza —respondió, en serio.

Otra sacudida brusca.

—Estoy en el negocio de la confianza. Inculco a mis clientes.

—Les hace creer que son atractivos, y luego lo son. —Era brillante, de verdad.

No respondió, solo sacó una foto de su bolso.

—Solías trabajar con Reese —dijo, entregándosela.

En la imagen, Reese se parecía a ella misma. Sonrisa tímida, ropa de gran tamaño, postura diminuta. Maldita sea, era linda. Nada como las mujeres con las que salía. Todo como las mujeres que él prefiere. Se hallaba tan condenadamente harto de vivir una vida falsa.

—Sí.

—Recientemente se inscribió en mi programa.

Mark levantó una ceja.

—¿No es broma? —Por alguna razón, pensó al instante en su hermano. ¿Qué pensaba Ben de que Reese sea una alumna de la famosa Sex Goddess, Inc.?

—Quiero que la invites a salir.

Mark levantó la cabeza rápidamente, pero Halie no parecía estar bromeando.

—¿Disculpa?

—Reese. Quiero que coquetees con ella, la cortejes e invites a salir. Quiero que juegues un papel importante en su transformación.

—Sí, no creo...

Ella levantó la mano, deteniéndolo.

—No es atractiva, ¿verdad?

Ese no era el problema. Ni remotamente. Los ojos de Mark cayeron en la fotografía, pensando en la forma en que Reese se sonrojaba cuando entraba en una habitación, la forma en que apartaba los ojos, como si solo mirarlo fuera un acto carnal. No siempre lo miró así, pero desde que su novio se mudó, la forma en que Reese lo miraba lo hacía sentir como un dios griego.

Y desde que su novio se mudó, Ben miraba a Reese como si fuera una diosa.

Todo ese maldito desastre lo hizo sentir culpable. Acerca de los secretos que guardaba de su hermano. Sobre el motivo por el que veía a Mark de esa manera. Sobre el pasado.

—No estoy buscando una relación —dijo a Halie.

Halie rio, sorprendiéndolo.

—Tampoco Reese.

Demonios. Tal vez por eso se hallaba repentinamente tan encaprichada con él. Porque cuando buscaba amor, no quería nada con Mark. No era nada nuevo. Comprendió lo que las mujeres esperaban de él. ¿Por qué Reese debería ser diferente?

—¿Por qué me quieres involucrar en esto?

Una sonrisa lenta y retorcida curvó sus labios. Esta mujer era peligrosa.

—Piensa en lo que podría resultar de eso. Usa tu imaginación.

No tenía que hacerlo. Podía fácilmente enumerar diez razones por las que le gustaría una mujer como Reese en el otro lado de una mesa a la luz de las velas. Y una razón por la que no podía.

—Ella está con Ben.

Halie arqueó una ceja perfecta.

—¿Lo está? ¿Él está interesado? ¿Románticamente? ¿Te ha dicho eso?

Mierda. No y no.

—Más importante todavía —continuó Halie—. ¿Reese lo quiere?

—Bueno, una vez...

—No estoy hablando del pasado. ¿Lo quiere *ahora*?

—No lo pensé de esa manera —murmuró Mark. No debería tener nada que ver con Reese, pero eso no lo detuvo hace seis años y no lo detenía ahora. —Escucha, aprecio lo que haces, pero creo que tendrás que encontrar a alguien más para esto. Es demasiado complicado.

Halie se levantó, alisándose la falda de nuevo. Sacó una tarjeta de negocios de su bolso.

—Piensa en ello.

Y lo hizo, pero no por las razones que pensaba.

7

Traducido por Jessibel
Corregido por Dai

—¿Qué es más atractivo que un baile de disfraces de Halloween?

—Exactamente —dijo Reese, agarrando el teléfono y soltando un enorme suspiro de alivio. En una semana, encontró un lugar, una empresa de catering, una banda, y ahora aseguró un patrocinador en Corrella's Closet, una tienda de lencería de alta gama. —¿Estarías interesada en donar un artículo o dos para nuestra subasta silenciosa?

—Oh, tengo justo lo que buscas —ronroneó Corrella—. Estoy tan emocionada de poder ser parte de este evento. Adoro tanto a Halie. Su programa salvó mi matrimonio.

El teléfono de Reese sonó, y lo agarró mientras la mujer detalló los problemas en su matrimonio pre-DS 101.

Su teléfono dijo que tenía un mensaje de Ben, así que deslizó su dedo por la pantalla para abrirlo.

¿Desayuno en casa de mi madre en la mañana? ¿O esto enviaría el mensaje equivocado a tus posibles citas?

Reese reprimió una sonrisa.

—Pero, de repente —decía Corrella—. Todos estos hombres de mi pasado fueron apareciendo en mi vida y miré más de cerca mi papel en terminar con todas esas relaciones. Me abrió los ojos.

—Eso es maravilloso —dijo Reese cuando otro mensaje de texto hizo vibrar su teléfono en la mano.

Si ayuda, voy a ser grosero contigo todo el tiempo. Te pondré apodos y sacaré el dedo medio. Lo que sea que Lance consideraría adecuado entre amigos.

Reese reprimió una risita y se obligó a prestar atención a su llamada telefónica.

—No puedo explicar lo emocionada que estoy de que seas parte de nuestro evento. Almost Home hace una diferencia en la vida de muchas mujeres.

—Feliz de hacerlo, Reese —dijo Corrella—. Envía el contrato terminado, y llegaré a primera hora del lunes.

Reese terminó la llamada y volvió su atención a su teléfono.

¿Puedes llevarme? Tecleó.

Te recogeré a las nueve.

Se imaginó que esto era como tener una adicción. Por un lado, sabía que necesitaba cambiar las cosas entre ella y Ben si realmente quería tener una relación significativa con el tiempo. Por otro lado, era su mejor amigo, y estar alrededor de él —aunque las personas quisieran llamarlo coqueteo o no— la hacía sonreír.

Reese conoció a Ben en la universidad, pero no en la forma típica en la que los amigos de la universidad se conocen. No se conocieron en su dormitorio o compartiendo una cerveza en una fiesta. En cambio, Ben tuvo acceso a uno de los momentos más embarazosos de Reese.

La cita a ciegas fue idea de Masey. Conocía a un tipo que tenía un hermano que sonaba *perfecto* para Reese. Reese no estuvo tan segura, pero Masey la convenció a través de una serie de clichés.

¡Será genial! ¡Se es joven solamente una vez! ¡Necesitas dejar soltarte y pasar un buen rato!

De mala gana, Reese aceptó. No era como si quisiera estar sola, pero estudiosa y un poco tímida, no tenía una gran historial para atraer chicos.

Decidieron reunirse en un bar en el campus. Ella sería la morena de la camisa roja, él sería el tipo de la gorra de los Yankees.

Después de caminar por las puertas del bar unos minutos antes, tomó un asiento en el bar. Llevaba unos vaqueros de Trish. Cuando Reese objetó que eran demasiado apretados, Masey insistió en que destacaban sus curvas. Y mientras se sentaba en el bar, le apretaban los muslos, se sentía sofocada y con calor a pesar de que los emparejó con una camiseta de puntos rojo claro.

A petición de Masey, dejó su cabello suelto, y el calor en el bar tenía sudor bajo su pesado cabello. El sudor se acumuló en la base de su cuello. Torciendo el cabello, lo apartó de su cuello.

—Es un día caluroso ahí fuera. —Había dicho el camarero.

Reese apartó la mirada de la puerta y levantó la mirada.

—¿Qué? —Alto, de hombros anchos, cabello rubio arena, ojos grises y amables, la visión de él tenía a su lengua saliendo para humedecerse los labios.

Sonrió y tomó un vaso.

—Parece que podrías necesitar una bebida.

—¿Me odiarías si quiero empezar con agua?

—No, en absoluto —dijo, llenando el vaso con hielo.

Cuando aceptó el agua, era muy consciente del roce de sus dedos. Tomó un largo trago antes de hablar.

—Pensé que estaría escapando del calor veraniego, cuando decidí quedarme en Chicago durante el verano.

Él agitó una mano.

—Va a pasar. —El bar se encontraba desierto, y él apoyó los codos sobre la barra y se inclinó hacia ella—. ¿De dónde eres?

—Kentucky —dijo.

—¿Y llegaste aquí para la escuela?

—Universidad de Chicago —suministró ella—. Pero sin bromas de pueblerinos, ¿de acuerdo?

—¿Qué? ¿No pudiste entrar a Yale?

Puso los ojos en blanco.

—¿Eres de tercer año? —La puerta sonó cuando preguntó, y saludó con la mano al cliente.

—Sí. Yo…

—¿Eres Reese Regan? —preguntó alguien detrás de ella.

Reese respiró hondo y saltó del taburete de la barra. Casi olvidó porqué se encontraba allí.

—¡Hola! —ofreció su mano, tendiéndola al hombre ante ella.

En realidad, parecía injusto juzgar su aspecto después de hablar con el bombón detrás de la barra. Su cita era lindo. De mediana altura y complexión delgada. Unos mechones de cabello oscuro sobresalían por debajo de su gorra de béisbol.

—Tú debes ser Trevor —dijo.

Trevor la miró, su mirada deslizándose lentamente por su cuidado cabello domesticado hasta sus lindas pero sensibles zapatillas de ballet.

Reese no era el tipo de mujer que obtenía muchos vistazos, y si esto era lo que se sentía, esperaba que nunca los tuviera. La mirada de Trevor no fue muy apreciativa como lo fue la evaluación previa, y todo lo relacionado con su lenguaje corporal, dijo que no se hallaba impresionado.

—Maldita sea —murmuró, finalmente trayendo sus ojos de nuevo a su rostro—. Le dije a Derrick nada de gordas.

Entonces, como si eso resolverá todo, el idiota se dio la vuelta y salió del bar.

Reese tragó con fuerza la bilis en su garganta. Sus mejillas ardían, se giró para recuperar su bolso y correr de regreso a su subarriendo de verano.

El camarero la detuvo con una mano sobre la suya.

—Si te vas ahora, solo te sentirás como una mierda por el resto del día.

Cerró los ojos, incapaz de mirarlo a los ojos después de haber sido testigo de su humillación.

—No puedo imaginar cómo quedarme va a cambiar eso —dijo en voz baja.

Lentamente, abrió los ojos y se quedó mirando el suelo. La calidez de la mano del camarero dejó la suya, pero todavía no podía mirarlo.

Tomó una profunda y vigorizante respiración. *Es hora de poner la cabeza en alto y volver a casa.*

—Oye. —Se agachó para encontrar su mirada. El camarero se hallaba de pie a su lado de la barra. —Ni se te ocurra —dijo en voz baja—, darle a ese perdedor un pensamiento más.

Lo miró a los ojos, tragando saliva.

—Está bien.

Asintió bruscamente.

—Eso es chica. —Dando un paso atrás, le guiñó—. Ahora dime cuál es tu bebida. Va por cuenta de la casa.

—Supongo que no tienes un buen vino —dijo.

Él se deslizó por la parte de atrás de la barra y sonrió entre dientes.

—Este establecimiento es especial para las personas de la universidad, así que a menos que la idea de un *buen vino* sea uno blanco barato...

Reese se estremeció. Como estudiante universitaria arruinada, no podía permitirse realmente cosas buenas, pero sus padres la criaron con vino fino.

—Voy a pasar, gracias.

—Esto es lo que necesitas —dijo. Le sirvió un trago de color ámbar y lo empujó a través de la barra.

Reese frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Tequila. Bebida de elección para cualquier chica universitaria con auto respeto y que tenga el corazón roto.

Ella frunció el ceño.

—No tengo el corazón roto. Estoy mortificada.

—Estás pensando en el idiota nuevamente. —Empujó el trago un poco más cerca—. Esto corregirá eso.

Asintió rudamente.

—Me parece justo. —Bebió de golpe estremeciéndose cuando llegó al fondo. Golpeó su vientre caliente y rápido, haciéndola respirar fuerte—. Bueno, entonces.

Volvió a llenar su vaso.

Sacudió la cabeza y levantó una mano.

—Conozco mis límites.

Él levantó una ceja.

—¿Has dejado de creer lo que dijo el idiota? —Buen punto, bebió el segundo trago.

Cuando él le sonrió, el calor en su vientre creció más allá de los límites del rastro caliente que dejó el tequila.

—Soy Reese —dijo suavemente—. Gracias por salvar el día.

—Ben. —Movió el vaso vacío y limpió la barra delante de ella—. Y no hice absolutamente nada.

Algo tiró dentro de su pecho mientras lo estudiaba. Tragó.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Eres un estudiante?

—Estoy terminando una licenciatura en manejo de construcción, me quedan dos semestres.

—Oh, así que eres de mi edad.

Sonrió.

—No, a menos que la señorita Universidad de Chicago, también esté en el plan de seis años.

Sacudió una mano.

—En realidad al final no importa. ¿Qué vas a hacer con ese título?

—Voy a construir casas para las personas que tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él. —Se inclinó hacia delante sobre los codos—. ¿Y tú?

Reese tomó su agua.

—Estoy en relaciones públicas. En realidad, me quedé en la ciudad este verano porque haría una pasantía, pero fracasé. Esta mañana. —Forzó una sonrisa—. Este día está resultando ser una joya.

Ben frunció el ceño y estalló la toalla hacia ella.

—Oye, ¿qué pasa con ese encantador camarero que conociste hoy? Esa parte no fue tan mala.

Reese se mordió los labios, sus mejillas se encendieron. *Coqueteaba* con ella.

—Creí que trataba de emborracharme —dijo en voz baja—. Sin embargo, es bastante encantador.

Ben se apoyó en los codos y se inclinó hacia delante.

—¿Y apuesto?

—No tientes a la suerte —dijo. Sus mejillas se encontraban ahora muy encendidas.

—Eres linda cuando estás avergonzada.

Su mirada bajó a sus labios y Reese dejó de respirar. La manzana de Adán subía y bajaba mientras tragaba. Dios, era atractivo, y el hombre con vida que quería que la besara.

Abrió los labios, se inclinó hacia delante unos centímetros. Movimientos tan pequeños que alguien al otro lado de la barra, probablemente, no lo notaría, pero ambos sabían que era una invitación.

Ben reaccionó enderezándose y acomodando algunas botellas.

Reese inhaló profundamente, en busca de cordura en una respiración profunda. La vio avergonzada y trató de ser agradable. No era el tipo de chica que atraería a un camarero guapo. Los hombres como él: alto,

encantador, guapo, un cuerpo de un dios, no salían con mujeres como ella: de baja estatura, desaliñada, torpe, y con un cuerpo rechoncho.

Sacó unos billetes de su cartera y los arrojó sobre la barra.

—Debería irme —dijo con tanta alegría como pudo mostrar. Se bajó del taburete.

—No te vayas.

Se detuvo y se volvió para verlo de pie, con los pulgares en los bolsillos y una tímida sonrisa en su rostro.

Él se encogió de hombros a medias.

—Me sentiría mejor si me dejaras acompañarte a casa. Ya sabes, después de presionarte y todo eso.

Sacudió la cabeza.

—Está bien. Caminaré.

Dio un paso hacia adelante, presionando sus palmas contra la barra.

—Aun así. —Vio su dinero y negó, sosteniéndolo hacía ella—. ¿Qué es esto?

—Por mis bebidas.

—De ninguna manera. Esas corren por mi cuenta. —Dejó su puesto y escondió los billetes en su bolso.

—Mi relevo estará aquí en cualquier momento. Déjame llevarte a casa. ¿Qué dices?

—Realmente no…

La campana de la puerta sonó cuando un hombre alto y delgado se acercó.

—Hablando del diablo —dijo Ben. Se metió una mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves que arrojó al otro hombre.

Él las atrapó del aire.

—¿Tu casa está en llamas, Hawk?

—Reese, te presento a Luke. Luke conoce a Reese.

Luke levantó una ceja.

—Encantado de conocerte, Reese.

Él y Ben intercambiaron una mirada que Reese no pudo interpretar del todo.

—Igualmente —dijo Reese.

—Voy a acompañar a mi amiga a casa —dijo Ben, sorprendiendo a Reese al deslizar un brazo alrededor de sus hombros—. Ha tenido un mal día.

Lucas apretó la mandíbula.

—Solo ten cuidado, Reese. A veces hacemos cosas cuando estamos decaídos que no habríamos hecho si nos hubiésemos detenido a pensar un poco.

Reese observó el intercambio de miradas entre los amigos. Algo pasaba aquí. ¿Este individuo trataba de advertirle sobre Ben? ¿Se tenía que preocupar por caminar por una calle concurrida en medio del día con este chico que no conocía?

—Que tengas un buen turno —dijo Ben, llevando a Reese hacia las puertas.

—Adiós, Luke —dijo Reese por encima del hombro.

Una vez fuera, Ben dejó caer el brazo.

—¿A dónde?

Reese sacudió la cabeza.

—¿Quieres decirme qué significó eso? —preguntó, haciendo un gesto hacia el bar.

—No sé lo que quieres decir —dijo, pero sus ojos decían que sabía muy bien.

Reese apoyó las manos en sus caderas.

—He tenido un día de mierda, Ben. No estoy interesada en ser un peón en un juego entre tu amigo y tú.

Ben hizo una mueca.

—Mierda —murmuró—. Escucha, lo siento si te hice sentir así. Realmente quiero asegurarme de que llegues de manera segura a donde quiera que vayas.

Reese asintió lentamente. Comenzó a caminar, sabiendo que la seguiría.

—Los hombres no son tan agradables conmigo —confesó—. A menos que cuentes a mi padre. —Se refería a lo último como una broma, pero sonó tan patético como se sentía.

—¿Alguna vez les has dado la oportunidad de serlo?

Se dio la vuelta.

—¿Qué se supone que significa eso?

Llegaron a un cruce peatonal y se detuvieron mientras esperaban que el tráfico se detuviera.

Ben levantó un hombro.

—Los hombres no son invencibles. También tenemos miedo de ser

rechazados. Tal vez estás tan convencida de que todos los tipos son idiotas como el que conociste hoy, que los bloqueas antes de que tengan la oportunidad.

Cruzaron la calle y Reese lo pensó. O lo intentó. Más que cualquier otra cosa, trataba de averiguar si Ben se hallaba interesado en ella o si solo tenía un muy mal caso del síndrome de chico agradable.

—Mi apartamento está justo aquí —dijo, girándose a una calle lateral.

Caminaron en silencio. Cuando llegaron a la puerta principal de su edificio, Reese estudió sus pies por un minuto, sin saber qué hacer a continuación. Quería ver a este tipo de nuevo, pero a pesar de toda su bondad hoy, no tenía idea de cómo hacer que esto sucediera.

—Escucha —dijo él en voz baja—. Probablemente podría conseguirte una pasantía de verano en relaciones públicas.

Subió la cabeza y lo estudió.

—¿De verdad?

Su mirada se encontraba por todo su rostro ¿Trataba de evaluarla para el puesto o de memorizarla?

—Dame tu número y veré lo que puedo hacer. Te llamaré mañana.

—Oh. Guau. —Alcanzó su bolso en busca de un lápiz—. Déjame....

Le entregó su teléfono.

—¿Por qué no lo pones directo en mi teléfono? De esa manera no lo pierdo.

Tecleó su nombre y número, tratando de no dejar ver sus nervios.

—Ni siquiera sé cómo darte las gracias —dijo, devolviéndole el teléfono.

Sus dedos se detuvieron sobre los suyos.

—¿Qué tal si decimos que me debes una?

Su estómago se anudó con anticipación.

—Me parece justo.

La trató con esa sonrisa tan adorable.

Tomó aire, preparándose para el inusual valor.

—No es mi intención, ya sabes.

—¿Qué quieres decir?

Si iba a hacer esto, tenía que ir a por todas.

—Intentar bloquear a los chicos. Por lo que, si tienes miedo de ser rechazado… —Dios, ¿podría ser esto más incómodo?—. ¿Quieres subir? ¿Seguir salvando mi día?

El rostro de Ben se desanimó.

—Lo siento. No puedo. —Se apartó, como si de repente hubiera descubierto que tiene una enfermedad mortal contagiosa y temía no poder escapar de ella—. Lo siento, Reese. Yo solo... no puedo.

8

Traducido por MYR62 y Jessibel
Corregido por Caile

—¡Reese! —exclamó Caroline Hawk en el momento en que Reese entró en su cocina—. ¡Ven aquí y dame un abrazo!

Reese se animó cuando la mujer se apresuró hacia ella, con un montón de rizos grises rebotando. Cuando llegó a Reese, la envolvió en un fuerte abrazo.

—Gracias por invitarme —dijo, apretando a la mujer a cambio—. No recuerdo la última vez que tomé un desayuno hecho en casa.

Se apartó y entrecerró los ojos a Ben.

—¿Por qué no la trajiste antes?

Ben suspiró y levantó las manos.

—¿Pensé que quizá ella tenía algo mejor que hacer con sus mañanas de sábado que aumentar su cantidad de colesterol?

Caroline lo golpeó. Ella cambió su mirada a Reese y le dio un vistazo.

—Eres piel y huesos. Necesitas una buena comida. —Entonces, en una misión, regresó a la cocina.

Reese siguió a Caroline y al olor a café y tocino.

—Es nuestro día de suerte. Tu hermano se está uniendo a nosotros esta mañana. —dijo Caroline mientras revolvía el contenido de una sartén.

Ben estaba tranquilo.

—No digas.

Asintió, aspirando el vapor hacia su nariz.

—Sí, está haciendo tiempo. Tu sabes que él esta normalmente ocupado con reuniones de producción y esas cosas.

—Mierda —murmuró Ben.

Reese le dio un codazo y entornó los ojos. Ben alzó un hombro, sin disculpas.

—Él está muy emocionado de verlos chicos. Me dijo que Reese está dejando la estación por alguna posición de directora de grandes promociones. Y no llega a verla mucho.

Ben caminó hacia la cafetera y se sirvió una taza.

—¡Ben! —Su madre regañó—. ¿Dónde están tus modales? A nuestra invitada también le gustaría una bebida.

Ben sirvió una taza de café negro y se la entregó a Reese.

—Gracias —dijo suavemente.

—Puedes preguntarle lo que quiere, tonto —dijo Caroline.

—*Sé* lo que ella quiere —él gruñó

Reese ocultó su sonrisa en su taza. El café estaba caliente y rico. No tenía ni idea de cómo, pero esta mujer hizo el mejor café del mundo.

—Lo hace —dijo ella, suspirando con placer—. Tu café no necesita nada más que una taza, Caroline.

—Tú me halagas —dijo, volviendo a su estufa—. Ustedes dos relájense. La comida estará lista en un minuto.

—Déjame ayudarte, Ma —dijo Ben, y así comenzó la precisa discusión sobre si la mujer permitiría que su hijo trabajara, cuando él era su invitado.

A Reese la escena le era familiar y le hacía doler un poco el corazón. Había estado en muchos almuerzos de la familia Hawk, cuando estaba terminando su licenciatura y los meses siguientes. Habían sido su familia sustituta cuando la distancia entre ella y su casa en Kentucky parecía demasiado lejana.

Como siempre, Caroline finalmente aceptó y permitió que Reese y Ben llevaran algunos artículos a la mesa. Todos estaban llenando sus platos con huevos revueltos, tocino, galletas y salsa cuando Mark entró.

—Huele delicioso aquí, Ma —dijo Mark.

Caroline se levantó de su asiento para abrazarlo, luego sacó una silla.

—Me alegro de que finalmente puedas encontrar tiempo para visitar a tu solitaria madre. —Ella colmó de comida su plato.

—Ah, Ma —dijo Mark—, pensé que necesitarías tiempo extra para papá ahora que está jubilado.

Agitó una mano y deslizó el plato frente a él antes de sentarse.

—Guarda tus excusas para esas lindas chicas con las que sales y nunca vuelves a llamar.

Ben se ahogó con su café y Reese se mordió el labio.

—Caroline, te he echado de menos —dijo Reese.

Mark le guiñó un ojo a Reese.

—¿Ves lo preciosa que Reese se ve con el cabello suelto, Ma?

Caroline frunció el ceño.

—Ella era hermosa con el cabello levantado. ¿Qué sucede contigo? Crees que las mujeres necesitan vestirse y acicalarse sólo para complacerte.

Mark suspiró y levantó una mano frustrado.

—Estoy tratando de decir algo agradable sobre nuestra invitada y lo conviertes en un insulto. Ahora la has hecho sentir mal y me has hecho parecer un asno.

—Eres un asno —murmuró Ben.

—No hables así de tu hermano —advirtió su madre. Reese sonrió en su café.

—Háblame de la compañía, Ben —le preguntó su madre—. ¿Cómo va el negocio? ¿Te mantienen ocupado?

—Estoy tratando de conseguir una renovación que nos permita ganar más dinero que todo el año pasado —dijo—. En realidad, es para McCormack Manor. La nueva jefa de Reese la posee. Era la casa de su abuelo, y ella quiere que esté arreglada para vivir después de casarse.

—Eso es precioso —dijo Caroline, presionando su mano contra su pecho.

—¿McCormack Manor? ¿De verdad? —preguntó Mark, impresionado.

—No lo sabía —dijo Reese.

—Un magnifico lugar. Ben tomó un sorbo de jugo. —Hablé con otros contratistas que han estado allí. La palabra es, el lugar tiene una buena estructura, pero nada ha sido actualizado desde los años 80. Espero que Reese pueda hablar a mi favor, para que me den la oportunidad de hacer el trabajo.

Reese dejó el tenedor y se volvió hacia él.

—Sabes que soy feliz de hablar con Halie al respecto. ¿Por qué no dijiste nada?

Ben levantó un hombro.

—No había llegado a eso.

—No deberías tener que arrastrarte para conseguir un trabajo —dijo una voz áspera desde el pasillo.

Reese no se perdió el tic en la mandíbula de Ben cuando su padre llegó a la mesa.

—No estoy arrastrándome, papá. Se llama usar mis conexiones.

—La misma cosa. Y esto es en lo que estás tratando de convertir mi negocio. —Él sacudió su cabeza mientras se acomodaba en un asiento—. Besando un puñado de traseros ricos.

—Nadie maldice en mi mesa —dijo Caroline bruscamente.

—Si Mark estuviera dirigiendo la compañía...

Mark palideció.

—Papá…

—Bien, no es así. —Ben puso su servilleta en su plato—. Siento que tuvieras que conformarte con tu hijo menor papá, pero usar las conexiones para hacer negocios no es diferente de cuando tienes trabajo porque tus amigos te recomendaron. La única diferencia es que estos trabajos son más grandes y los clientes tienen dinero para pagar la factura.

—La diferencia es que tú crees que eres mejor que la compañía que tu padre te dio.

Reese dejó caer su mirada sobre su regazo.

—Estoy tratando de *salvar* la compañía que me diste. Hay una razón por la que Mark estaba tan ansioso por dejarme controlar lo que podría haber sido suyo. —Ben se apartó de la mesa—. Disculpa, Ma. No tengo hambre.

Ben apretó la barandilla del porche ante el chirrido de la puerta principal. No quería hablar con su familia en este momento. No con su madre o su hermano, quien siempre no pudo ponerse de pie para Ben, y no con su padre, que nunca dejó de estar decepcionado, no importa lo duro que Ben trató de hacerle sentir orgulloso.

Después de la universidad, Ben había decidido probarse a sí mismo mediante el trabajo de uno de las mejores constructoras de Chicago. Entre su experiencia, su grado, y su coche, había sido un éxito. Se había movido rápidamente en la empresa, y después de dos años estuvo manejando los trabajos de construcción más grande que Hawk había visto nunca. Pero no había querido decir absolutamente nada a su padre.

Suaves dedos amasaron los músculos tensos en la base de su cuello y lo sacó de sus pensamientos. Relajó sus hombros. *Reese*.

—Lo siento por todo eso.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se volvió y la apretó contra su pecho. No tenía idea de lo bien que se sentía tenerla aquí en sus brazos y de pie junto a él cuando su familia no lo haría.

—No has estado exactamente disponible para mí últimamente.

—Lo sé. He estado… ocupada. Lo siento.

Ella había estado ocupada, pero también había estado evitándolo. Cuando pensaba en su charla la noche del jueves, quería tomarla en sus brazos y nunca dejarla ir. Había estado tratando de deshacerse de él. Cuando se dio cuenta de que, el terror se había apoderado de él con tanta fuerza, que había dicho lo primero que se le ocurrió para hacerla cambiar de opinión. ¿Y ahora qué? ¿Iba a ayudarla a vestirse como una zorra y recoger chicos en los bares?

—Sabes que hubiera sacado tiempo necesario para hablar. —Lo apretó con más fuerza.

Aspiró su aroma, llevando las manos hasta enredarlas en su pelo.

—Me gusta tu cabello hacia abajo.

Ella se retiró y dramáticamente lo tiró por encima del hombro.

—¿Sí? ¿Dice *diosa del sexo*?

Algo espeso y apretado hizo un nudo en el pecho.

—Algo así.

—Bueno, esto es sólo el principio. Mañana es el gran día de cambio de imagen. Por lo que sé que saldré con el cabello rubio platino, con un implante de senos.

Él hizo una mueca.

—No necesitas ese trabajo *tanto*.

—¿Creía que a los chicos les gustan las rubias? —Ella arrugó la nariz—. ¿No crees que pueda conseguirlo?

La tensión subió a la garganta y no confiaba en sí mismo para responder.

—¿Quieres salir de aquí?

Ella asintió con la cabeza, en dirección hacia el coche. Sin insistencia en resolver las cosas con su padre, ninguna sugerencia de su salida podría ser mal interpretada. Ella sólo entró en el coche.

Estaban en la autopista antes de hablar.

—¿Te importa si damos una vuelta por el centro comercial?

—Odias el centro comercial.

—Sí, lo creo. Razón por la cual vas a venir conmigo. —Ella lanzó una mirada de soslayo—. De todos modos, necesito tu ayuda.

—¿Por qué? Necesito escoger una nueva ropa interior para mis clases de zorra caliente. —Sus mejillas enrojecieron.

Él gruñó.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Reese se cruzó de brazos y se echó hacia atrás en el asiento, evitando sus ojos.

—Por desgracia, es en serio. Halie quiere tirar toda mi ropa interior, y creo que es mejor tener mis nuevas prendas antes de mi viaje de compras y cambio de imagen de mañana. —Él se mordió el labio tratando de no reír—. ¿Tienes una buena colección de bragas de abuelita?

Ella se volvió hacia él, con los ojos entrecerrados.

—No. Eran bragas lindas del algodón cortos. ¿Tú sabes de qué estoy hablando? Dime, ¿qué hay de malo en eso?

La sonrisa cayó de la cara de Ben. Él sabía exactamente lo que estaba hablando, y no había nada malo con ellos. No es una maldita cosa.

Él tenía experiencia de primera mano con lo atractiva que se miraba Reese. Habían ido a un viaje al viñedo del país con unos amigos, ellos —las dos personas solteras— habían sido puestos juntos en una habitación, y puesto que no parecía que Reese lo registrase a él como *masculino*, ella ni siquiera se había molestado en encontrar el baño antes de cambiarse el pijama. Se había ido silenciosamente a la esquina y despojado de su ropa interior antes de ponerse un par de pantalones de franela.

Ahogó un gemido en la memoria.

—Entonces, ¿por qué me necesitas?

—Halie me dio un fajo horrible de dinero en efectivo y las instrucciones explícitas sobre qué hacer con él. Se supone que tengo que llevar ropa interior sexy en todo momento. —Ella suspiró—. Y me llama la atención que no soy tan buena en identificar lo que es atractivo y lo que no lo es.

O señora Diosa del sexo no es, pensó Ben. Sí, Halie no tenía ni idea. No había nada mal con las bragas que mostraban el trasero de una mujer como ellos lo hicieron. Pero al parecer, ella quería algo diferente. Algo más abiertamente atractivo.

Se puso en la rampa de salida y cambió de carril, en dirección al centro. Tragando saliva, le preguntó—: ¿Me está pidiendo ayuda para seleccionar la ropa interior, Reese?

—No —dijo.

Ben exhaló, dejando caer los hombros. Su límite no estaba para ese tipo de tortura...

—Te estoy pidiendo ayuda para escoger las bragas, sujetadores y camisones.

Gimió audiblemente y golpeó la señal de giro.

—A cambio, los modelarás para mí, ¿verdad?

Ella golpeó el brazo.

—No.

—Eso no es sólo justo —dijo—. ¿Qué hay en ello para mí?

—Eres quien me convenció para hacer esto, Benjamin Hawk.

—Te dije que fingieras —dijo.

—Bueno, yo preferiría no *fingir* teniendo suficientes bragas para tener en la semana, así que esto está sucediendo. De todos modos, me dijiste que querías ayudarme a través del programa.

—Estaba pensando menos en un *compañero de compras* y más en un *instructor de baile exótico.*

Ben se estaba tomando esta misión muy en serio. Ella había sugerido el centro comercial y él había vetado la idea y condujo al Corrella's Closet. La boutique de alta gama era conocida por sus atractivos diseños y telas de calidad, y una vez que estaban en la tienda Ben la sorprendió por estar perfectamente cómodo rodeado de lencería femenina. Coqueteó con el personal y manejó las prendas con confianza.

—Este material es muy caro —siseó. No era nuevo para ella. Había contactado a Corrella para tratar de ser un patrocinador para la fiesta precisamente debido a lo costoso que era su producto. De alguna manera los precios significaban algo diferente cuando se imaginó gastarlo en sí misma.

—Lo bueno es que no estás pagando, entonces.

Ella comprobó el precio de otra etiqueta y se quedó mirando boquiabierta.

—¿No sería mejor utilizar el dinero para... no lo sé, alimentar a un pequeño país?

—Negro —dijo, mientras le daba un sujetador con aro de encaje negro.

Era precioso. Se imaginó que estaba acostumbrado a ver hermosos sujetadores de este tipo en las mujeres con las que salía. Ella frunció el ceño.

—No es práctico. No podía llevarlo debajo de la mayor parte de mi ropa.

Gruñó.

—Es perfecto. —Él la miró, y su rostro debía de haberla delatado porque él suspiró—. Ven aquí —dijo suavemente, tomándola de la muñeca y dirigiéndola hacia un espejo de cuerpo entero en el fondo de la tienda.

Se puso de pie detrás de ella, los dos frente al espejo, y sostuvo el sujetador delante de ella.

—Imagina esto —dijo suavemente, su aliento rozando su oreja—, con ese pelo oscuro tuyo cayendo alrededor de tus hombros.

Terminó. En el espejo, sus miradas se encontraron. Una ráfaga de algo inesperado disparó a través de Reese y la tensión entre ellos salió. La decisión de pedirle había sido impulsivo y más estimulado por la culpa de su reciente evasiva que por el sentido común, pero allí estaba ella, unida con su mejor amigo a través de la atractiva ropa interior.

—Bella —dijo en voz baja.

—¡Ustedes dos son simplemente demasiado lindos! —La empleada de ventas chilló, rompiendo la tensión—. Molly —dijo por encima del hombro al otro empleado—, ¿no te encanta cuando las parejas compran juntos? Me encanta. Es muy dulce. ¿No te encanta? ¿Has encontrado todo lo que está buscando? ¿Es para un aniversario? ¿Una noche especial?

Reese, rompió su aturdimiento, se volvió hacia la mujer.

—Oh, no estamos…

—No celebramos nada en particular —dijo Ben girando y poniendo su brazo alrededor de los hombros de Reese. Él sonrió—. Sólo quería hacer algo especial para mi esposa aquí.

Reese forzó una sonrisa, pero le dio un codazo en las costillas a Ben.

—Mi *marido* realmente disfruta de este tipo de cosas —dijo—. Usted sabe, moda, consejos de belleza, zapatos. Es uno de esos... —Ella arrugó la nariz como si tratara de encontrar la palabra—. ¿Metrosexual?

Pero eso no lo agitó. Él sólo le hizo un guiño y... pellizcó su trasero.

—¡Ben!

Sonrió.

—¿Qué, *cariño*?

Reese entrecerró los ojos.

—Eres malo.

Su labio se torció.

—¿Crees que mi esposa y yo podríamos conseguir un vestidor? —preguntó a la empleada de ventas, sin apartar los ojos de la cara de Reese.

—Ben, ellos no permiten que la gente esté en sus vestuarios juntos…

—Está bien —dijo la empleada, riendo—. Las habitaciones son privadas. —Ella los llamó con un gesto de la mano antes de desaparecer en una pequeña puerta en la parte trasera de la tienda.

—Vamos, *nena* —dijo.

Las mejillas de Reese ardieron mientras seguía a Ben a los vestuarios.

—Aquí tienes —dijo el empleado, abriendo una puerta—. ¿Algo más que pueda servir?

Ben asintió y le pasó el sujetador de encaje que había estado conteniendo la mujer de ventas.

—Me gustaría uno de estos en rojo y rosa y las bragas a juego.

—¿Corte de tanga o bikini? —Le preguntó el empleado.

Reese apoyó las manos en las caderas. Ella *estaba aquí*.

—Oh, ella definitivamente necesita ambos.

—Hombre sabio.

—También quiero probar esos camisones blancos escarpados y el corsé negro y rosa de encaje en exhibición en la parte delantera.

Los ojos de Reese se abrieron.

—Ben —dijo entre dientes.

—¿La viuda alegre? —Dijo la encargada llena de vida—. Por supuesto.

Reese cerró los ojos y gimió. Cuando los abrió, Ben se había sentado en una silla en el vestuario, hojeando una revista como si fuera su segundo hogar.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudar —dijo sin mirar hacia ella.

—Ben —dijo entre dientes.

Su labio se movió pero él no levantó la vista hacia ella.

—Me estás castigando por hacer que hagas esto, ¿verdad?

—¿Por qué no me dices tú pequeño secreto e iré fácil contigo. —Reese se calmó, tragando.

—¿Qué secreto?

—¿La razón por la que Halie piensa que te necesita su programa?

Sus hombros se relajaron y soltó el aliento.

—No va a pasar.

La señorita Peppy regresó con un montón de encajes, satén y chifón, salvándola de más interrogatorios.

—Agarré un par de otros artículos que pensé que te gustaría también —dijo la señorita Peppy.

—Póngalos allá —dijo Reese, señalando a los vestuarios en el pasillo estrecho—. Usted sabe, así la revelación será más dramática —mintió.

—Aguafiestas —Ben llamó mientras ella cerró la puerta.

En el vestuario, Reese se congeló. Esa fue una gran pila de atractivo, y se sentía como si la hubiera estado evaluando. Ella estrechó la viuda alegre. Bien podría poner ese en la pila de descartes desde el principio. No podía imaginar que alguna vez hubiera vestido...

—Comienza con la viuda alegre. —Gritó Ben.

La forma en que lo dijo hizo que su pulso aumentara. Está bien, así que era atractiva. Ridículamente atractiva. Encuentra al hombre en la puerta y nunca llegues más allá del atractivo vestíbulo. Y ella estaba un poco curiosa...

—Si planeas hacer tu camino a lo esencial, es mejor empezar a moverte, porque las bragas serán los últimos artículos que escoja.

Se mordió el labio y se quitó la ropa, deslizando la viuda alegre. Sus ojos se abrieron cuando se volvió hacia el espejo. De acuerdo, entonces... sí. Definitivamente ardiente.

La pieza acentuaba su estrecha cintura, y debe haber tenido poderes mágicos porque levantó sus pequeños pechos de una manera que creaba la división, e hizo sus caderas demasiado anchas, viéndose como algo que pertenecía a una página central, no a una trotadora.

De repente, fue golpeada con el ridículo deseo de abrir la puerta, presentarse a Ben. Para dejarle ver la pieza que escogió. En ella.

Su boca se secó mientras se imaginaba su respuesta, sus ojos la recorrieron.

Busca oportunidades para dar y recibir placer.

Bueno, ¿por qué diablos no? La había visto en menos. Ella abrió la gran puerta de madera.

—¿Y? —preguntó.

La cabeza de Ben se movió de la revista y sus ojos se abrieron antes de mirar a lo largo de su cuerpo y poco a poco hacia arriba.

—Ese —dijo en voz baja—. No me importa un bledo cual otro obtengas, pero estás consiguiendo ese.

Una sonrisa tiró de los labios de Reese, una oleada de orgullo y placer y algo más que ella preferiría no examinar corriendo a través de ella.

Entró de nuevo en el vestidor, cerrando la puerta detrás de ella. Apoyó la cabeza contra la pared y tomó una bocanada de aire inestable.

—Oye, Reese —Ben llama a través de la puerta. Asomó la cabeza.

—¿Sí?

—Puede ser que tu teléfono está tratando de hacerte saber que tiene un mensaje o que dejaste tu vibrador en el bolso de nuevo.

Ella tosió.

—Es probable que sólo sea Halie. Le envié un texto antes para decirle que el tercer paso estaba en progreso.

Ben frunció el ceño.

—¿Cuál fue el tercer paso?

—Comprar ropa interior —murmuró.

Ben gruñó.

—Ya veo. Realmente me estás usando para ir a través de tu programa.

—¿Te importa?

—Claro que no.

9

Traducido por Tannia Maddox & Cjuli2516zc
Corregido por Caile

Halie le había dicho a Reese que trajera a un amigo. Ella *había* dicho que enviaría un chofer. No había mencionado que el conductor estaría en una limusina o que pasarían su día siendo servida y mimada como la realeza.

—Gracias por venir conmigo —dijo Reese cuando se sentaron en sillas para hacerse el cabello y maquillaje. Ya habían recibido masajes, tratamientos faciales y pedicuras, y después del cabello y el maquillaje, se trasladaban a las compras.

—¿Me estás tomando el pelo? —Dijo Masey—. Yo debería estar *agradeciendo*. Esto es increíble.

Resistiendo el impulso de chillar, Reese sonrió.

—¿Lo sé, verdad?

—Dime cómo ha estado el programa hasta ahora. —Masey sorbió su copa de champán mientras alguien trabajaba.

Reese frunció el ceño ante su reflejo. La estilista estaba poniendo un poco de color en su cabello—"*por dimensión*"—y lo envolvió en láminas. Reese parecía que estaba tratando de proteger su cerebro en caso de invasión alienígena.

—No ha habido mucho —admitió—. En realidad, estoy muy sorprendida de lo fácil que ha sido.

Masey sonrió y se recostó en su silla.

—Bueno, tal vez eres natural.

Reese bufó.

—Apenas. Tengo la sensación de que sólo estamos calentando. —Dejó caer su mirada a su champán y las burbujas se juntaron contra la curva del cristal.

—Está bien, si las cosas van tan bien, ¿por qué te ves tan triste?

—Le dije a Ben que necesitábamos espacio, que pensaba que pasábamos demasiado tiempo juntos, era demasiado familiar para ser amigos. —Frunció el ceño. Sonaba ridículo, aún más cuando Masey permanecía en silencio—. Físicamente, ¿sabes? Voy a empezar a salir, y tenemos que pensar en la impresión que le damos a la gente.

—¿La gente, como Mark?

Reese se encogió de hombros.

—Tal vez.

Masey tragó saliva audiblemente.

—¿Qué dijo Ben?

—Dijo que lo estaba desechando y no me dejó. Dijo que me ayudaría a superar la DS 101 y demostrar que podríamos ser amigos y salir con otras personas.

—¿No te lo *permitió*?

Reese asintió.

—Entonces ayer fui de compras de lencería con él. En casa de Corrella.

Masey levantó una ceja.

Reese miró sus manos.

—Y pude haber modelado algo particularmente sexi para él.

—Pero fue completamente platónico, ¿verdad?

Reese levantó la cabeza para ver el escepticismo de Masey escrito en su cara.

—Lo sé. Es ridículo, pero creo que él podría ser la mejor persona para ayudarme a través del programa.

—¿De Verdad?

—Me siento cómoda con Ben. —Se mordió el labio—. No es como si estuviéramos haciendo algo.

—Uh huh.

—Siempre y cuando seamos honestos acerca de lo que queremos y no queremos, ¿a quién estamos haciendo daño, verdad?

Masey asintió lentamente, su expresión estaba en blanco.

—¿Te has convencido a ti misma?

Cuando Reese entró al PitStop la noche del domingo, no sólo hizo volver cabezas, crujir cuellos, y Ben quiso romper algo en cada hombre mirando en su dirección.

Desafortunadamente, su hermano y Luke tendrían que ser los primeros en la línea.

Apenas estaba en la puerta antes de que Mark se acercara a ella, tomando su mano y dirigiéndola como si estuviera inspeccionando un coche nuevo.

—Cristo todopoderoso, mírate.

—Reese, ¿eres tú? —Detrás del bar, Luke soltó un silbido lento y suave.

El estómago de Ben se anudó. Ella se veía preciosa y sexi. Tenía la barbilla levantada y los ojos brillantes. Sus cabellos flotaban en ondas suaves alrededor de su cara, llamando la atención a sus labios carnosos y grandes ojos marrones. ¿Y su traje? Simplemente injusto. Una falda ajustada abrazaba su excelente trasero y estaba cubierta con una camisa que había dejado desabrochada más allá de su clavícula. Los dedos de Ben picaron para terminar el trabajo.

Quería decirle que volviera a como había estado antes. Y al mismo tiempo, quería presionarla contra la pared más cercana y mostrarle lo *inapropiada* que podía ser.

Las mejillas de Reese resplandecían, pero ella miró a Mark mientras decía—: Yo limpio bastante decente, ¿eh?

Ella sólo reveló su incomodidad en la forma en que le giró los ojos a Ben, y dudaba de que nadie lo notara. Se dio cuenta de que era el más seguro. Se sentía incómoda con la atención y sabía que con Ben estaba a salvo. ¿Sabía que él tenía un pene?

Mark la miró de arriba abajo, desde la cabeza a los pies y de regreso.

—Esa mujer Diosa del Sexo hace maravillas.

Envolviendo un brazo alrededor de Reese, Ben le dio un beso en la parte superior de la cabeza. Ante la tos de Luke y la mueca de los labios de Mark, Ben se dio cuenta de que había enviado inconscientemente un mensaje a todos los hombres del bar: es *mía*.

Reese hundió los dientes en su labio inferior.

—¿Te gusta?

El corazón de Ben bombeó con más fuerza, más rápido por el modo en que lo miraba, como si su respuesta fuera la única que contara. Oh, sí, ella

estaba perfectamente consciente que era un hombre.

Sus grandes ojos marrones estaban delineados, haciéndolos parecer más grandes que nunca. Sus labios parecían más gordos que de costumbre, cubiertos con algún tipo de material brillante que él quería lamer.

—Sí. —La palabra salió más gruñona de lo que había pensado.

Ella sonrió, realmente sonrió, por primera vez desde que había entrado por la puerta.

—¿De Verdad? ¿No crees que me parezco a un fraude? ¿O como si estuviera tratando demasiado duro?

Retrocedió para poder verla. Ahora era su turno de dirigir sus ojos sobre ella, para tomar cada una de sus deliciosas curvas a la vez. Con un suspiro resignado, sacudió la cabeza.

—Lo siento.

Ella frunció el ceño.

—¿Lo siento? —apoyó sus manos en sus caderas—. No puede ser tan malo.

Levantó las palmas de las manos.

—Lo siento. Te diría lo que pienso pero lo encontrarías inapropiado y puedes decirme que ya no quieres ser mi amiga.

Ella lo golpeó en el estómago con el dorso de la mano.

Ben se encogió de hombros.

—Estoy tratando de salvar nuestra amistad.

—Eres tan malo.

Si ser malo la hacía sonreír de esa manera, no tenía la intención de ser bueno pronto.

Luke le pasó una cerveza por encima del bar, y ella dijo—: Dime qué piensas. Seriamente.

Ben dejó su mirada caer a su boca y esperó un latido del corazón.

—Te haré algo mejor —dijo suavemente para que nadie más lo oyera—. Encuéntrame en el almacén de Luke y te *mostraré*.

—De acuerdo —dijo, mirando su cerveza—. Punto a favor.

—¡Mírate! —canturreó Halie cuando Reese entró en la oficina el lunes por la mañana. Aplaudió con sus manos—. ¡Estas magnifica!

Reese bajó la vista hacia su falda ajustada y tacones y no pudo dejar de estar de acuerdo. Su cambio de imagen había sido una experiencia increíble. Había esperado que se sintiera inadecuada, pero en cambio finalmente se sintió bien en su propia piel—tal vez porque su piel había sido masajeada, exfoliada, emulsionada e hidratada.

Después de salir del spa, se habían ido de compras. El "experto en estilo" de Halie le había dado la oportunidad de escoger su propia ropa, pero pronto se hizo evidente que Reese era una causa perdida. Siempre evitaba ropa ajustada porque pensaba que sólo eran para mujeres esbeltas, pero la estilista de Halie le había demostrado cuánto más el ajuste adecuado halagaba sus curvas.

—Gracias —dijo Reese. Sabía que estaba de pie más alta esta mañana y no eran sólo los tacones—. Sé que has gastado mucho dinero en mí y me gustaría devolverte el dinero. No lo tengo todo ahora, pero...

—Detente —dijo Halie, levantando una mano—. Primero, no quiero oír hablar de ello. He perdido a los dos hombres más importantes de mi vida, y apesta, pero ahora tengo más dinero que Dios. Me consuelo usando ese

dinero de maneras que me hacen feliz, eso significa tratar a las mujeres como tú. En segundo lugar, el hecho de que quieras pagarme muestra que estás entrando en razón—. Ella se encogió de hombros como si estuviera recogiendo la cuenta de bebidas y no un nuevo guardarropa de primera línea—. Eso es un pago suficiente.

El teléfono del escritorio de Reese zumbó. Le lanzó a Halie una sonrisa de disculpa.

—Lo siento. Deberíamos hablar más tarde, pero necesito tomar esa. Tengo media docena de llamadas telefónicas esperando esta mañana.

Mientras salía de la habitación, Halie llamó—: No te disculpes. Por eso te contraté.

Reese cogió el teléfono.

—Reese Regan, SGI.

—¿SGI? ¿Así es como se están llamando ahora? —La voz chirriante anunciaba a una mujer de 60 años con un hábito de cajetillas a diario—. ¿Qué? ¿Te avergüenzas de usar el nombre real?

—Sra. Wisenowitz —dijo Reese a su receptor—, es tan bueno saber de usted. —La Sra. Wisenowitz era la directora de un centro de ancianos cerca de los padres de Ben. La mujer no tenía filtro y una opinión sobre todo.

—Siempre dices eso, pero si me echas tanto de menos, deberías venir a visitarme. Tú sabes dónde trabajo.

—Tiene razón, Sra. W. debería visitarla más a menudo, pero no estoy llamando por mí. Estoy llamando porque mi jefe quiere comenzar una clase de Sex Goddess para personas mayores y yo quería sus pensamientos sobre ello.

—No soy tan vieja para no tener trucos en la manga, señorita Regan. Clases de Sex Goddess para personas mayores —bufó—. Como si no supiéramos cómo sacudirlo.

Reese se mordió el labio. La mujer tenía que estar cerca de los noventa.

—Llámeme Reese, Sra. Wisenowitz.

—¡Bah! Me gustaría llamarte Sra. Ricachón, pero no puedo hacer eso, ¿no? ¿Cuándo vas a encontrar un hombre para ti misma y asentarte?

—Oh, no se preocupe. Lo haré algún día. Simplemente no he encontrado a mi Príncipe Encantador aún.

—No necesitas al Príncipe Encantador, necesitas al Príncipe Rico, ¡te lo digo!

Reese sonrió pero no se atrevió a comentar. La Sra. Wisenowitz era una viuda adinerada que seguía hablando acerca de cómo se casó con el Sr. Wisenowitz por su dinero, pero mordería la cabeza de la primera persona que se atreviera a sugerir lo mismo.

—Bueno, pensaré en ello y déjeme saber si se unirá a nosotros para nuestro baile de máscaras. —Alzando su diagrama de asientos, estudió los asientos VIP. Quería que cada uno de esos asientos de alto precio estuvieran llenos—. Podría traer una cita.

—¿Sabes cuál es mi problema, señorita Regan?

Reese se mordió la lengua antes de decir—: No puedo imaginarlo.

—Los hombres de mi edad no me interesan.

—Bueno, ¿por qué no?

—¡Son *viejos*! —se quebró.

Reese sonrió.

—Bueno, haremos una subasta de solteros y solteras, así siempre puede escoger su cita una vez que llegue.

—Esa es la mejor idea que he escuchado desde que mi esteticista me dijo que no era demasiado joven para ser una rubia platino. ¿Ese galán tuyo va a subir a la subasta?

—Ya no estoy con Lance, Sra. W.

—No estoy hablando de ese idiota. Estoy hablando de ese chico con el que pasas tanto tiempo, el chico de Caroline. No es ningún vago, ese. Muy trabajador, buena familia también.

—¿Ben? Ben y yo somos sólo amigos, y no creo que vaya a participar en la subasta. —Pero no podía hacer daño *preguntar*, y Reese agregó una nota a su lista.

—Quieres que lo guarde para ti, ¿eh?

Reese sacudió su cabeza.

—Habrá muchos solteros guapos para que usted oferte.

Reese sólo necesitaba encontrarlos.

10

Traducido por Florpincha, lvic15 & Myr62
Corregido por Jessibel

Reese necesitaba escoltas masculinas, y sabía dónde encontrarlas.

—Hola, hermosa —dijo Luke mientras entraba por la puerta—. ¿Cuál es la ocasión especial? No te he visto dos noches seguidas desde que tuviste ese trabajo.

—He estado ocupada, mascara a disminuir después del baile de mascaras. —Esperaba, pero empezaba a dar la impresión de que todo el personal de Halie, incluyendo a Halie, trabajaba largas horas y no lo tendría de otra manera.

—Ben está recibiendo una llamada de negocios.

Cruzó los brazos. Ella era amiga de todos ellos, así que ¿por qué Luke suponía que estaba aquí por Ben?

—¿Cerveza? —Luke cogió un vaso alto de la pared y lo llenó sin esperar una respuesta.

—Oh, gracias —dijo mientras tomaba la cerveza—. Oye, ¿puedo preguntarte algo?

Con las manos en una toalla, se volvió para darle su atención completa. —Por supuesto. ¿Qué pasa?

—Conoces bien a a Ben y a mí. ¿Crees que él y yo damos a la gente la impresión de que estamos saliendo?

—¿O te gustaría estarlo? —Dijo una voz profunda detrás de ella.

Reese se volvió para ver a Mark Hawk.

—Hola, muchacho —dijo, dirigiéndole su mirada—. Me gusta la forma que vistes esos vaqueros.

Ella se había cambiado a un nuevo par antes de salir de la oficina, pero se había quedado con sus tacones negros, su camisa de vestir rosa brillante y sus aretes de plata. Sus mejillas se calentaron, pero ella dijo—: Gracias. —Entonces—. ¿La gente piensa que Ben y yo queremos estar saliendo?

Mark se encogió de hombros. —No le dispares al mensajero.

Reese sacudió la cabeza. —No lo hacemos. Hasta ahora, quiero decir. No es así.

Luke gruñó y Mark dijo—: Es bueno saberlo.

—¿Qué es bueno saber?

Reese saltó al oír la voz de Ben.

—Reese me estaba diciendo cuánto le gusta su nuevo trabajo —indicó Mark, guiñándole a Reese.

Ella le lanzó una mirada agradecida. —Si. Es agradable ser desafiada. En realidad... —Ella tiró sus hombros hacia atrás y dio su mejor sonrisa—. Esperaba que ustedes tres pudieran considerar ayudarme por medio del voluntariado para la subasta de solteros y despedidas de soltera.

Ben y Luke gruñeron, pero Mark respondió—: Lo que tú quieras.

Reese cruzó los brazos y miró a Ben y a Luke. —¿Vas a dejar que me muestre así?

—Sí —ellos dijeron a coro.

—Bueno, piensen en eso al menos.

—¿Te quedas para una cerveza? —Preguntó Ben, señalando la mesa que había al fondo de la habitación.

—Claro —dijo Reese—. Miró a Mark y a Luke—. ¿Ustedes se unen a nosotros?

Luke movió la cabeza. —Lo siento, estoy haciendo un inventario mientras tengo a Mark aquí para vigilar el frente.

—La próxima vez —dijo Reese, pero Ben ya la estaba tirando hacia atrás, con una sonrisa casi rasgando su rostro.

—Te debo una —dijo mientras se sentaban en la mesa.

—¿Un qué?

—Un favor. Cuando llegaste, estaba en el teléfono con Halie. Estaba llamando para organizar una reunión para discutir mi cita.

—No hice nada, sino decirle la verdad. Tendría suerte de tenerte.

Su teléfono zumbó, interrumpiéndola.

—¿Te importa si compruebo eso? —Ella sacó el teléfono de su bolso, pero una mirada a la pantalla la hizo gemir.

Paso cinco: Ben me dice que estás en el bar. Eres una mujer joven y moderna. No esperes a que un tipo te elija, elije tú misma. Termina tu noche con un beso y la Bella Durmiente puede despertar completamente.

—¿Qué? —preguntó Ben.

—Es Halie con mi siguiente paso.

—¿Qué sigue? —Ben tomó su teléfono.

—¡No!

Pero fue demasiado tarde. Estaba frunciendo el ceño en la pantalla. —Lo que ella no sabe no le hará daño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, finge como lo planeamos. Dile que lo hiciste.

—Quieres decir *mentir*.

Le entregó el teléfono. —¿Hay una diferencia?

—No tienes que parecer tan poco convencido. Puedo agarrar a un tipo así como a la siguiente chica. —Ella frunció el ceño—. Sólo necesito que alguien me diga *cómo*.

Toby Keith canturreó desde la caja de discos.

—Trata de pararte en la mesa y pedir un voluntario.

Reese bufó. Los lunes, Luke no estaba exactamente a la máxima capacidad. Aquellos que estaban aquí, que se demoraban en sus cenas y observaban fútbol, eran como Ben, obreros en botas de trabajo y gorras de pelota que no eran políticamente correctas para silbar a una mujer hermosa o escuchar el programa de radio de Mark Hawk. Reese podía imaginarse su reacción si ella hacía lo que Ben sugería.

—No lo estás considerando seriamente... —Su sonrisa se levantó—. ¿Reese?

Ella lo miró a los ojos. Él levantó su barbilla con un dedo, y la intensidad de su mirada envió placer por su columna vertebral.

Éste era Ben. Su amigo. *Amigo*. *Compañero*. *Colega*, les recordó a sus partes de chica. Al parecer, Diosa del Sexo 101 les daba a esas partes una mente propia—. ¿Sí?

Él tragó. El tiempo pareció repetirse mientras sus miradas se enredaban.

No. Éste era Ben. Ben era... Ben. Eran amigos. Se reían y bromeaban.

No había ningún *enredo* de miradas. Claro, él había hecho comentarios sexualmente sugerentes con ella antes. Era un chico. *Una vez* ella había cometido el error de pensar que había más entre ellos.

Fue una vergüenza que no tenía intención de repetir.

Pero esto era diferente. Podría haber jurado que sus ojos cayeron a su boca durante un breve instante antes de que él apartase la mano. —Estoy empezando a odiar este programa.

Reese soltó su respiración. —¿Por qué?

—En primer lugar, no lo necesitas.

Bueno, eso era... dulce. Una gran mentira, pero dulce.

—¿Todavía quieres mi ayuda?

Se cruzó de brazos. —¿Cómo vas a ayudarme con *esto*? Aparte de tu consejo brillante de pararme en las mesas.

Él se encogió de hombros—. ¿Qué? No tienes miedo de mostrarme tus movimientos, ¿verdad?

Se enderezó y sonrió—. Te olvidas de que soy una puta en formación.

—Pruébalo.

Mierda. Él acaba de dejarme en evidencia.

Ben se apartó de la mesa y le hizo un guiño a Reese mientras se alejaba.

En la mesa de billar, acumuló un conjunto de bolas.

Ella estaba arruinada. Hombros anchos, caderas estrechas, con bellos ojos verdes, y una sonrisa asesina. Ben no se desvanecía junto a su hermano, que era más alto, más oscuro, más amplio y más fuerte. Debería haberlo hecho, pero nunca lo hizo.

Lo único que Mark tenía a su favor que Ben no tenía era que Mark nunca le había roto el corazón.

Ella exhaló bruscamente, alejando el pensamiento, y se dirigió a la barra. Si alguna vez una situación pedía valor líquido, era ésta. ¿*Alguna vez* se había besado con un chico al azar? A pesar de toda su bravuconería, incluso si Ben le enseñase a escoger a uno, no estaba segura de ser el tipo de chica que podía meter su lengua hasta la garganta a un perfecto desconocido.

Mark se había movido detrás de la barra y le estaba vertiendo una bebida a un hombre de mediana edad. Ella le hizo señas con la mano.

—Voy a necesitar algo más fuerte —dijo.

Mark levantó una ceja. —¿En serio? —Miró su reloj—. ¿No es lunes?

Reese miró por encima de su hombro a la mesa donde Ben estaba alineándose para tirar. Como si sintiera su mirada, Ben desvió su atención por parte de la alineación hacia ella y articuló—. ¿Gallina?

—Tequila —dijo, volviéndose de nuevo a Mark—. Que sea doble.

Mark negó con la cabeza, pero vertió el líquido de color ámbar en el vaso.

Ella lo tomó de un trago antes de poder pensar sobre ello e hizo una mueca cuando el líquido le quemó la garganta—. Guau.

Mark se rio entre dientes—. ¿Día duro?

Reese miró a Ben de nuevo. Se había empujado sus mangas, exponiendo sus antebrazos tonificados. Dios bendiga el trabajo manual. Ese hombre tenía realmente unos agradables antebrazos.

Y esta no era la primera vez que se había fijado. Ni siquiera la primera vez esta semana.

Maldita sea. Con razón la gente tenía la idea equivocada acerca de ellos.

—Las cosas se van a poner interesantes —dijo ella, cambiando su mirada de nuevo a Ben, que le guiñó un ojo mientras hacía otro tiro—. ¿Otro?

Mark tosió—. Reese, no creo…

Se volvió hacia él y apretó su mandíbula—. ¿Cuántas veces te he visto servir a muchachas bonitas mucho más allá de su tolerancia?

—Ninguna de ellas era tan bonita como tú.

—Mentiroso.

Se llevó una mano al pecho. —Me hieres.

Ella golpeó el vaso, a la espera.

Él negó. —Está bien. Pero, bueno, no te quejes conmigo cuando quieras morir por la mañana.

Ella le sonrió mientras él le servía otro vaso. ¿Por qué estaba pensando en Ben cuando podría estar pensando en Mark? Rizos desordenados y oscuros, esos intensos ojos oscuros. Ella lo observó mientras tomaba un sorbo de su vaso.

—Sólo prométeme que no conducirás a casa —dijo.

Una lenta sonrisa curvó sus labios mientras tramaba un plan—. ¿Te estás ofreciendo a llevarme?

Él se inclinó hacia delante en la barra—. En cualquier momento, y lo sabes.

—No estoy segura de que lo sepa —dijo ella en voz baja. Su mente giró y cayó sobre sus recuerdos del verano cuando había conocido a los hermanos Hawk. El mejor y el peor verano de su vida.

—Reese, sólo he mantenido mi distancia porque me lo pediste.

—Los dos sabemos que no soy tu tipo, Mark.

Él levantó una ceja. —¿Qué sabes tú sobre mi tipo? —Su voz era suave y la catapultó hacia atrás en el tiempo. El sol atravesando la ventana y el cuerpo caliente a su lado, su cabeza doliendo por el exceso de tequila de la noche anterior, el pánico que la atenazó en el momento en que se dio cuenta de lo que había hecho.

—Nunca le dijiste —dijo ella.

Sus ojos oscuros parecían tristes mientras exhalaba fuertemente—. Prometí que no lo haría.

—Podría aceptar que me lleves a casa —dijo—. Se supone que tengo que besar a alguien esta noche... paso cinco. —Ella levantó su copa y él la alejó de ella—. ¡Oye!

—Si llego a besarte otra vez, me aseguraré de que esta vez lo recuerdes.

Miró por encima de su hombro y vio a Ben observándolos. Ella estaba cálida y elevándose por el alcohol, pero eso no cambiaba el hecho de que Ben era su mejor amigo y se merecía una advertencia razonable si iba a liarse con su hermano. No podía tener otro secreto.

Sacó la billetera de su bolso y Mark la apartó. —Yo invito.

Ella negó con la cabeza. —Déjame pagar.

Se acercó un poco más. —Déjame sacarte.

¿Qué estaba esperando? —Está bien.

Mark sonrió. —¿De verdad?

Se encogió de hombros. —¿Por qué no?

—Te tomo la palabra.

¿Necesitaba explicar que no le interesaba en serio? Era Mark Hawk. Él era el rey de *no en serio*, ¿cierto? —Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

—Suena bien —dijo.

Caminó a través del bar y agarró el brazo de Ben. No necesitaba enseñarle a elegir a un chico. Ya lo había hecho. —Oye.

Dejó caer su mirada hacia donde sus dedos se enrollaban alrededor de su muñeca.

—Oye, tú.—

La máquina de discos hizo clic y pulso un viejo tema de Nine Inch Nails, y las caderas de Reese comenzaron a balancearse al ritmo. El buen tequila viejo hace una bailarina de cualquier ritmo.

Ben la estaba viendo divertido.

—¿Qué? —Reese sonrió, sintiéndose liviana y despreocupada—. Vamos. —Se dirigió de nuevo al callejón para que pudieran hablar en privado. Él la siguió sin decir una palabra.

Cuando la puerta se cerró de golpe detrás de ellos, apoyó la cabeza contra los ladrillos del edificio y cerró los ojos, disfrutando del contraste de su piel caliente con el fresco aire de la tarde. Cuando abrió los ojos, Ben la estaba estudiando, esa mirada divertida todavía arrugaba las esquinas de sus ojos.

—Ya lo tengo todo resuelto —dijo. Estaba casi aturdida al pensar en una cita. Sería divertido. Había pasado tanto tiempo desde que se había *divertido* con un chico. Y ella podía hacer eso. Realmente no tenía que ser complicado en absoluto. Hace seis años, cuando se despertó en la cama de Mark, todavía estaba enganchada con Ben, pero ahora las cosas eran diferentes.

Mañana informaría a Halie y pasaría al paso seis. Rayos, ella estaba a medio camino allí. —¿Lo quieres? —Preguntó Ben. Su pulso le golpeó el cuello.

Impulsada por el tequila, Reese siguió avanzando y tocó la palpitante piel. —Tu corazón late fuerte.

—Sí. —Su mirada se posó en su boca.

Ladeó la cabeza. —Voy a dejar que Mark me lleve. —Su mandíbula se apretó.

—No seas estúpida, Reese.

—¿Qué...?

La calló con la boca. Él tomó su cara en su grande palma y frotó sus labios con los suyos. Era cálido y amable.

Y desde el primer roce de sus labios, ella quiso más.

Tal vez mañana ella culparía al tequila o tal vez culparía a la ropa interior o las sucias historias que había estado registrando en su cuaderno. Tal vez ella culparía sus trágicos comienzos y sus interminables meses esperando que él la quisiera, pero en este momento ni siquiera necesitaba una excusa. Ella gimió contra él, amando la sensación de su boca, el rasguño ligero de su barba. Ben era tan dolorosamente masculino. Un deseo caliente y delicioso, por mucho tiempo negado.

Ben inclinó la boca sobre la suya y deslizó su lengua dentro. Sabía a cerveza. Como hombre. Como algo malo y adictivo. No era uno de esos apresurados y descuidados besadores. La besaba como si le estuviera haciendo el amor. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si su tarea más importante fuera besarla. Era un beso que ella conocía y que nunca había olvidado.

Él deslizó sus manos bajo su mandíbula y en su cabello.

Reese agarró un puñado de su camisa en su mano y lo acercó más, pensando en sus ojos en ella en el vestidor, pensando en la única otra noche que se habían besado.

Él deslizó una mano detrás de su trasero y la levantó, presionándola entre la pared y su cuerpo, presionando su dureza entre sus piernas. Ella soltó un gemido de aprobación y frotó la lengua contra la suya, explorando su boca por todo lo que valía la pena. Ella rodeó su cuello y deslizó los dedos en su cabello, tirando suavemente. Gimiendo, se apretó aún más cerca de ella. Maldijo el día en que se inventó el jean. Ella quería estar *más cerca*, *más cerca* aún cuando parte de su cerebro le dijo que era un error, le dijo que terminara esto antes de que lo arruinara todo.

Él arrancó su boca de la suya y se clavó en su cuello. Chupando, mordisqueando, degustando hasta que sus ojos se cerraron y ella se arqueó hacia él.
Sus dientes rozaron la concha de su oreja. Su aliento estaba caliente mientras susurraba—: Estaré condenado si voy a dejar que *mi hermano* te ayude con las mejores partes de este programa.

Reese se quedó inmóvil. —Ben. —Empujó su pecho y él retrocedió, bajándola suavemente al suelo.

Manteniendo una mano detrás de su cabeza, jugueteó con su cabello. Reese lo estudió. Tenía la cara seria, los ojos calientes, las pupilas dilatadas cuando preguntó—: ¿Qué fue eso?

—Un beso. —La comisura de su boca se retorció—. Uno malditamente bueno.

Su mandíbula funcionaba, pero ninguna de las palabras que le venían a la mente lo haría. —Esto es mi culpa. La compra de ropa interior…

—Fue la mejor parte de mi fin de semana. —Su boca se inclinó en una sonrisa ladeada—. Y creo que también te gustó.

Dios, lo hizo. —Estamos jugando con fuego.

—Somos adultos. Podemos manejar un poco de fuego.

Su mirada se posó en su boca antes de apartar los ojos. *Había estado allí. Rechazada por eso.* Tragó saliva y forzó una sonrisa. —Gracias. Con el paso seis, ¿cierto?

Él pasó su pulgar por el labio. —¿Quieres que te lleve a casa?

Su mente estaba girando desde el beso, el tequila, el ansia ardiente que le pasaba por las venas y sabía que no podía conducir. Mark le había ofrecido, pero luego había besado a Ben, y... ¡Oh, diablos! —Seguro.

Reese estaba vagamente consciente de que Mark los miraba mientras regresaban al bar para recuperar su bolso. Era vagamente consciente de sus ojos en ellos cuando salieron juntos. Pero sobre todo se centró en poner un pie delante del otro y no hacer una gran cosa del primer beso que había compartido con Ben desde el día que se conocieron.

En el viaje a casa, hizo todo lo posible para no pensar en lo patética que había sido en los primeros días de su *amistad* con Ben, los días en que estaba tan segura de que recuperaría los sentidos y esperó como un perro leal.

Pensó que se había dado cuenta desde entonces, pensó que había aceptado que ella y Ben eran mucho mejor partido de amigos que románticos. Y sin embargo, un beso más tarde y ella tenía veintiún años de nuevo y sin esperanza enamorada del hombre dulce que dijo todas las cosas correctas, la tocó en todos los sentidos correctos, y no quería nada que ella tenía que ofrecer.

11

Traducido por Myr62 & Axcia
Corregido por Jessibel

El día en que Reese se había encontrado con Ben, no había esperado volver a verlo, nunca. Había hecho un trabajo fantástico asustando al chico dulce que había mostrado un poco de interés en ella. Y sin embargo había aparecido en su puerta a las diez de la noche, mirando su boca como si quisiera lamerla.

—Es tarde —dijo en voz baja—. No sé qué estoy haciendo aquí.

—¿Ben…cierto? —Como si ella podría haberlo olvidado.

El asintió.

Oh, diablos, este chico era un maestro en el envío de señales mezcladas. Su lenguaje corporal decía que estaba listo para largarse, pero la forma en que miraba su boca era tan increíblemente caliente. —¿Has olvidado algo?

—Sí.

Ella esperó varios largos latidos de su corazón y alzó una ceja. — ¿Qué olvidaste?

—Esto. —Él desliza las manos en su cabello y baja su boca a la suya. Sus labios eran cálidos y suaves y sus pulgares acariciaban el borde de su mandíbula mientras ella se abría bajo él. Sus manos encontraron su pecho y ella curvó los dedos en su camisa y tiró más cerca de él.

Se echó hacia atrás y sus ojos ardieron en los suyos. Esta era la forma en que los hombres debían mirar a las mujeres. Esta era la forma en que siempre se imagino sentir y nunca lo había hecho.

—No querríamos que olvidaras esto —ella murmuró.

—Esto es una locura. —Él tocó su frente con la suya.

—Sí —dijo, pero ella volvió a tirar de su camisa—. Te invitaría a entrar, pero eso parece que te asusta.

Él gimió y frotó su pulgar sobre su labio inferior. —Quería. Quiero ahora.

Su boca estaba sobre la suya mientras caminaba hacia su apartamento. Oyó la puerta cerrarse y deslizó las manos en su cabello. Ella no era el tipo de chica que hacía esto. Apenas conocía a este hombre y estaba lista para desnudarse para él.

La empujó contra la pared y encontró el borde de su camisa. Ella levantó los brazos sobre la cabeza y se la quitó.

Ella gimió contra su boca y tiró de su camisa, sus manos deslizándose hacia arriba y bajo el suave algodón y conectándose con una sólida pared de músculo y calor.

Se apartó y la dejó quitarle la camisa.

—Guau. —Su mirada estaba pegada a su pecho. Su mandíbula estaba en el suelo—. No puedes ser real.

Sus labios se inclinaron hacia arriba en una sonrisa y sus ojos la recorrieron.

—Déjame demostrarlo.

Su estómago hacía algunas acrobacias impresionantes y toda su parte baja la empujaba para que lo besara de nuevo. —Ni siquiera te conozco.

Él le frotó un mechón de pelo entre los dedos. —Es cierto.

—Nunca he hecho algo como esto antes.

—Yo tampoco.

Tal vez no lo hubiera creído. Tal vez no debería haberlo hecho, pero sus ojos volvieron a encontrarse con los de ella y lo que vio fue más que sinceridad. Era dolor, deseo y vulnerabilidad, todo junto.

Reese lo besó. Ella se levantó en puntillas y presionó su boca contra la suya.
La mitad de un latido más tarde, la apoyó contra la pared. Sus manos calientes torturando su pecho a través del sujetador, su boca haciendo cosas malas en la suya.

Ella quería tanto en ese momento. Ella quería a este hombre, quería sus manos sobre su piel desnuda, quería su peso sobre ella.

Deslizó sus manos sobre su torso desnudo, sus callosas y ásperas manos contra su carne desnuda hasta que él la estaba cogiendo a través del fino algodón de sus pantalones de yoga.

Ella gimió ante la ligera fricción que puso allí, deseando esto, deseando más.

—Eres tan condenadamente hermosa — le susurró contra su oído. —Te he visto en el bar antes de hoy y siempre he pensado así. —Él movió su boca a su cuello.

—¿Por qué...? —Ella jadeó cuando él encontró su clítoris y presionó ligeramente. Ella se arqueó para darle un mejor acceso. Dios, este hombre estaba haciendo más por ella a través de dos capas de tela que el último hombre con quien había dormido había hecho piel con piel. — ¿Por qué no te presentaste?

—Yo era estúpido —dijo—. Pero estoy tratando de remediar eso.

Él dejó caer su cabeza en su pecho y chupó duro, atrayendo su pezón en su boca a través del delgado satén de su sujetador.

—Mi dormitorio... —Ella fue interrumpida por un teléfono sonando.

—Lo siento —gruñó—. Sacó el teléfono de los vaqueros y lo arrojó a través de la habitación. El teléfono se silenció—. ¿Estabas diciendo?

—Estás loco. —Ella no se estaba quejando—. El dormitorio…

Al otro lado de la habitación, el teléfono hizo ruido contra el piso de madera dura mientras vibraba.

—Correo de voz —explicó.

—Esa no es una novia enojada, ¿verdad? —Ella estaba bromeando, pero él no miró sus ojos. Ella lo empujó lejos. —¿Tienes una *novia*?

Dio un paso atrás y se pasó la mano por la cara. —No exactamente.

Golpeó su pecho desnudo con el dorso de la mano. —Esta no es una zona gris. Tú tienes o no tienes. —Ella se hizo a un lado y se abrazó—. Por eso no te acercabas antes. Eso es lo que tu amigo estaba tratando de advertirme en el bar.

— ¿Puedo explicarlo?

Ella tomo la camisa del piso y se la entregó. —Vete.

A través de la habitación, el teléfono emitió un pitido.

Ben hizo una mueca. —Ella me engañó…

—¿Así que pensaste que le devolverías el favor? Bueno, estoy halagada pero no gracias.

—Todo ha terminado entre nosotros.

Reese encontró el sofá y se apoyó contra la parte trasera.

—¿Se acabó?

—Sí.

El silencio se extendió entre ellos hasta que ella dijo: —Mira, hubo una razón por la que me alejé cuando te invité antes. Dicen que el primer instinto es el mejor...

—Caminar lejos *no fue* mi primer instinto —gruñó—. Pero es fresco, y no quería que fueras algo… de rebote.

Ella alzó la cabeza para mirarlo: ojos oscuros, pecho desnudo, su camisa en un puño a su lado. Era demasiado perfecto, el tipo de hombre que admiraba desde lejos. —No quiero ser algo de lo que te arrepientas.

—De lo único que me arrepentiría —dijo, cruzando hacia ella en dos largos pasos —, es marcharme de aquí sin besarte de nuevo.

–Ben…

Su boca tomó la suya y ella no lo detuvo. No quería. Ella quería esas manos ásperas en su cuerpo, esa boca caliente besándola.

Buscaron a tientas su camino hacia el sofá, las manos empujando lejos la ropa, la boca buscando la piel expuesta.

La pierna de Reese se estrelló en algo. —Ay.

—¿Estás bien? —Él se dejó caer sobre sus piernas delante de ella y pasó sus manos por la parte de atrás de sus muslos.

—Creo que el extremo de la mesa me atacó —susurró.

—Es mejor que eche un vistazo más de cerca —Él la miró con los ojos candentes mientras encontró la cintura de sus pantalones de yoga y los bajo de sus caderas.

Su corazón salto al verlo, en la sensación de sus manos, en la manera en que miró en el sendero de algodón oscuro, que poco a poco bajó al suelo.

Se quitó los pantalones y se puso delante de él en su sujetador de raso azul y bragas de algodón blanco. Éstos no eran ropa interior hecha para seducir a un hombre, pero a juzgar solamente por los ojos de Ben, ella también podría estar en encaje negro.

Sus manos volvieron a la parte posterior de sus muslos. —Déjame mirar —dijo él, empujándola para que se volviera. Se volvió y cerró los ojos ante la sensación de sus dedos pasando por encima del punto inflamado. —Eso va a amoratarse —dijo suavemente.

Ella echó una mirada por encima del hombro. —Está bien. Estoy bien.

—Es una lástima dañar una piel tan hermosa. —Él puso su boca contra su piel, presionando besos suaves y haciéndole olvidar el dolor.

Cuando abrió su boca y deslizó su lengua y sus labios por el muslo, jadeó. Sus dedos trazaron el borde de sus bragas a lo largo de su trasero y bajá al interior de sus muslos y sus dedos se curvaron en la parte de atrás del sofá.

Sus bragas estaban húmedas donde sus dedos pasaban rozando sobre ellas, sus piernas se volvían inestables.

—Gira. —Su voz era más profunda, más áspera que antes.

Ella giró hacia él, lo miró mientras adoraba su cuerpo con sus ojos.

—¿Estás segura de esto? —Preguntó.

Ella asintió. —Estoy segura.

Él colocó sus manos detrás de su espalda y sostuvo ambas muñecas en una mano. Apretó su boca abierta entre sus piernas y encontró su clítoris a través de sus bragas. Ella gimió y trató de moverse, pero él apretó su agarre en sus muñecas y movió su boca contra ella.

Cuando se alejó, su pecho se elevó y cayó con su aliento. Él soltó sus muñecas, pero sostuvo una mano y la condujo a sentarse en el sofá.

Se acostó y esperó a que ella lo siguiera. *Quería* seguirlo. Ella quería su peso sobre ella, su cuerpo cerca del suyo.

No lo hizo. En vez de eso, se quitó las bragas de sus caderas y se sentó, una de sus piernas detrás de él, una en su regazo. Sus ojos se dirigieron a los suyos, intensos, calientes, hambrientos, antes de volver a ese espacio privado entre las piernas.

Él la separó con el pulgar y arqueó la espalda mientras el volátil cóctel de placer y anticipación la atravesaba.

—Ven aquí —susurró ella.

Con los ojos clavados en los de ella, le dirigió una sonrisa torcida. —Todavía no. —Sus dedos trazaron sus doblados pliegues y su mirada fija volvió.

Él deslizó un dedo en ella, fuera de nuevo, se deslizó dentro un segundo. Ella jadeó, con sus dedos moviéndose dentro de ella, la mirada en su rostro mientras ella observaba.

No era virgen. Ella había estado con un par de chicos, de hecho con más que eso todavía. Sin embargo, de alguna manera, la forma en que este hombre *la miraba* mientras movía sus dedos dentro de ella, era la experiencia más erótica que había tenido.

Sintió que se acercaba más a esa fugaz cumbre. Su sexo apretaba sus dedos, sus caderas se movían deseando más, más, más.

Y cuando él bajó la cabeza y puso su boca contra su clítoris, pensó que en realidad podría realmente, finalmente, llegar.

Sus caderas se levantaron del sofá, permitiendo que sus dedos se deslizaran más profundamente. Su aliento se atrapó y ella agarró el cojinete del sofá en su puño. Más alto y más alto, él la arrastró.

—Oh, Dios. —Finalmente. Dios, ella quería esto y ella estaba…

A través de la habitación, su teléfono zumbaba y chocaba contra el suelo de madera dura, sacándola del momento.

Sus caderas se acomodaron de nuevo en el sofá, y Ben alzó la cabeza, los ojos candentes buscando los suyos. –Quédate conmigo.

Ella tragó saliva y cerró sus ojos. Sus dedos se entraron y salieron de ella, y se sintió *bien*, pero lo otro, esa altura, ese precipicio, se había ido de su alcance.

No podía tener a este hombre sexy, que la miraba y la tocaba como si fuera una diosa sexual, no podía hacerle saber que era fría, que se congelaba con los hombres, que no podía experimentar orgasmos como una mujer normal.

Él bajo su boca y volvió a tomar su clítoris, y el placer era real. Era ese alcance más allá del placer lo que se perdió para ella. Sus movimientos aumentaron en velocidad y ella supo lo que él quería, lo que él esperaba.

Ella apretó los músculos de su sexo alrededor de sus dedos y movió sus caderas. El teléfono zumbó e hizo ruido de nuevo y ella fingió que no lo oyó. Hizo todos los ruidos adecuados y movió su cuerpo en todos los caminos correctos. No podía permitir que este hombre supiera que no era la criatura sexual que él supuso que era. Así que fingió. Y después, cuando él la tomó suavemente y se inclinó sobre ella, sonreía, como si su orgasmo fuera un regalo.

Su teléfono volvió a sonar.

—Alguien está tratando de encontrarte –dijo Reese con suavidad.

Ben gruño y se levantó. —Voy a apagarlo.

Cruzó la habitación y cogió el teléfono del suelo, pero cuando sus dedos se movieron a través de la pantalla, se congeló.

Reese se incorporó. –¿Qué sucede?

—Mi ex —Dijo Ben, metiendo el teléfono en el bolsillo—. Lamento eso.

Reese cruzó los brazos sobre el pecho, sintiéndose expuesta. —Está realmente decidida a tenerte. ¿Quieres... llamarla? —Ella le había preguntado porque no sabía qué más decir.

Ben se metió las manos en el pelo y soltó un largo suspiro. —No. He dicho todo lo que tengo que decirle. No quiero que arruine esto.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

Su mandíbula se tensó. —Tres años.

Su teléfono volvió a sonar. —Lo apagaré.

Ella tendió su mano. —Dámelo.

Ben se lo entregó y abrió la historia de los textos de *Lisa*.

Cuando leyó lo que allí estaba, su corazón se congeló en su pecho. Se forzó a inhalar, y el aire ardía mientras lo obligaba a entrar en sus pulmones. —Lo siento mucho. —Ella le devolvió el teléfono y vio cómo su rostro palidecía al leer el mensaje que le había aparecido a su teléfono cinco veces esta noche.

Soy la mamá de Lisa. Lisa ha estado en un terrible accidente de coche y está en la UCI en Chicago Methodist. Por favor, ven.

Oyó su intensa respiración y su corazón se rompió por él, este hombre que acababa de conocer, este desconocido que la había estado besando, de la manera más íntima sólo unos momentos antes. Él se hundió en su sofá y ella supo que había leído el último mensaje.

Ella se ha ido.

12

Traducido por Zara1789
Corregido por Jessibel

Ben aparcó su camión frente al edificio de Reese y apagó el motor. No había dicho ni una sola palabra en todo el camino a casa, y no era el silencio bueno y sexy que prefería de una mujer a la que había estado sintiendo minutos atrás.

—No me arrepiento de haberte besado.

Sus nudillos estaban blancos en su regazo donde ella agarraba su bolso.

—Somos amigos.

Las palabras fueron un golpe en el estómago.

—Eso no ha cambiado —dijo suavemente—. No te doy por sentado.

—Somos sólo amigos —repitió.

—Sí —gruñó—, amigos que han hecho jodidamente mucho más que darse besos.

Ella se congeló ante eso. No hablaban de aquella noche. Nunca. Primero, porque se odiaba demasiado cuando pensaba en lo que había estado haciendo mientras Lisa moría en una habitación de hospital. Más tarde, eran amigos y era más fácil fingir que aquella noche no había ocurrido.

Lentamente, se volvió para mirarlo.

—Estuvimos de acuerdo en que no nos pediríamos más.

Otro golpe. Iba a hacer que cumpliera esa vieja promesa. No preguntó por qué. Su orgullo no lo permitía, lo sabía. La había jodido una vez, y Reese no le daría la oportunidad de hacerle daño de nuevo. Exhaló lentamente.

—No hay problema.

Diablos, no podía culparla.

—Papá me pidió que me tomara un tiempo libre del trabajo para ayudar con el trabajo de Granger.

Ben endureció la mandíbula y se volvió lentamente hacia su hermano. El bar de Luke estaba lleno de chicos universitarios esta noche, haciendo que el bar fuera más ruidoso y menos relajado de lo que Ben prefería.

—Lo tengo bajo control.

Mark levantó un hombro. —Tengo el tiempo libre de todos modos, y extraño trabajar con mis manos. No es gran cosa.

No es gran cosa. Así es como su hermano describió irrumpir en el lugar de trabajo de Ben y jugar a ser el jefe durante una semana. *No es gran cosa*. Apretó los dientes.

—Es tu negocio también. Haz lo que quieras.

Los ojos de Mark se volvieron duros y miró fijamente a Ben.

—Lo haré.

Luke se acercó a ellos con una jarra de cerveza y un intento de vasos de cervezas vacíos.

—Mi lavaplatos quería daros las gracias a ti y a Reese por el espectáculo que montaste detrás de mi bar anoche.

Ben se deslizó por las esquinas de la mesa de billar y empezó a golpear con fuerza las bolas.

—No hubo espectáculo.

—¿Tú y Reese? —Mark estudió los tacos de billar en la pared— ¿Que está pasando aquí?

—Nada —dijo Ben. Estaría condenado si iba a hablar con *Mark* sobre eso. Demonios, no quería hablar con nadie sobre eso.

Había estado preparado para ver si él y Reese podían tener un poco más de química entre ellos. Estaba harto de estar sentado en sus manos, enfermo de pretender que su tiempo juntos no estaba asegurado y cargado de tensión sexual. Había estado listo para intentarlo y ella ansiosa por terminar las cosas antes de que comenzaran. ¿Seguía colgada de Mark?

Frunció el ceño a su hermano. —Dijo que la habías invitado a salir.

Luke golpeó el pecho de Mark. —Ella se ve caliente ahora, ¿no?

Ben gruñó y Luke sonrió. Mark levantó un hombro.

—Extraño tenerla en la estación.

Mierda. —¿Sabes lo que hizo cuando trabajó allí?

Mark se inclinó sobre la mesa y dio el primer tiro, esparciendo las bolas por el fieltro verde.

—No soy tan distraído como crees.

Ben se encogió de hombros.

—De repente, pareces mucho más interesado en Reese que nunca antes.

—¿Tienes algún problema con eso?

Mierda sí. —¿Un problema con algún idiota que sólo la quiere porque se hizo un cambio de imagen? Sí lo hago.

Mark soltó su taco que cayó sobre la mesa con un ruido sordo.

—¿Es eso lo que piensas de mí?

Ben no se dio cuenta de que se acercaba a Mark hasta que Luke se empujó entre ellos, una palma en el pecho de cada hermano.

—Aquí no —les advirtió Luke, mirándolos a ambos.

El corazón de Ben martilleaba en sus oídos y sus puños estaban apretados en los costados.

Mark se sacudió la mano de Luke y retrocedió.

—Crees que me conoces, pero eres tan malo como los imbéciles que escuchan mi programa.

Ben apretó y abrió los puños, como si el movimiento pudiera liberar su impulso de lanzar golpes.

—¿Con quién estás enfadado aquí, hombre? —Le preguntó Luke, apretándole el hombre—. ¿Con él o contigo?

Ben se encogió de hombros. —Es un idiota.

La campana en la parte delantera sonó y tres pares de ojos aterrizaron en Reese mientras entraba por la puerta. La visión de ella hizo que toda su ira se esfumara. Sintió que sus hombros se relajaban y miró a Mark haciendo lo mismo.

Jesús. Mark se *preocupaba* por Reese. ¿Cuándo había ocurrido eso? ¿Y cómo Ben se había perdido eso? Mark apartó la mirada de Reese y la fijó en la mesa de billar.

Ben apretó su taco contra el pecho de Luke.

—No estoy preparado para esto esta noche.

Él no esperó a que le respondiera antes de que caminara hacia Reese.

Con cada paso que daba hacia ella, se relajó más. Porque ella estaba aquí. Porque incluso después de haberla besado, incluso después de que ella hubiera puesto esa maldita pared, que era tan buena para erigir, incluso después de que ella se alejara de él, regresó.

Y ahora le sonreía y no le importaba lo que su hermano quería.

—No creí que te vería esta noche.

Él metió las manos en sus bolsillos para evitar meterle el pelo detrás de la oreja. Esta noche parecía tan suave. Suave y dulce en un pequeño vestido de punto rosa que se apretaba bajo sus pechos y mostraba sus piernas.

—Me encontraré con Masey. —Ella arrugó su nariz—. Esto no va a ser incómodo, ¿verdad?

—No, no en absoluto —dijo con rapidez. Demasiado rápido. Tragó saliva—. Todavía somos amigos. Aunque seré honesto. Ojalá Lance no te hubiera dado la impresión de que los amigos no deberían liarse. Pero supongo que me comportaré *dignamente*.

Ella sonrió y sus hombros se relajaron.

—Gracias, Ben.

La vio caminar hasta un puesto en la esquina antes de regresar a los chicos.

Luke y Mark le observaban, pero fue Luke quien habló. —¿Así que finalmente vas tras ella o qué?

Ben evitó sus ojos cuando encontró su taco. —Sólo somos amigos. —Si eso es lo que Reese quería, así sería.

Al menos hasta que pudiera hacerla cambiar de opinión.

Reese levantó la vista de su computadora para ver *El Halcón* apoyado contra la jamba de su puerta. Sus amplios hombros casi llenaban el pequeño espacio, sus oscuros y grises ojos la observaban, sus manos en los bolsillos de sus caderas estrechas y vestidas con un denim.

Sus dedos se detuvieron en su teclado. Casi parecía... vulnerable. Ella sonrió, casi riéndose en voz alta al pensarlo. *Vulnerable* era probablemente la peor palabra para describir a Mark Hawk.

Cualquier palabra descriptiva que era más apropiada para él, el efecto era cautivador.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperaba hablar contigo cuando el perro guardián de mi hermano no estuviera cerca.

Ella frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Por qué?

Se encogió de hombros y le dio una media sonrisa que, por un momento, le recordó a Ben.

—Me preguntaba si habrías olvidado que me habías prometido una cita. Y un beso.

—Oh. —Ella no lo había olvidado. No exactamente, pero había logrado terminar el quinto paso sin él, y equivocado o no, no era el tipo de chica que podía liarse con dos hermanos en una sola semana.

—Eres linda cuando trabajas —dijo, enderezándose.

No era lo que había esperado. Su boca se secó.

—¿Gracias? —La palabra salió como una pregunta.

Él rió entre dientes. —No eres buena aceptando elogios, ¿verdad?

Reese se metió un mechón de pelo detrás de la oreja. —Nunca ha sido mi punto fuerte.

—Estoy sorprendido. Todo el mundo te ama. Debes recibir elogios todo el tiempo.

Sus mejillas se calentaron y ella se agarró a un tema seguro.

—¿Has pensado alguna vez en tu disfraz para la subasta de soltero?

Su rostro quedó en blanco.

—¿Lees incluso tus correos electrónicos de trabajo?

Sus labios se crisparon. —Lo haría si alguna vez fueran *divertidos*.

Ella rió, no pudo evitarlo. —Eres coherente, Hawk. Puedo decir eso por ti.

—Coherente. Sí, así es como todos los hombres sueñan que una muchacha bonita los vea.

Se encogió de hombros. —Hay peores cualidades.

Mark se movió de la puerta y se dejó caer en una de las sillas frente a su escritorio.

—Apuesto a que piensas que mi hermano es algo mejor que *coherente*.

—¡Ah! Ben es… —Ella se recostó en su silla y se puso las manos en el pelo, buscando la palabra.

—¿Perfecto? ¿Trabajador? ¿Todo lo que mi madre ha querido en un hijo?

Reese frunció el ceño.

—Guau, hay mucho resentimiento ahí. ¿De dónde vino eso?

Mark sonrió. —Lo siento, las viejas rivalidades tardan en morir, supongo.

—Nunca hubiera imaginado que te sentirías tan inferior a tu hermano.

Él alzó un hombro y luego se inclinó hacia delante sobre el escritorio.

—Ben tiene todo lo bueno.

—Claro, pero algunos dirían que tú también lo tienes.

—Es el Midas de la construcción. Todo lo que toca es un éxito.

—Tienes un programa de radio sindicado a nivel nacional.

—Su profesión es universalmente respetada. Algo de lo que mamá puede presumir delante sus amigos.

—Tienes un gran salario. Una oferta para un libro. Fans en todo el país.

—Ben te tiene —dijo suavemente.

Reese se estremeció y forzó una sonrisa.

—¿Qué quieres decir con eso? Sólo somos amigos. Dios, estaba harta de oírse decir esas palabras.

Él inclinó la cabeza. —Él es la razón por la que entraste en pánico sobre lo que pasó entre nosotros. ¿No lo es? Él era un desastre con Lisa, pero querías estar allí cuando salió de ello.

Ella tragó saliva. Mark era demasiado astuto. Dio demasiado en el blanco.

—Vamos —dijo ella—. Estábamos borrachos y juguetones y ambos sabemos que no soy tu tipo.

—Tú sigues diciendo eso —Él la miró, recordándole que estaba más cerca del tipo de Mark de lo que había estado antes—. ¿Cómo sabes cuál es mi tipo?

Una burbuja de risa salió de sus labios. —Esto es tan ridículo.

—¿Qué?

—Estás celoso de Ben y Ben está celoso de ti. Ambos están tan convencidos de que quiero al otro y tanto como tú lo odias, ninguno de vosotros realmente me quiere.

—No estaría tan seguro. —Miró sus manos—. ¿No ves lo que tienes con mi hermano transformándose en algo más?

Reese tragó con dificultad. Las últimas dos semanas, incluso, habían pasado años desde que se había permitido considerar algo más con Ben. Pero sólo porque su libido de repente tuviera ideas propias no significaba que fuera una idea mejor ahora de lo que lo había sido durante sus años de cachorrito desesperado.

—No estoy interesada en ser nada más que la amiga de Ben.

—Eso me deja a mitad de camino —murmuró. Le dio una media sonrisa y la miró a través de sus pestañas oscuras—. ¿Qué hay de mí? ¿Estás interesada en ser más que mi amiga?

Pensó en el paso seis, sentada sobre su teléfono debido al último mensaje de Halie.

—Mark, no estoy buscando una relación ahora.

—Sólo estoy pidiendo una cita.

—De acuerdo —dijo ella con cautela—. ¿El próximo fin de semana? Comenzamos con la cena, tal vez nos dirigimos a ese autocine fuera de la ciudad antes de que se cierre por la temporada.

Cena y una película en el autocine con Mark Hawk, una cita de fantasía. Entonces, ¿por qué la idea no parecía más que un medio para un fin? ¿Por qué estaba más interesada en poder decirle a Halie que había completado el paso seis de lo que estaba en la cita que la llevaría?

—Entonces es un trato.

Su sonrisa se convirtió en una sonrisa de pleno derecho, cambiando su rostro de guapo a magnífico tómame ahora.

—¿Quién es el hermano más afortunado ahora?

13

Traducido por Lvic15 & Dahi
Corregido por Jessibel

—¿Sabes cuán *cachondas* son las chinchillas?

Ben no lo sabía, pero tenía la sensación que Whitney estaba a punto de decírselo. Mejor oír el ritmo de la historia de la chinchilla cachonda a unirse a los otros invitados de la boda en el YMCA, preguntó—: ¿En serio?

—¡Sí! —Respondió Whitney, sus ojos azules agrandándose y una sonrisa extendiéndose por su cara—. Quiero decir, tengo esta cosa como una mascota para mi *hija*, y cada vez que me doy la vuelta, está sentado en su jaula. —Miró por encima de cada hombro y bajó la voz—. Dándose placer. ¿Cómo se supone que le voy a explicar eso a mi hija?

Ben rió entre dientes cortésmente. Él realmente quería que Whitney le gustase. Una alta pelirroja con los ojos azul bebé grandes y una gran sonrisa, y un excelente cuerpo. Era el tipo de Ben en todos los sentidos, excepto en el que contaba. Pero cuando ella le había pedido que la acompañara a esta boda, había roto una regla de citas importante diciendo que sí. ¿Tan desesperado había estado por una cita?

Su teléfono sonó, advirtiéndole de un mensaje. Él lo ignoró.

Whitney sonrió. —Eres un santo por venir conmigo esta noche. —Sacudió su cabeza mientras el DJ animaba a todos a salir a la pista de baile para una canción lenta—. Sé que esta no es la idea de diversión de la mayoría de los chicos.

Ben sacudió su vaso. —Oye, hay cerveza gratis. ¿A qué chico no le gusta eso?

Ella sonrió. —Y es por eso que me gustas. —Ella lanzó una mirada por encima de su hombro y saludó a una pareja de ancianos que iban a la salida.

Cretinos afortunados.

—Ahora vuelvo. Voy a *saludar* a los Conners.

Cuando ella estuvo lejos de la mesa, sacó el teléfono del bolsillo.

Mensaje de Reese Regan.

Dio unos golpecitos en la pantalla para encenderla, pero cuando leyó el mensaje, la sonrisa que su nombre inspiró cayó de su rostro.

Día largo. Acabo de salir de la oficina. Voy a tu casa para usar tu bañera.

Las palabras evocaron una imagen viva de una Reese en remojo y enjabonada desnuda en su baño principal. Mojada. Desnuda. Suya.

Negó. No *suya*. Tal vez quería a Reese. Tal vez la imagen de ella en su bañera ponía su pene duro más rápido que una mujer desnuda prometiendo una mamada. Quizás había sido la estrella exclusiva de sus fantasías últimamente. Pero no era suya. Lo había dejado perfectamente claro.

Frunció el ceño a su teléfono, entonces respondió. *Nunca me dijiste cuál era tu gran secreto.*

¿Qué secreto?

El que tu hermana le dijo a Halie. La razón por la que Halie estaba tan ansiosa de meterte en una de sus conversaciones sucias.

Tomó un sorbo de cerveza y esperó una respuesta. Cuando no hubo ninguna, tecleó. *Dímelo. Intercambio por la bañera.* Quería saberlo. Pero más que eso, quería su atención. Había estado evitándole, cancelando sus

entrenamientos por la mañana, rechazando invitaciones a reunirse con él en el bar de Luke. Estaba demasiado ocupada con el trabajo, decía.

Es estúpido. Embarazoso.

Pruébame, tecleó.

¿Estaba demasiado ocupada, o estaba evitándole? ¿Y cuán patético era que iba a atarla en una conversación de mensajes sólo porque la echaba mucho de menos?

Justo cuando pensaba que no iba a contestar, el teléfono sonó. *Soy mala en el sexo. Un pez frío.*

Se sorprendió riendo en voz alta. *Ridículo.*

Quizás. Pero sigue siendo verdad.

¿Cómo lo sabes? ¿Es esto todo basado en ese idiota de Lance?

Lance no es el único chico con el que he estado.

Claro. Él lo sabía. Es posible que hubieran pasado seis años pretendiendo que la noche entre ellos nunca sucedió, pero eso no significaba que la había olvidado. *Exactamente, y recuerdo tu actuación como muy por encima de la media.*

Has idealizado tu recuerdo entonces.

¿Le acababa de llamar *a él* mal amante? *Entonces exijo una revancha. Para dejar las cosas claras.*

Buen intento, pero no cambiaría nada.

No creo que la gente pueda ser mala en el sexo, Reese. La gente puede ser mala junta, y para que lo sepas, no lo fuimos, pero no malos en el sexo. ¿Quién te dijo eso?

Miró hacia arriba para asegurarse de que Whitney todavía estaba charlando con los otros huéspedes. Cuando ella hizo un gesto de disculpa y levantó un dedo, estuvo agradecido.

Nadie me lo dijo.

Él creía eso tanto como creía que Lance no era un idiota. *Mentira. Alguien te lo dijo o lo implicó.*

Esta conversación no está dirigiéndose donde esperaba.

Escupe lo que quieres decir y me dirigiré donde debe.

Observó el reloj en su teléfono y tomó un sorbo de cerveza. Tres minutos pasaron antes de que ella enviase su respuesta.

Quiero decir que nunca he tenido un orgasmo con un hombre.

Parpadeó hacia su teléfono, pero su cerebro no podía encontrar una respuesta.

Te dije que no lo querías saber.

He escuchado que muchas mujeres no pueden durante el acto sexual, tecleó. Ella tenía que haberlo tenido con otras cosas. Seguro.

Nunca.

Miró a su alrededor. No había señales de que estuviera siendo engañado, pero aún así no podía estar seguro. *¿Así que no nos… cuentas?*

No hay nada que contar.

Una mierda que no. Había estado allí. La había oído, había visto su cara. Um...

Creo que tu memoria te está fallando.

No hay nada malo con mi memoria.

Demonios, esto fue embarazoso.

Su teléfono vibró con un nuevo mensaje de ella. *No digas que no te lo advertí.*

Se movió en su asiento. *Ahora, iré a preguntar a todas las mujeres con las que he estado. Fuiste muy…. convincente.*

Gracias, supongo. Y piensa en toda la práctica que he tenido desde entonces.

Ben pasó la mano por su rostro. *Así que… ¿nunca en absoluto?*

¡Ha! Soy completamente capaz. Solo que nunca con alguien más.

Ben salió a la calle. Demonios si eso no se sentía como un reto, él estaba muriéndose de ganas de comenzar. *Ahora ya sabes. Estaré robando una botella de vino como pago.*

Un segundo después su teléfono volvió a sonar. *No quiero interrumpir si esperabas traer tu cita a casa. ¿Estás seguro que estás bien conmigo usando tu bañera?*

Solo si tomas fotos. Una sonrisa tiró de sus labios mientras tecleaba la respuesta.

Observó a Whitney llamando su atención y sonrió. Había dejado claro que tenía una niñera por la noche y una habitación en el piso de arriba. Era una invitación que debería haber saltado. En vez de eso, estaba esperando ávidamente por otro mensaje de texto.

Su teléfono zumbó.

No bromeo. Ese es probablemente uno de mis diez pasos.

Mientras escribía, sabía que no pasaría la noche con Whitney, aunque fuera lo más inteligente que pudiera hacer. Pulsó *enviar* a su mensaje: *¿Necesitas un fotógrafo?*

Reese tomó un largo sorbo de su vino antes de hundirse más profundamente en el baño caliente de burbujas. Entre compras, arreglarse y un largo día en SGI, todo lo que ella había querido era un baño caliente. El problema era que su bañera era pequeña y tan relajante como un ataúd de

piedra. Había decidido, sin pensarlo, que se acercaría a lo de Ben y aprovecharía su bañera de hidromasaje en su baño principal. Él nunca uso esa cosa, y ella sabía que estaría hasta tarde fuera en esa boda.

¿Necesitas un fotógrafo?

Estaba bromeando, por supuesto. Pero sus sugestivos comentarios empezaron a sentirse menos graciosos y más serios. Y en vez de hacerla reír, la ponían…. caliente.

Ella no había respondido. Pero al estar en su casa después de la sugerencia (después del beso, después de la tensión tan espesa entre los dos, quería darle lengüetazos como un gato a un tazón de espesa crema), de repente su mente estaba girando con imágenes de Ben, una cámara y su cuerpo desnudo.

La idea de fotos desnudas la habrían horrorizado hace solo un par de semanas atrás, pero ahora era una experiencia erótica que ella quería. Anhelaba.

¿Había cambiado tanto en tan poco tiempo?

¿Y el hecho de que ella quería que *Ben* fuera el que estuviera detrás de la cámara?

Cuando su celular sonó lo arrebató de un lado de la bañera y contestó sin consultar la identificación de la persona que llamaba.

—¿Hola? —Dijo ella, demasiado perezosa con fantasías para abrir los ojos.

—¿Eres Goldilocks? —Era la voz de Ben, y su cuerpo, ya preparado, se despertó por el familiar y grueso timbre.

—Depende de quién pregunte. —Una sonrisa curvó sus labios. Despegando las pestañas de los ojos para ver la puerta del baño, pero aún estaba cerrada.

—Este debería ser el oso cuyo vino has bebido.

—¿Era tuyo el vino que estaba demasiado caliente, demasiado frio, o correcto?

Su risa calentó algo en ella. — Si yo fuera a juzgar por la botella medio vacía en el mostrador, diría que mi vino está bien. ¿Cómo está la bañera?

—Gloriosa. —Se estiró de nuevo, gimiendo de placer—. Empaca tus cosas. Necesita que alguien que viva en esta casa la aprecie.

Ella volvió a mirar la puerta, preguntándose si estaría del otro lado. —¿Cómo estuvo la boda?

—Muy típica.

—Mmm —dijo ella—. ¿Saliste con alguna dama de honor?

—Solamente con algunas pocas —dijo—. La mayor parte de la noche, estaba disfrutando de la compañía de una dama de honor que estaba detallando las escapadas de su mascota, una chinchilla.

— He escuchado que son pequeñas criaturas cachondas. —Ella se preocupaba más por su cita de lo que se sentía cómoda—. ¿Ha vuelto a casa contigo?

—¿Por qué habría hecho eso cuando sabía que Goldilocks estaba aquí esperando por mí?

Escuchó un golpe sordo en el otro lado de la puerta. Zapatos habían sido colocados en el suelo. La imagen de un Ben desnudo parpadeó por su mente. Era casi medianoche y probablemente se estaba preparando para ir a la cama. El fin de semana que habían pasado en el tour de la bodega, había dormido sin camisa con pantalones de franela. ¿Era solamente eso lo que llevaba? Tal vez solo llevaba bóxer. Tal vez era el tipo de hombre que se deslizaba entre las cubiertas completamente desnudo.

El agua se deslizó a su alrededor mientras se sentaba. — Te dejaré en paz.

—Relájate —dijo él—. Alguien le tiene que dar uso a esa bañera.

Los músculos de su cuerpo ya eran una porquería para protestar y ella retrocedió.

—Gracias —simplemente dijo.

—He estado pensando en preguntarte si has llegado al siguiente paso.

—Ayer.

—¿Y…??

Y sus planes con Mark se encargarían de ello.

—Vamos —dijo Ben—. Dime.

—Tú solo quieres *ayudarme* más.

—Maldita sea que si quiero.

Su estómago se revolvió. Quería lo que todas sus palabras insinuaban.

—Pero ¿y si no es algo que harías?

—¿Cómo qué?

Los chorros masajearon sus músculos, trabajando en su dolor y sus preocupaciones. —Como sexo telefónico.

Ben gimió. —Hmm. Supongo que estaría dispuesto a sufrir eso.

—¿Sí? —El calor dando vueltas en su vientre se hundió más.

—Soy así de buen amigo.

—Creo que eso es una suerte para mí.

Se rio entre dientes. —¿Alguna vez lo hiciste antes?

—No. —Ella cerró sus ojos, algo caliente y nervioso y necesitado

corriendo a través de ella—. ¿Estás ahí fuera? ¿Justo al otro lado de la puerta de tu habitación?

—¿Sería mejor si no lo estuviera?

Ella ignoró la pregunta, no sabiendo la respuesta ni ella.

—Estaba en la recepción cuando me llegó tu mensaje. —Su voz había bajado y salió un poco áspera, como grava—. ¿Tienes alguna idea de lo que se siente tener que estar viendo un baile de aniversario y que te llegue un texto de una bella mujer que está esperándote en tu casa desnuda?

Reese se mordió el labio. —Yo no he dicho que estaba desnuda.

—¿No es así?

Ella tragó mientras su respiración se volvió superficial. —Ahora mismo estoy vestida con algunas burbujas muy de moda. Halie lo aprobaría.

Ella estaba tratando de estar calmada, de hacer que la conversación se alejase de la gran zona de peligro a donde había estado dirigida, pero Ben gimió, y esta vez no hubo duda en su mente de qué tipo de gemido era.

—Ni siquiera pude disfrutar de la barra libre después de ese mensaje.

Estaba excitándola, por supuesto. Por el bien de su siguiente paso, estaba exagerando la reacción típica que cualquier tipo tendría si una mujer estuviera usando su bañera. Pero incluso cuando ella misma se dijo estas cosas, no pudo ignorar el dolor que había entre sus piernas, el calor húmedo que no podía acreditar a la bañera.

—Es probable que le digas eso a todas las mujeres que pasan el rato en tu cuarto de baño desnudas.

Tal vez era el vino, o tal vez la culminación lógica de la frustración sexual girando entre ellos. Cualquiera que fuera la razón, le oyó preguntar.

—Cuando una chica está en la bañera de un chico, ¿qué cree que piensa él al respecto?

Hubo un largo silencio lleno sólo por el zumbido del agua. —Pienso en eso más de lo que debería. Cada vez que vienes a usarla, me pregunto si este será el momento en que dejaras la puerta abierta.

Ella contuvo el aliento. —Sería fácil, demasiado fácil de hacer. —Ella se movió, dejando que el remolino de agua de la bañera entrara entre sus piernas. Una mano todavía sosteniendo su teléfono, pero la otro descansando entre sus pechos, sus dedos trazando un círculo imaginario.

—No sólo fácil. Bueno.

—Otra persona podría caber fácilmente en esta bañera conmigo.

—Puede que no quiera entrar.

—¿Oh?

—Puede ser que sólo quiera ver, mirar la parte superior de tus pechos por encima del agua, el contorno de tu cuerpo bajo las burbujas. Podría querer esperar hasta que el agua se aclarase lo suficiente para revelar tus piernas... la parte superior de tus muslos.

Dejó que la mano bajara más a la deriva, trazando círculos invisibles en su vientre ahora. —¿Eso sería mejor que unirse a mí?

—Sería la tortura. Pero si tuviera suerte, quizás te atraparía tocándote.

Su respiración se volvió entrecortada y su mano se quedó inmóvil donde estaba viajando más por su abdomen. —¿Eso sería bueno?

Pudo distinguir el tenue sonido de su respiración entrecortada. —Oh sí.

Ella respiró. —¿Ben? —Su nombre rompió el silencio. Se preguntó si él estaba en la cama, metido entre las sábanas. Tal vez estuviera caminando por

encima de la suave alfombra beige de su habitación. O tal vez él estaba de pie contra la puerta del baño, su cabeza apoyada contra el marco.

—¿Sí?

—No tienes que hacer esto.

—¿Hacer qué?

Se pasó la lengua por sus labios, tragó contra la sequedad en su boca. —¿El sexo telefónico?

—¿Eso es lo que piensa que es esto?

—¿No es así?

—Nah. Es sexo telefónico cuando te diga lo que te haría si abrieras esa puerta.

Ella presionó su cabeza contra la parte posterior de la bañera, cerró los ojos contra el dolor traído por sus palabras.

—Dímelo —dijo, sorprendiéndose a sí misma.

Él dio un largo suspiro, desigual.

—¿Has pensado realmente en ello? —Ella deslizó su lengua por su labio inferior, probando el vino allí, deseaba que fuera su lengua la que estuviera haciendo la degustación—. Antes de esta noche, quiero decir. ¿Has pensado en entrar por la puerta?

Él podría haber evitado fácilmente su pregunta, culpando cualquier pensamiento más que amistosa sobre su anatomía masculina. En cambio, dijo—: No tienes ni idea. Cada vez que te bañas aquí, mi baño huele a flores todo el día.

—Lo siento.

Oyó un roce de tela y lo imaginó acomodándose en su cama, imaginaba su mano poniéndose sobre su pene.

—¿Alguna vez te tocas cuando estás en mi bañera, Reese?

Su respiración la dejó de repente. Apenas pensó en negarlo. Tal vez esa habría sido la opción más inteligente, pero quería esto. Quería este momento, esta conversación. A él—. A veces.

14

Traducido por Myr62 & lvic15

Corregido por Jessibel

Jesús. Reese se tocó en su bañera. Él podía imaginarla fácilmente, ya la había imaginado mil veces—. ¿Estás ahora?—

—Quiero —su voz era suave, tranquila, sin ser tentativa.

Cierro los ojos y la imaginó cubierta de espuma, abriéndome la puerta. Tal vez no lo haría. Tal vez se quedaría en la bañera y lo llamaría. Él quería eso. La quería. Quería tocar su cuerpo húmedo, limpiar la espuma de un pezón con el dedo pulgar antes de sumergir su mano en el agua y acariciar su sexo, dejando que su mano se frotara contra su clítoris mientras se inclinaba para besarla.

Se obligó a permanecer sentado, apoyado en su cama. Miró a la puerta del baño. Él quería marcar el paso. Quería apretar la mano contra la puerta mientras la imaginaba al otro lado. Pero no confiaba en no girar la perilla. No confiaba en no empujar los límites frágiles y rápidamente cambiantes de su amistad.

Podía oír su respiración superficial a través del teléfono, podía oír el zumbido de los chorros de agua del spa, el chapoteo del agua mientras se movía.

—Tócate para mí.

—Ben. —Su respiración temblorosa sonó en su oído—. Esto es peligroso.

—Tal vez. —Pero demonios, ¿no era demasiado tarde? La caja de Pandora se había abierto y podían ver lo que había dentro—. Tal vez no es tan diferente de las veces que lo hiciste antes.

Lanzó una risa estrangulada. —Es diferente.

—¿Cómo es eso?

—Estás al teléfono, por ejemplo.

Dejó caer su mano sobre su regazo y la puso sobre su pene. —Cuando lo hiciste antes, ¿alguna vez te viniste?

Ella gimió suavemente, por incomodidad o placer, no estaba seguro. —Sí.

Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, imaginándose que deslizaba su mano entre sus piernas. —¿Alguna vez pensaste en mí?

Su corazón latía con fuerza, llenando sus oídos con el silencio que siguió a la pregunta.

—Sí. —Una sola palabra, susurró en una exhalación, y todo cambió entre ellos.

—¿Alguna vez… pensaste en mí?

Cerró los ojos con fuerza. *Siempre*. Sabía lo jodido que estaba. Era un hombre. Se suponía que sus fantasías eran muchas y variadas. Y las suyas eran muy variadas, pero últimamente siempre contaron con Reese. —Sí.

El sonido que hizo fue medio gemido, medio ruego, doloroso notar la densa frustración sexual.

—Pon tu mano entre tus piernas. —Su voz salió más áspera de lo que él había pensado, pero al volver a tomar aire, sabía que no le importaba. —Desliza un dedo dentro de ti para mí.

—¿Estás..? Dios. ¿Ben?

—Estoy aquí contigo. ¿Te estás tocando? —Sabía que lo hacía. Lo oyó en el cambio de su respiración.

—Sí. —suspiró la palabra más que decirla—. ¿Tú?

—¿Quieres que lo haga?

—Sí. —Suspiró en el teléfono—. Sigue hablando conmigo.

Se desabrochó los vaqueros, liberó su pene, y envolvió su mano alrededor, cerró los ojos e imaginó que era la mano de Reese. —Me pongo tan duro pensando en ti, desnuda, en mi casa, en mi bañera, a unos pasos de mi cama.

—Creo que siempre quise creer que lo hubieras pensado. Que te enciende.

Gruñó y se acarició. —Tócate para mí —su voz era dura y áspera y no podía evitarlo. Él era frágil, con un duro borde de necesidad. Tenía que oírla venirse, tenía que saber que era su voz, sus palabras llevándola allí.

—Ben… Dios, esto es…

—¿Increíble? ¿Tan jodidamente sexy?

Ella murmuró en respuesta. —¿Estás conmigo? ¿Estás...? —Cortó con un gemido.

—¿Acaricio mi pene al sonido de tus gemidos?

Su respiración se enredó. —Si no lo haces, miénteme.

Él rió entre dientes, incluso mientras su pene pulsaba más fuerte y más gruesa contra su palma. —No quisiera que tuvieras un buen tiempo por ti misma.

—Esto es loco.

Podía decir por su voz que ella estaba retrocediendo, pensando demasiado. —Esto no es nada. Esta es una llamada telefónica. Loco es lo que quiero hacerte.

—¿Oh? —Ella tomó otra de esas respiraciones temblorosas que lo hicieron sentir como el rey del puto universo. —¿Qué quieres hacerme?

Ben abrió los ojos y estudió la puerta cerrada. Dejó que el silencio se extendiera entre ellos durante media docena de latidos antes de responder. —Quiero levantarte del agua y llevarte a mi cama. —Se acarició, imaginándose cómo se vería, la piel tibia y rosa del agua caliente—. Quiero sentir tus pechos en mis manos y saborear tus pezones con mi lengua. —Él cerró los ojos con fuerza contra el sonido de su gemido. Cuando volvió a hablar, su voz era suave—. Quiero abrirte las piernas y mirarte. Quiero degustarte, provocar tu clítoris con mi lengua hasta que pidas más.

Movió su mano más rápido, más duro, mientras ella gritaba: gritos cortos y el sonido del chapoteo del agua mientras ella cabalgaba de placer. El sonido de su orgasmo tenía a la cabeza de su pene hinchándose. Ahora se imaginó que no era su mano alrededor de él, sino su cuerpo caliente y apretado, pulsando, tirando de su pene más profundo. Su orgasmo llegó rápido y duro, el líquido caliente golpeó su estómago desnudo.

—Santa mierda —susurró ella.

Abrió los ojos y sonrió. Se limpió con la camisa que había desechado en el suelo.

—¿Estás bien ahí dentro?

—Podrías decir eso.

Miró la puerta entre ellos. —Reese, si dejaste esa puerta abierta, me gustaría estar allí en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y entonces qué?

—Creo que ambos sabemos la respuesta a esa pregunta.

—Ben…

El agua se derramó y mientras el drenaje abierto zumbaba en el fondo, él podía imaginarla saliendo de la bañera, su piel rosada y resbaladiza por el agua.

Estaba mirando la puerta, esperando a que se abriera, para que se ofreciera a él. El teléfono sonó alertándole que la llamada había terminado. Al abrir los ojos. Ella estaba de pie delante de él con su bata, una cosa esponjosa de color azul marino que nunca había usado y siempre odió. A ella, sin embargo, le gustaba. Mucho.

—¿Es esta la parte cuando las cosas se ponen incómodas entre nosotros? —Ella agarró su teléfono a su lado, con los nudillos blancos.

—Sólo si los dejamos. —Se puso de pie y se acercó a ella, teniendo en cuenta la forma en que su mirada cayó sobre su pecho, luego más abajo, a la protuberancia ya regresando en sus vaqueros. Demonios, en lo que a ella se refería, era como un adolescente que no podía conseguir suficiente.

—Pensé que tú… —Se lamió los labios y asintió hacia su erección.

Se aclaró la garganta. —Yo sí. ¿Tú?

Sus mejillas se sonrojaron. —¿Qué piensas?

—Creo que ya no puedes decir que nunca has tenido un orgasmo con un hombre.

Ella sonrió y golpeó su palma contra su pecho. —No creo que cuente.

Antes de que pudiera apartarse, la agarró de la mano y tiró de ella hacia él. —¿Te corriste?

Su rubor se hizo más profundo. —No recuerdo ninguna parte de tu cuerpo haciendo el trabajo.

—¿No?

—No —jadeó ella, sus ojos yendo a su boca.

—Mis manos no estaban allí. Te daré eso. Pero mi boca y mi lengua, sin duda jugaron un papel en conseguir que te corrieras.

Sus labios se abrieron y sus ojos se oscurecieron. —No deberías ser tan engreído —susurró—. Si hubieras estado allí, me hubiera congelado. Eso es lo que hago.

Él gruñó y se pasó los dedos por el costado de su cuello. —No estás congelada ahora.

—Esto es diferente. No hay presión. No tendremos relaciones sexuales.

Él arrastró sus dedos a través de su clavícula y los sumergió en la parte superior de la bata entre sus pechos.

Su respiración era irregular. —No tendremos relaciones sexuales, Ben.

—¿Estás tratando de convencerme a mí o a ti?

Dio un paso atrás y puso la bata en un puño junto a su cuello. —Ambos.

Él asintió. Iba a tener que tomar esto lento. Ambos lo querían. Sólo tenía que conseguir que Reese aceptara lo inevitable. —Entonces es mejor que te vistas antes de que trate hacerte cambiar de opinión.

—¡Ahí estás! —Alguien gritó a través de la multitud.

El vestíbulo de la sala de conciertos estaba lleno de orgullosos padres,

tías y tíos, todos esperando que el concierto comenzara, y Reese frunció el ceño mientras trataba de identificar la fuente de la voz.

Vio a Trish y empujó a través de la multitud para unirse a ella.

—¡Espera!

Reese bajó la vista a los dedos cerrados alrededor de su brazo y luego hasta la cara a la que pertenecían. —¿Lance? ¿Qué estás haciendo aquí?

Los ojos de Lance se abrieron mientras ella se giraba hacia él. —Dios, mírate. Estás impresionante.

Sintió un poco de satisfacción por ello, pero no la suficiente como para disminuir su molestia. —¿Qué haces *aquí*? —De acuerdo con su reloj, tenía cinco minutos para hacer su camino al auditorio antes de que el concierto de Sydney empezase.

Lance metió sus manos en sus bolsillos y le dio una sonrisa tímida. —Habíamos planeado venir juntos el día que supimos que ella estaría en la banda.

Reese abrió la boca. —Planeamos muchas cosas. Matrimonio, bebés, envejecer juntos. ¿Debería haber dejado claro que esas estaban también fuera de la mesa cuando me dejaste?

Él dejó caer sus hombros. —No seas así, Reese. Pensé que sería bueno apoyar a Sydney juntos. Ella es importante para mí también.

Reese se estremeció. *Por supuesto*. Ella rodó sus hombros. ¿Qué era lo que había dicho Halie? *No siempre se trata de ti*. —Está bien, entremos.

Ajustando su vestido, Reese abrió la marcha hacia el auditorio. Sydney ya estaba en el escenario con el resto de la banda. Sentada en el piano de cola negro brillante, estiró los dedos delgados sobre las teclas mientras las probaba.

El corazón de Reese se apretó ante la vista. Dios, amaba a esta niña.

Alguien le tocó el hombro. —¿Les importa si me uno a ustedes?

Su corazón tropezó con el sonido de la voz de Ben, pero cuando se volvió a ver su cara, tropezó del todo, acabando allí en medio del pasillo y robando las palabras de sus labios. Sus dulces ojos verdes se arrugaron en los bordes, y sus dedos se morían por pasar por su omnipresente barbita.

Ben vio a Lance y su sonrisa desapareció. —Oh.

Ella tragó y sacudió la cabeza. Apretó el brazo de Ben antes de que pudiera escapar. —Me encantaría tu compañía —dijo para que Lance lo pudiera oír. Después, más suave dijo—. *Por favor*.

Antes de que su extraño trío pudiera dar tres pasos más hacia su destino, Mark la estaba llamando por detrás. —¡Espera!

La risa burbujeaba dentro de Reese mientras se acomodaban en sus asientos. Los hermanos Hawk intimidaron en su camino a los asientos a cada lado de ella y Lance se deslizó en el asiento directamente detrás de ella.

Lance se inclinó hacia delante y le apartó el pelo de la oreja. —Oye.

Ante su contacto, un escalofrío la atravesó. Tan lejos como fue el estremecimiento, este era menos que un contacto *por un anhelo sexual* y más un contacto *por un depredador sexual*.

—No puedo superar cuán magnífica te ves.

—Gracias —dijo ella inexpresivamente.

Ben se volvió hacia ella, descaradamente ignorando a Lance. —Entonces, ¿después quieres tomar una cerveza en casa de Luke? ¿Tal vez podamos hacer que Trish te acompañe?

—Suena bien. —Ella necesitaba la cerveza *ahora*.

Lance empezó a masajear sus hombros y Reese hizo un gesto brusco. —No me toques.

Lance retrocedió. —¿Pensé que me extrañabas?

Boquiabierta dijo—: ¿Creías que yo?

—Lance, hombre —dijo Mark—. Baja tu nivel de rareza un poco.

Volviéndose hacia el frente, Reese intentó relajarse. Ella estaba mordiendo una risa maníaca cuando Lance dijo—: Nada ha cambiado, ¿verdad?

Se volvió torpemente en su asiento. —¿Disculpa?

—Todavía estás siguiéndolo como un cachorro enfermo — dijo Lance en voz baja.

Lance había tratado de compartir las palabras sólo para sus oídos, pero Ben se puso rígido a su lado.

—No es asunto tuyo, Lance —dijo.

Antes de que pudiera decir más, Ben cogió su rostro entre sus manos y la besó. Labios calientes contra los suyos, el beso era suave y breve y relativamente casto, pero dejó su corazón latiendo y el cuerpo queriendo más. Cuando él retrocedió, sus ojos estaban candentes sobre los de ella.

La multitud aplaudió cuando el director de la banda subió al escenario. Hizo una señal para que hicieran silencio y comenzaron, el auditorio se llenó con el ritmo de la música de la banda de jazz.

Reese escuchaba, consciente de cada movimiento que Ben hacía a su lado, cada aliento que él tomaba. Quería volver a estar en su dormitorio, su cuerpo tan cerca del suyo, sus ojos en su boca mientras sus dedos se deslizaban sobre su clavícula. Se había vestido y se había ido a casa, pero ella

quería una segunda oportunidad. Quería volver y tomar lo que el momento les había ofrecido a ambos.

Ella quería. Y ella no quería.

Ben se inclinó y susurró—: Ella es increíble — su aliento era caliente contra su oído.

Sydney tocó con la pasión y la intensidad de alguien que ha encontrado su vocación, sus dedos volando sobre las teclas. Sydney. Una estudiante de octavo grado que sabía exactamente quién era y qué quería. Reese envidiaba eso.

—Lo sé —dijo suavemente.

Ben alargó la mano hacia ella, y cuando sus dedos cruzaron los suyos, no supo si era para su beneficio o para el de Lance. Lo único que sabía era lo bien que se sentía al tenerlo a su lado, lo bien que se sentía al tener sus dedos callosos entrelazados entre los suyos.

—¡Tu sucia, sucia zorra! —Trish chilló.

—Estás celosa de que no haber visto la cara de Lance —protestó Reese entre risas.

—Maldita sea —dijo Trish.

Ben sonrió mientras las hermanas peleaban. Todo el mundo había decidido ir al bar después del recital de Sydney, y desde que Sydney había rogado cenar con un amigo, Trish había ido también.

—¿Pero Lancelot recibió el mensaje? —Preguntó Trish.

—Sólo puedo asumirlo —dijo Reese—. Se escapó antes del final.

—Por desgracia, se había ido antes de que pudiera hacer mi parte para ayudar —dijo Mark.

Ben gruñó. —Sobre mi cadáver.

—Bueno, en *ese* sentido, necesito otro trago —dijo Trish, agarrando su bolso—. ¿Puedo obtener algo para ustedes?

Reese sacudió la cabeza. —He terminado. De todos modos, tengo que irme.

—Iré contigo —dijo Mark a Trisha, alejándose de la mesa.

Cuando Ben y Reese quedaron solos, el silencio se extendió entre ellos. No era incómodo. No era tenso, más como un largo momento agridulce entre los amantes esperando el momento adecuado. Eso era todo lo que necesitaba con Reese. El momento adecuado.

Ella le dejó tomar su mano. No estaba seguro de lo que significaba para ella, pero de alguna manera se había sentido más íntimo para él que su tiempo en su sofá la noche que se conocieron. Más íntimo que las palabras que habían intercambiado por teléfono anoche.

Con una sonrisa forzada, Reese retiró un sobre de su bolso y se lo dio a Ben.

—Aparentemente, Sex Goddess equivale a sucio.

—¿Este es tu próximo paso? —Él ahogó una sonrisa—. Por favor, dime que te está haciendo quemar tus sostenes. —Señaló a la puerta con el pulgar—. Creo que tengo algo de gasolina en casa.

—¿Qué? Por supuesto que no. —Ella frunció el ceño—. Espero que no.

Los ojos de Ben bajaron por un segundo. —Sabes, los sostenes son un signo de represión. Libera los pechos y libera a la mujer.

Ella puso los ojos en blanco. —Deja de ser un idiota, y lee la carta.

Ben frunció el ceño. —Estás tomando este programa más en serio de lo que creí que lo harías.

Reese resopló. —No, me he hecho muy buena fingiendo.

—El nuevo equipo no parece falso. O el maquillaje.

Las bolas golpearon en la mesa de billar detrás de ellos y el juego de los Osos jugando en la gran pantalla. —Así que, me gusta parecer sexy. A las mujeres les gusta ser buscadas, Ben. La norma viene con el estrógeno.

—¿Y los hombres no te querían antes de que empezaras a tomar los Santos Pasos de Halie?

—La mayoría de los cuales estoy *fingiendo* —le recordó—. Ella agitó una mano desdeñosamente—. Solo léelo.

—El sexo por teléfono no parecía falso —dijo suavemente. Tampoco tenía la mano en la suya o la forma en que la había apretado cuando Sydney tocó su solo.

Un tinte rojo se deslizó por sus mejillas. Satisfecho, Ben se volvió hacia la carta.

Di adiós a tus bragas. Durante la próxima semana, estarás saliendo de comando, forzando tu mente a reconocer las partes de tu cuerpo dejadas demasiado a menudo como una ocurrencia de ultimo momento.

Él gruñó. —No es de extrañar que mis chicos quieran que sus esposas se inscriban.

—Hablando como un verdadero macho. La ropa interior que está por delante no es sexy, es insalubre.

Sacudió la cabeza. —Es sexy.

—¿Qué pasa si estoy haciendo el trabajo de jardín?

—Sexy.

Cruzó sus brazos y sus mejillas enrojecieron. —¿O si estoy trabajando?

—Todavía sexy.

Reese se inclinó hacia adelante. —¿O si quiero usar falda?

Ben entrecerró sus ojos. —Ahora solo me estás atormentando.

Ella negó con la cabeza. —No necesito ir de comando para reconocer mis partes femeninas.

Inclinándose en su silla, Ben cruzó los brazos sobre su pecho y la estudió. ¿Por qué estaba tomando este programa tan en serio? ¿El beso? ¿El sexo telefónico? No se quejaba, pero ¿no podía inventar una historia para Halie? Eran las preguntas que empezaban a molestarle. A pesar de lo que dijo Reese, esto era más que un trabajo. Le devolvió la carta y sólo se dejó hacer una pregunta. —Entonces, ¿cuándo te desprendes de las bragas?

15

Traducido por Lvic15, Myr62 & cjuli2516zc
Corregido por Jessibel

Alguien estaba levantando su falda.

Golpeando las manos indeseadas, Reese se dio la vuelta, su café salpicó todo el suelo. —Qué demo…. —Se congeló cuando vio a Halie, sus brazos cruzados, mirándola.

Las uñas pintadas de Halie estaban tamborileando sobre su bíceps tonificado. —Atrapada.

Reese cerró los ojos, obligándose a desaparecer.

—Estos pasos no son opcionales. O quieres completar el programa o no.

No quiero. A pesar de que Reese pensó las palabras, sabía que no eran ciertas. Porque por mucho que había temido al programa de Halie y sus pasos, algo estaba cambiando en ella. Y le gustaba. Le gustó la forma en que la gente la miraba, como si en realidad la estuvieran *viendo*, como si antes de este programa, las personas sólo la hubieran descartado. Le gustaba la forma en que *Ben* la miraba.

Tragó saliva. —Sólo he estado usando la ropa interior en público. Cuando estoy en casa sola…

—¿Sólo quieres ser una diosa del sexo cuando estás sola en casa?

—Esa es una pregunta retórica, ¿verdad?

Halie entrecerró sus ojos y Reese se dio cuenta por primera vez que su jefa se veía como el demonio. Halie estaba impecablemente vestida, como siempre, pero ni siquiera su caro corrector podía ocultar los círculos oscuros bajo sus ojos. Su delineador de labios cuidadosamente aplicado solamente acentuaba su ceño fruncido.

—¿No creo que este sea un buen momento para contarte sobre mi progreso en el paso seis?

—¿Qué?

—Paso seis. —Reese se dio cuenta de que estaba retorciendo sus manos y las dejó caer a sus costados—. Una cita con un hombre con el que nunca me casaría. Tengo planes con Mark para este fin de semana.

Halie levantó una ceja. —¿Mark?

Reese dio un paso hacia atrás ante la dureza en el tono de la mujer. —Mark Hawk.

Halie se acercó a la barra y se sirvió una taza de café. —Su hermano es tu mejor amigo, ¿verdad?

Creo. —Sí.

—¿Quieres ser más?

—¿Con Mark?

—Con Ben.

—No. Es decir, creo que no. —Tomó un largo sorbo de su café, pero se volvió polvo en su boca. No había dejado de pensar en la conversación telefónica de la noche del sábado o en el calor en los ojos de Ben cuando ella salió de su cuarto de baño. No había dejado de imaginar cómo debía haberse visto él, su eje duro en su mano mientras se acariciaba y pronunciaba las palabras que la hicieron venir.

Y aunque era tan inocente contra el resto, no había dejado de pensar en el casto beso que le había dado en medio de la sala, o la forma en que había sostenido su mano.

—No sé lo que quiero. —Reese se mordió el labio.

No había habido una razón para que ella compartiera el paso sobre ir sin ropa interior. No era algo en lo que ella necesitase su ayuda. No era algo que él necesitase saber. Pero ella lo había compartido de todos modos.

Había querido oír qué diría él, claro. Sabía que le haría reír. Pero, más, lo había hecho porque ella quería que él pensara en ello. La próxima vez que la viera, quería que se preguntara qué llevaba bajo su falda. Ella quería que pasara sus ojos sobre ella y se excitara. Quería ser lo primero que le viniese a la mente la próxima vez que envolviese su mano alrededor de sí mismo, lo último en lo que pensara cuando encontrara su liberación.

Quería que Ben la deseara. Quería que él empujase los límites entre ellos, y quería dejar que lo hiciera.

Los labios de Halie se curvaron en una sonrisa, y por primera vez, algo de luz apareció en sus ojos. —Bueno, ahí está tu siguiente paso.

Reese miró a su alrededor. ¿Qué había pasado por alto?

—Ve a comer con tu amigo hoy.

Reese frunció el ceño. —¿Mi siguiente paso es tener un almuerzo con mi mejor amigo?

La cara de Halie se suavizó. —Tu cara se ilumina cuando hablas de él. Sé que mi programa tiene una reputación de hacer que las mujeres hagan cosas locas, pero es realmente acerca de darle permiso a las mujeres para ser lo que quieren ser. El siguiente paso es tener un almuerzo con tu amigo porque te trae felicidad. No tiene por qué ser complicado.

El estómago de Reese dio una vuelta. Porque era complicado. Su mente, su corazón y su libido estaban en conflicto entre sí. Ella quería a Ben y a la vez no. Quería más de él y no. Sabía qué estaba en juego si iban más lejos por este camino, pero también sabía cómo él la hacía sentir. Sabía que él la deseaba, pero también sabía que había pasado años esperándole. Él nunca la había querido de la misma manera. No hasta su cambio de imagen.

—Para de pensar tanto. Es simplemente un almuerzo.

—Sólo un almuerzo.

—Sí. —Sonrió Halie—. Un almuerzo sin ropa interior.

—Esta casa es preciosa —dijo Reese mientras seguía a Ben dentro de su última renovación—. Me encantan las vigas y los techos abovedados. ¿Hiciste eso?

—Claro que sí. —Su pecho se hinchó de orgullo mientras la llevaba a través de la casa.

Cuando ella envió un mensaje y le preguntó si podía reunirse con ella para almorzar, sugirió que vinieran aquí. Había querido que Reese viera esto. Había visto algunos de sus trabajos antes, pero nunca un proyecto tan extenso como éste. Su opinión siempre había importado, pero nunca tanto—. No ha sido siempre así. La casa fue construida en los años setenta por lo que estaba llena de muchas habitaciones pequeñas, paredes en todas partes, la cocina aislada del resto de la casa.

—Nunca lo sabrías —dijo, girándose en un círculo lento mientras entraban en la cocina. Ella movió su mirada para encontrarse con la suya y

sonrió—. Gracias por invitarme. —Ella dejó caer su bolso sobre el mostrador—. Necesitaba salir de esa oficina.

—¿Problemas en el Paraíso de la Diosa del Sexo?

Ella sacudió su cabeza.

—Halie está de humor y tengo la sensación de que es del tipo que le gusta sacarlo a alguien. —Sus dientes se hundieron en su regordete labio inferior. Quería tomar ese labio entre los dientes y chupar.

Él soltó una lenta respiración. —¿Tienes hambre?

—No exactamente. —Ella dio una sonrisa insegura—. Pensé que podríamos hablar.

Su estómago ardía. Habían hablado mucho desde la noche en que había usado su bañera, pero no habían tenido la conversación. —Sabes, a los chicos no les gusta cuando las chicas guapas dicen esas palabras.

—Hablar con dulzura no te va hacer salir de esta conversación, Ben.

Claro, pero no podía quedarse aquí solo, no cuando él quería apretarla contra la nevera y poner su boca sobre ella. No cuando sus manos picaban para tocarla, para sentir el calor resbaladizo entre sus piernas, para susurrar palabras sucias como las que tenía el sábado por la noche, pero esta vez él podía ver su rostro.

Su teléfono zumbó desde dentro de su bolso, y ella se estremeció. —Eso es probablemente por trabajo.

—Apágalo durante treinta minutos. —Sacó el bolso negro del mostrador—. Te mereces un descanso.

Ella sonrió. —Hazlo tu. Si veo a alguien a quien reconozco en el identificador de llamadas, no me podré resistir. —Él levantó la solapa de su bolso para recuperar su teléfono.

—¡Espera! ¡Detente!

Ben ignoró el zumbido del celular y sacó una tanga de encaje. La sostuvo en sus dos manos, examinándola. Una sonrisa se arrastraba en sus labios cuando su rostro cayó.

—Mierda —murmuró.

—Yo solamente maldije —él dijo, mirándola a través del encaje.

Sus hombros cayeron. —Lo siento.

—¿Por qué? Lo obsceno se ve bien en ti, Reese. —Él extendió las bragas hacia ella—. Y apuesto a que también lo hacen. ¿Quiero saber quién tuvo la suerte de quitártelas?

Se alzó sobre el mostrador y cruzó los tobillos. —Halie McCormack. Estrelló el puño contra el esternón y gimió. —Maldita sea. Estaría celoso si no estuviera tan excitado.

—No seas un cerdo. Lo que estás imaginando es mucho más sexy que la realidad.

Cruzó sus brazos.

—¿Por qué tienes que hacer eso? ¿Era mi pequeña fantasía que no hace daño a nadie?

Reese puso los ojos en blanco. —Ella me atrapó por usar ropa interior cuando se suponía que iba a ir de comando.

Toda la sangre salió del cerebro de Ben y viajó hacia el sur. Él dejó caer su mirada a sus piernas donde su falda se había agrupado alrededor de sus muslos. Se concentró en el lugar donde la carne se encontraba con el dobladillo. —Así que si deslizo mi mano hasta tu falda ahora mismo...—

La lengua de Reese se lanzó para mojar sus labios. —Si tu ahora deslizas tu mano encima de mi falda, encontrarías algo. Pero no serían bragas. —Extendió los muslos una pulgada. Dos.

¿Un ajuste? ¿Una invitación?

Ben dio un paso hacia ella y colocó las puntas de sus dedos justo por encima de sus rodillas. –Tu llevas una falda.

—Sí. —Su garganta se movió mientras tragaba. Su mirada se desplazó hacia su boca.

—Pensé que no te gustaba usar faldas sin ropa interior. —Le colocó los pulgares en sus muslos, justo por encima de sus rodillas, y rozó ligeramente.

Ella se movió, deslizando sus caderas hacia adelante en el mostrador, separando sus piernas infinitesimalmente. —Me siento expuesta —susurró.

Las manos de Ben se deslizaron una pulgada, los pulgares todavía en el interior de los muslos, las yemas de los dedos se arrastraban hacia el borde de su falda. –No lo estas —dijo, concentrándose en la V de sus piernas, oculta por su falda—. Aún no. Mostrarían esto en el horario de máxima audiencia de la TV.

Ella se movió de nuevo, inclinándose hacia atrás un poco mientras deslizaba sus caderas hacia adelante. El dobladillo de la falda se levantó otro centímetro, acercándolo casi a la parte superior de sus muslos. Cuando abrió las piernas, dejó de respirar.

—¿Y ahora? —Preguntó.

—Cerca —se las arregló, su voz sonó mas gruesa en sus propios oídos—. Casi estás por conectar. —Dejó que sus manos se deslizaran otra pulgada más y su respiración se enganchó. —Creo que deberías intentar Cinemax tarde en la noche.

Reese colocó las manos entre las piernas al borde del mostrador. Lentamente, ella se desplazó de izquierda a derecha hasta que la falda se amontonó alrededor de sus caderas. Sólo entonces separó los muslos. —¿Esto podría hacer el truco?

No pudo evitar la forma en que sus dedos se curvaron en su carne, la forma en que sus pulgares viajaron más arriba por el camino de la carne suave. Estaba expuesta lo suficiente. Y no sólo era hermosa, sino que estaba excitada. Mirando a Reese, ese pedazo íntimo de su cuerpo, esto no era algo que él olvidaría. —Esto debería hacerte conseguir tu primera escena.

Ella apretó ante su contacto, una invitación. —¿Y qué sucede después?

El pene de Ben dolía y presionaba contra su cremallera. —¿Ahora o en Cinemax? Él apartó la mirada de la hinchada carne entre sus piernas y la miró a los ojos.

—Cinemax —dijo, con las mejillas enrojecidas. —¿Qué pasa después?

—Serías un jodido tonto. —Sus ojos aterrizaron en su hinchado labio inferior mientras ella lo atravesaba entre sus dientes. —Duro, rápido, minucioso.

—¿Y qué pasa ahora? —Ella puso su mano encima de la suya y la presionó contra su muslo—. ¿La misma cosa?

Ben habría sonreído, pero no pudo. —Ni pensarlo. —Ella se apartó y él la sostuvo rápidamente.

—No me atrevería a apurar esto, Reese. —Sus ojos se fijaron en los de ella mientras él encontraba su sexo húmedo y expuesto con la almohadilla de su pulgar. —He estado pensando en ello demasiado tiempo para apurarlo. —Le acarició el clítoris, observó cómo sus ojos brillaban y se oscurecían. Ella volvió a moverse, acercándose a su mano.

Deslizó un dedo dentro de ella y vio cómo el placer transformaba sus rasgos. Sus párpados se cerraron. Su cabeza se inclinó ligeramente hacia atrás. Su pecho se elevaba y caía mientras su respiración se hacía poco profunda. Él bombeó sus dedos dentro de ella, y su pene pulsó cuando él

imaginó cómo este calor apretado, húmedo se sentiría envuelto alrededor de su pene.

Él retiró su dedo y ella jadeó, curvando sus caderas para más. Él deslizó dos dentro de ella y caminó entre sus piernas. Con la otra mano, él la agarró por el trasero y la acercó mientras movía los dedos.

—Mírame.

Ella abrió sus ojos y el calor allí casi lo deshizo. ¿Cómo podía esta mujer creer que era fría?

—Eres tan hermosa cuando estás encendida.

Ella movió sus caderas en su mano, pasó un pulgar por su labio inferior. Él lo tomó en la boca, mordiendo ligeramente. Quería besarla, saborearla, pero no se atrevía a perder un instante de placer en sus rasgos. —Me encanta verte —le dijo al oído—. Voy a amar cada minuto de hacerte venir.

Ella se tensó en sus brazos. —No puedo.

—Tú puedes.

Ella negó con la cabeza contra él. —Es demasiada presión.

—Relájate —susurró. —Arrastró sus labios sobre su cuello, saboreándola, chupando esa tierna piel—. No estamos preocupados por eso hoy.

Se enderezó. —Lo siento. Es tan patético. Yo solo...

Él la cortó con la boca. La besó hasta que sus hombros cayeron, la besó hasta que sus labios se abrieron debajo de él, la besó hasta que ella gimió en su boca. Sólo entonces, cuando su cuerpo se volvió flexible, volvió a mover su mano. Él rodeó su clítoris.

—Te gusta eso.

Ella lo miró a través de sus gruesas pestañas. —Sí, pero no puedo...

—No te atrevas a venirte.

Ella curvo sus dedos en sus hombros y sus dedos apretaron el calor húmedo.

—¿Qué?

—Te quiero resbaladiza y mojada. Te quiero justo al borde. Quiero que pases el resto del día pensando en mí. —Sus labios rozaron su oreja mientras hablaba.

Afuera, oyó el ruido de un motor diésel que entraba en la unidad.

Estaban a punto de tener compañía.

Halie golpeteó su lápiz en su escritorio y miró sus notas, pero se desdibujaron ante sus ojos. No podía ver nada más que aquella mujer—esa pequeña cosa en una imitación de Jimmy's y un mal trabajo de tinte.

Pero a Alex no le había importado nada el mal gusto de la chica en ropa y estilistas. Lo único que le importaba era la boca de la mujer en su pene.

Había querido que Halie se acercara a ellos. Él quería que ella viera.

Había abierto la puerta y se había encontrado con sus ojos y se habían quemado, su mano se había apretado en el cabello de la chica. No porque pensara que Halie se uniría a ellos. Él lo sabía mejor. Estaba sentando el precedente, diciéndole que era así como iba a ser si se casaran.

Se frotó el puente de la nariz y quitó su teléfono de su receptor. —Quinn, ¿podrías traerme el expediente de Reese Regan?

—¿Su archivo de recursos humanos o su expediente de cliente?

—Cliente.

Algo acerca de la relación de Reese con Ben estaba mal sentado con ella.

—Aquí tienes —dijo Quinn, entregándole una carpeta de manila.

—¿Recuerdas cuál es su trasfondo romántico?

—Ella acaba de salir de una relación a largo plazo con un hombre llamado Lance. ¿Hace seis meses? Vivieron juntos y terminó mal.

Halie se echó hacia atrás y cruzó sus brazos. —¿Ella lo terminó o él?

—Él. —Quinn bajó la vista hacia sus notas—. Una noche ella regresó del trabajo y él estaba empacando sus cosas. Él le dijo que no podría vivir con una reina de hielo sexual otro día. —Ella gruñó.

—¡Qué asno!

—¿Va a encontrarse en la misma situación con este mejor amigo suyo? ¿Va a hacerle daño?

Quinn se movió y miró sus zapatos. —Ben es diferente, creo.

Ella levantó la mano. —Vamos a averiguar un poco más, ¿de acuerdo? —Halie pulsó el botón del altavoz en su teléfono y marcó a Trish.

—¡Halie! —Canturreó Trish a modo de saludo—. Sydney se está quedando con un amigo este fin de semana. Por favor, dime que estás llamando porque quieres salir.

Halie sonrió. Un poco de tiempo de chicas le haría bien. —Claro, pero no es por eso que estoy llamando.

—¿Qué pasa?

—Tu hermana… ¿por qué no se han enganchado ella y Ben?

Trish se quedó en silencio durante un largo momento, luego: —Lo han hecho. Hace mucho tiempo.

—Una pieza de rompecabezas revelada —dijo Halie, mirando a Quinn—. ¿Y por qué no desde entonces?

—Hace seis años, cuando se conocieron por primera vez. Ella siguió adelante. Y, de todos modos, ahora ella se siente atraída por Mark.

Halie frunció el ceño, recordando el enojo de Reese y la personalidad sexista escocesa de la radio. ¿Acaso no había aceptado invitar a Reese? Bien, Reese había dicho que era su paso seis. Si eso era cierto, no podía estar tan interesada en él. —Dijiste que ella siguió adelante. ¿Qué hay de Ben?

—Sólo quiso ser amigos. Aunque me parece que se siente diferente estos días. —Trish suspiró audiblemente—. Sé que suena loco.

—No, suena como algo que no me estás diciendo.

—Oye, ellos no hablan de eso. No quiero...

—Mis labios están sellados.

Trish estuvo callada durante un largo momento. —Ben y Reese se engancharon cuando se conocieron por primera vez. Sólo una noche caliente. Él se apareció en su apartamento y fueron el uno al otro.

—¿Tuvieron sexo?

—No, pero tontearon. A Reese le gustaba él. Mucho.

—¿Y entonces?

—Ben descubrió que su ex murió mientras él estaba allí tonteando con Reese. Ni siquiera tenía una semana fuera de una relación de tres años, y se engancha con esta nueva chica, Reese, y su teléfono suena como loco. Llamadas y mensajes procedentes del número de la ex. Pensó que estaba tratando de contactarse con él y hacer más excusas por engañar. Hizo caso

omiso de las llamadas y descubrió más tarde que fue la mamá de Lisa tratando de contactarse con él. Lisa estaba en el hospital, muriendo por lesiones que había sufrido en un accidente de coche.

—Maldita sea —murmuró Halie.

—Estaba afligido, ¿sabes? Así que Reese le dio espacio y tiempo. Ella esperó. Se convirtieron en grandes amigos y ella lo dejó afligirse. Esperó a que él sanara y llevara su relación al lugar donde había comenzado. Todos pensamos que era sólo cuestión de tiempo.

—Pero nunca lo hizo. ¿Le contó cómo se sentía?

—Fue más de un año después de que Lisa murió, y le dije que tenía que dar el primer paso. Ella siguió mi consejo.

Halie miró a Quinn, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasó? —Preguntó Quinn.

Trish volvió a quedarse en silencio, como si reviviera el recuerdo. —Creo que solo estaba asustado, ¿sabes? Él y Reese eran muy cercanos entonces.

—¿Qué pasó? —Preguntó Halie esta vez.

—Le rompió el corazón.

16

Traducido por Lvic15 & Mir62
Corregido por Jessibel

Reese se aferró a Ben mientras él añadía una ligera fricción a su clítoris. —Quiero que pases el resto de tu día preguntándote si te podría haber hecho venir. Quiero tu mente en mis dedos y mi boca.

Jesús. Estaba tan cerca. Sobre el mostrador. Con *Ben*.

—Eres hermosa cuando estás excitada —susurró Ben, su aliento caliente contra su oído.

Ben se situó entre sus piernas, su mano haciéndole cosas deliciosamente traviesas, bombeando sus dedos dentro y fuera de ella.

Alguien llamó a la puerta delantera.

Reese registró el sonido y se enderezó.

—¿Jefe? La puerta está cerrada.

—¡Estaré allí en un segundo! —Gritó Ben. Él acunó su sexo suavemente y gimió contra el costado de su cuello.

—Nunca llegamos a hablar. —Ella sonaba sin aliento a sus propios oídos. Ben tenía razón, ella no pensaría en otra cosa en todo el día.

—¿Querías hablar de nosotros?

Ella asintió. —No sé lo que estamos haciendo. Acordamos hace mucho tiempo…

—¡Jefe!

—De camino —gritó Ben. Se volvió de nuevo a Reese, sus ojos calientes mientras la miraban—. Ven esta noche.

—¿Para hablar?

—Para desnudarte, Reese. Ese es mi plan. Te desnudaré esta noche, pero podemos hablar también… —Sus labios sonrieron— ...dado que parece gustarte eso.

Se quedó sin aliento y se obligó a relajarse. —No sé lo que estamos haciendo, pero Ben… —Ella cerró sus dedos en su camisa y acarició con su cara su cuello, respirando su aroma— …no quiero parar.

Retirando su mano de entre sus piernas, él gimió. —Yo tampoco.

La ayudó a bajar del mostrador, y su cuerpo se deslizó contra el suyo mientras él la dejaba en el suelo. Estaba duro. E impresionante.

Él le apretó la mano. —A menos que no estés en contra de una audiencia, voy a tener que hacerlo.

Le ardían las mejilla. —Eso no es lo que quiero decir.

Los pasos sonaron en el pasillo y Reese se congeló.

—¿Hay alguna razón por la que cerrases la puerta en mitad del día? —Un hombre gritó en un gruñido. Uno de los carpinteros de Ben dio la vuelta a la esquina. Vio a Reese y se detuvo en seco—. Oh. —Mirando entre Reese y Ben, con una sonrisa de complicidad en su cara—. Lo siento jefe.

Ben estaba estratégicamente posicionado detrás del mostrador, y Reese tuvo que tragarse su risa al darse cuenta de que estaba ocultando su erección.

—Frank, ella es Reese Regan, mi…

Reese esperaba oír su etiqueta para ella. ¿Su qué? ¿Su amiga? Ese título no parecía suficiente, teniendo en cuenta toda la incomodidad en el aire.

Nunca terminó la frase. Reese se imaginó que Frank había captado la idea general de todos modos. —Reese, él es Frank, uno de mis jefes de equipo.

Las mejillas de Reese se calentaron mientras Frank asentía. —Es realmente un placer conocerte, Reese. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Creo que esperaré afuera. —Hizo un guiño a Reese antes de que el eco de sus botas con punta de acero fuera hacia la parte frontal de la casa.

Cuando se fue, ella se llevó sus manos a sus mejillas. —Oh, Dios mío, lo siento mucho. Él va a pensar…

Ben tomó sus manos entre las suyas y las llevó a sus costados—. ¿Qué? ¿Que estábamos aquí liándonos como un par de adolescentes en celo?

Se mordió el labio. —Así es más o menos como me siento.

—Bien —gruñó—. No me gustaría ser el único.

—Esto es loco.

—¿Lo es? —Él pasó su pulgar por su labio inferior.

Ella quería chuparlo, quería sus dedos en su cuerpo otra vez.

—Cuando dijiste que no querías parar, ¿qué querías decir?

Su corazón latía con fuerza, y estaba allí, ese horrible temor de que podría rechazarla otra vez, ese horrible recuerdo de él diciéndole que no quería más.

Sin complejos persigue la vida que deseas.

—Ben, me gusta esto. Me gusta el coqueteo y… —Él la miró, y ella se tragó su propia conciencia—. Me gusta cuando me tocas.

Él trazó la línea de su mandíbula y el lado de su cuello. —Me gusta tocarte —dijo, con la voz ronca.

—No quiero parar. —Ella se lamió los labios. De alguna manera, era fácil pedir sexo, pero nada la aterrorizaba más. Bajó la vista al suelo—. No quiero fingir que sólo somos amigos.

—Bien. —Entonces tenía su boca sobre la de ella, y sus manos en su pelo mientras la besaba con fuerza. No fue un beso suave de seducción, fue un beso exigente que la marcaba, la reclamaba, la poseía.

Cuando se apartó, su respiración era corta y poco profunda y sus piernas eran masilla.

Suspirando, se echó hacia atrás y dejó que la pared la sostuviese.

Él se quedó cerca y puso una mano a cada lado de su cabeza, su boca estaba tan cerca que casi rozó la de ella mientras hablaba. —¿Me dejas verte esta noche?

Ella cerró los ojos ante el placer que la recorrió por sus palabras. —Le prometí a Masey que iríamos de compras, pero puedo venir después.

Sus ojos estaban en su boca. ¿Estaba pensando acerca de dónde la quería? ¿Lo que ella haría si lo conseguía solo y desnudo? Porque ella sí y cuanto antes…

—No esta noche entonces.

¿Qué? —¿Vas a hacerme esperar?

El lado de la boca se inclinó hacia arriba en una sonrisa. —Oh si. Voy a hacerte esperar, y voy a hacer que pienses en ello. ¿Estás familiarizada con la gratificación retrasada? —Se inclinó de modo que le habló en su oído—. Quiero que me necesites tanto que ruegues.

Ella hundió sus dientes en su labio inferior para evitar hacer precisamente eso. —¿Mañana?

Él gimió contra su cuello.

—Le prometí a mi madre que iría a cenar. —Dejó un rastro de besos a

lo largo del lado de su cuello, y su mano se deslizó bajo su falda, ahuecando su sexo desnudo e hinchado. Cuando deslizó sus dedos dentro de ella, el movimiento fue repentino, grueso y profundo.

Ella jadeó. —¿Después? —La palabra salió más como un gemido que una pregunta.

En la parte delantera de la casa, dos hombres hablaban en voz baja, y uno de ellos se rio. Oyó los portazos, el sonido sordo de alguien dando órdenes.

—No hay suficiente tiempo —dijo Ben—. Cuando te desnude, necesitaré horas.

Dentro de ella, él dobló sus dedos y encontró un punto que… —Oh, Dios. —Ella se aferró a él, sacudiendo sus caderas. Él se acercó más hasta que quedó atrapada entre él y la pared, su mano entre ellos, sus dedos trabajando dentro de ella.

Ella puso una pierna a su alrededor, levantando su falda a sus caderas y enviando sus dedos más profundo.

En el exterior, más puertas golpeaban mientras el equipo regresaba, más risitas bajas.

—¿Tienes alguna idea como te ves en este momento? —Las palabras salieron como un ruido sordo contra su oído—. ¿Tus ojos oscuros y salvajes, tu pierna envolviéndome? ¿Tiene alguna idea de lo sexy que eres cuando estás excitada?

—¿A dónde vas con eso? —Gritó una voz desde el frente.

—Tenemos que parar —dijo Reese débilmente, pero no podía obligarse a empujarlo—. Deberíamos…

—Nada, sólo al porche por ahora. —Otra voz profunda. Más cerca ahora.

—Te gusta —gruñó Ben contra su oído—. Te gusta saber que alguien podría entrar en cualquier momento. —Movió su mano y encontró su clítoris con el pulgar.

—Ben. —Ella quería y no quería. Pero sus dedos, y su voz, y ella no podía…

—Te gusta la idea de que alguien te vea así de… caliente, necesitada y lista para ser tomada.

—Dios —jadeó.

—En otra ocasión, bebé, después de que te haya tenido para mí, largo y lento, te traeré de nuevo aquí. —Su mano se movió más rápido, sus dedos más duro, tocando algo profundo y tierno y… —Te pondré sobre el mostrados mientras tenemos el lugar para nosotros. Abriré tus piernas y te lameré.

Otro golpe de una puerta de coche. —¿Jefe estás ahí?

—Entonces, cuando empiecen a volver de la comida, te llevaré contra este muro.

Ella no quería eso, ¿verdad? Pero sus dedos, la fantasía, su voz, y esto era tan bueno.

A fuera, se escuchaba más botas sobre la grava.

—Te preguntarás si nos encuentran, si alguien encontrara este lado secreto tuyo. Esta eres tú, Reese. Caliente, sexy y un poquito salvaje. Siempre has sido tú.

—Ben… —Sentía que se corría, se pegó a él mientras el placer subía y sus músculos se contraían alrededor de sus dedos.

—No luches contra ello. —Respiró las palabras, su voz sonaba tan

tensa como ella se sentía—. Déjate llevar. Déjate ser la mujer atractiva e increíble que eres, la mujer a la que no le importa si alguien la ve, la mujer que va a dejar que la tome contra esta pared.

La puerta de la entrada chirrió. —¿Jefe? ¿Estás preparado para nosotros?

Ella mordió su hombro y se dejó ir. Todo su cuerpo tembló y se estremeció mientras el orgasmo la atravesaba.

—¿Jefe?

—Hombre, date la jodida vuelta —gritó alguien desde la parte delantera.

Ben gimió contra su cuello. —No sé si matarles o darles las gracias —se quejó. Su mano estaba todavía entre sus piernas y cuando se retiró, ella gimió un poco. Quizás debería también.

—No puedo creer que acabé de hacer eso —susurró.

Su labio se torció en una sonrisa de medio lado. —¿Qué parte?

Sus mejillas ardían. —Todo ello.

—Eres natural. —Él colocó su pelo detrás de su oreja y la dejó en el suelo—. Ven conmigo mañana. A mamá le gustaría verte.

—¿Quieres estar en la misma habitación que tu madre la próxima vez que te vea?

—Gratificación retrasada. Me lo agradecerás.

Se humedeció los labios. —¿Puedo confiar en que te comportes bien?

Él bajó la mirada a su cuerpo, al borde de su falda, que había caído sobre sus rodillas. —Creo que eso depende de lo que lleves debajo de tu falda.

Masey se veía como si alguien hubiera atropellado a su perro, y estaba hojeando entre los bastidores de Nordstrom, como si la ropa fuera personalmente responsable de su pérdida.

En un primer momento, Reese se había preocupado. Desde que Reese la había conocido en su primer año de universidad, había conocido a una Masey positiva y optimista. Si ella estaba molesta, había una buena razón.

Pero después de una hora de compra con la señorita Pantalones Gruñones, Reese no tenía más información sobre la fuente de miseria de la mujer y estaba empezando a irritarse.

Masey resopló. —No hay nada que quiera aquí. Vamos a otro lugar. —Sin esperar una respuesta, se giró sobre sus talones y salió de la tienda.

Cruzándose de brazos, Reese siguió a su amiga.

¿*Esto* era lo que estaba haciendo en vez de ir donde Ben y dejar que la desnudará? *Esta* era la forma en que iba a pasar la noche, cuando Ben podría estar utilizando sus manos y su boca y… —Dímelo todo.

Masey elevó su cabeza bruscamente hacia arriba, sus ojos menos como los de mujer despreciada y más como los de un perrito perdido. —¿Qué?

Reese se suavizó. —¿Qué pasa?

Ella negó. —No es nada. —Señaló una pequeña tienda—. ¿Quieres entrar ahí?

Normalmente, Reese se alejaba de los lugares que atendían a las Halie McCormacks del mundo. Si las etiquetas de precio no le hacían sentirse lo suficientemente inferior, su desorientación de la moda terminó el trabajo. Pero gracias a Halie, su cuenta bancaria era un poco más saludable y su sentido de la moda un poco más fuerte. —Por supuesto. Veamos qué podemos encontrar.

En la parte delantera de la tienda, un maniquí llevaba un vestido de raso rojo que hizo que Reese se detuviera. Sus dedos picaban por tocarlo. ¿Qué pensaría Ben de este vestido? ¿Podría ella incluso llevarlo? La tela parecía que se aferraba a sus curvas y regalar todas las imperfecciones. Incluso con su nuevo sentido aventurero de estilo, ella no estaba lista para eso.

—Siento haber sido una perra —murmuró Masey.

Reese asintió, pensó en Halie diciendo: *—No digas que está bien cuando no lo está. Le estás diciendo a la gente, con cada palabra de tu boca, cómo pueden tratarte.*

—Gracias por las disculpas —dijo simplemente.

—Es sólo un problema con los hombres. Me di cuenta de que mi enamoramiento está aplastado y no soy yo. —Masey levantó una mano. —Y antes de que me lo preguntes, no, no quiero hablar de eso. No vale la pena el tiempo.

—B...ien.

Masey soltó una exhalación. —Quizás desearías nunca haberme dicho que venga a comprar contigo.

—Bueno, tal vez, pero sólo porque prefiero estar desnuda con Ben.

Cuando sus ojos se abrieron, algo de la miseria dejó el rostro de Masey. —¿Qué? —Agarró el brazo de Reese y la arrastró a un camerino, cerrando la puerta detrás de ellos—. ¡Dame detalles!

—¿Puedo ayudarte con algo? —Una pequeña voz chillona llamó al otro lado de la puerta. Reese había alcanzado abrir la puerta sólo para tener su mano golpeada lejos.

Masey cruzó los brazos. —Esperaré aquí todo el día si tengo que hacerlo.

—No tienes que esperar todo el día. ¿Estaría encantada de conseguirte otro tamaño, otro artículo? —Dijo la voz desconcertada del otro lado de la puerta.

—Mi amiga es un tamaño catorce —dijo Masey—. Encuéntrale algo que puede ser arrancado... por su nuevo *amante*. Ella hizo hincapié en la palabra y señaló con el dedo la dirección de Reese.

—Bueno —dijo la voz fuera de su camerino—. Sólo un segundo.

Masey le dio un golpecito con el pie, esperando.

Reese le devolvió una sonrisa. —Ha ocurrido algo —ella cubrió.

—¿Tal cómo?

—Sexo telefónico.

Masey abrió los ojos. —¿En serio? ¿Cómo estuvo?

No había palabras, al menos no las que ella estaba dispuesta a compartir. Excepto tal vez—, Sucio.

— ¿Cómo sucio?

—Clasificado X.

—¿Era uno de tus pasos?

Ella inclinó su mirada hacia Masey. —Podría haber supuesto que lo era.

—¿*Mentiste* para que Ben tuviera sexo telefónico contigo? —Ella gritó.

Reese la empujó. —¡Baja la voz! —Entonces, más suave dice—: había tomado un poco de vino, y yo estaba usando su bañera. Llamó a mi celular, le respondí. Ocurrió.

Una corriente de satén rojo profundo flotaba sobre la puerta del vestuario. —Intenta esto y veamos lo que piensas.

Masey silbó. —Eso está caliente.

Reese se puso de pie y tocó el satén rojo que estaba sobre la puerta. —Entonces, hoy, fui a su lugar de trabajo para el almuerzo, y... —Ella emitió una respiración temblorosa—. Y me hizo salir los sesos. —Creo que vamos a tratar de hacer que esto funcione.

Un chillido sonó al otro lado de la puerta. —Será perfecto para ti.

El material le besaba las yemas de los dedos y Reese imaginó que el vestido se sentiría tan sedoso como la ropa interior que había escogido con Ben.

— ¿Le has dicho que mentiste?

Reese se encontró con los ojos de Masey. —No mentí. Realmente no.

Masey puso las manos en las caderas. —Tienes que empezar bien, Reese. Dile la verdad.

—Necesito un minuto. —Reese empujó a Masey fuera del vestuario y cerró la puerta. Una vez que estuvo sola, se quitó la ropa y se quedó desnuda, mirando el vestido. ¿Estaría Ben en casa ahora? ¿Estaría pensando en ella?

Se puso el vestido sobre su cabeza, dejándolo deslizar como agua fría sobre su piel. No se molestó en mirarse al espejo, pero el aire bailó contra su espalda, así que se quitó el sujetador antes de salir del vestuario.

Reese reconoció el primer—: ¡Oh! —Como el chillido de la asistente del vestuario, y el suspiro de —Oh, Reese—, como la voz de Masey, pero ella no miró a ninguna de ellas. En lugar de eso, caminó directamente hacia los tres espejos que había ante ella y se miró a sí misma.

El vestido en sí era hermoso, un profundo satén rojo manzana que flotaba por su cuerpo y tocaba el suelo. Pero lo que le quitaba el aliento era la forma en que se veía. El cuello volcado se inclinaba para mostrar su

delicada clavícula. Pasó las yemas de sus dedos sobre su piel, dándose cuenta por primera vez de lo sexy que era ese lugar en su cuerpo. El satén se deslizó sobre ella hasta que llegó a las caderas, donde el material parecía cortado para que coincida con las líneas de su cuerpo hasta que brilló en el fondo. Ella pasó sus manos sobre sus caderas y su corazón latía un poco más rápido. Sus caderas eran su parte más aborrecida del cuerpo, y este vestido las mostraba como su mayor activo, acentuaba la curva de su cintura a la cadera, redondeando por completo su trasero. Se giró ligeramente en el espejo para examinar la parte de atrás del vestido, que estaba recortada hasta la base de su columna vertebral.

A Ben le encantaría esto. Incluso ahora, ella podía imaginar sus ojos corriendo sobre ella, sus dedos saltando a lo largo de su columna vertebral mientras trazaban el camino hasta su baja espalda.

—Sexy —dijo Masey.

Reese se volvió hacia la asistente de vestuario, una mujer bajita con una rubia melena con corte bob. —Es hermoso. No sé dónde lo usaría. —Incluso mientras las palabras salían de su boca, ella lo sabía. Necesitaba un traje para el baile de mascaras, y este vestido era lo que necesitaba.

—Bueno, si me viera así en ese vestido —dijo la asistente—, tengo la sensación de que lo usaría en la casa, en el cine, incluso en las tiendas de comestibles.

Reese buscó el precio debajo de su brazo. Su mandíbula cayó con los números. Incluso con su nuevo salario.

—No puedo cambiar eso. Lo siento mucho. —La sonrisa de la mujer se ensanchó—. Es el estilo de la temporada pasada, por lo que está en liquidación.

¿Cuánto podría permitirse el lujo de arrasar en un vestido que sólo podía usar una vez?

—Tiene un setenta por ciento de descuento —dijo la asistente. Reese sonrió. En el espejo, vio la tenue sonrisa de Masey. —¿Estás bien, Mase?

—Estoy feliz por ti. Te mereces una buena relación.

Reese se volvió hacia la encargada. —En un momento voy a estar al frente para pagar por esto.

Consiguiendo el punto, la mujer asintió con la cabeza y las dejó solas.

—No creo que lo llamaría una relación. Aún no por lo menos —dijo Reese en voz baja. —No sé qué es.

—¿Crees que solo somos qué? ¿Coge amigos?

El término hizo a Reese estremecerse. ¿Porque era cierto o porque era lo que ella temía? —Creo que tengo que tener cuidado —dijo finalmente.

Masey dio un paso adelante y alisó las arrugas invisibles de los lados del vestido de Reese. —¿Cuidado de qué?

—No quiero herirlo. —Eso fue todo. El hecho que ella había estado evitando. Quería a Ben, nunca había dejado de quererlo, pero lo que él no sabía de sus errores lo mataría. No es que pudiera explicárselo a Masey. No le había contado a nadie acerca de aquella noche con Mark.

—Si no quieres hacerle daño, tienes que ser honesta con él.

Reese se miró al espejo, medio enamorada del vestido. —Le diré que el sexo por teléfono no es un paso, pero realmente no creo que le vaya a importar.

—Eso no es de lo que estoy hablando.

Reese se volvió para ver a Masey frunciendo el ceño.

—Tienes que decirle que tuviste sexo con Mark.

17

Traducido por Lvic15 & Myr62
Corregido por Jessibel

Cuando Reese subió a la camioneta de Ben en la noche del jueves, sus ojos de inmediato cayeron a sus piernas cubiertas por los tejanos.

—¿Tejanos? —Dijo como si fuera una mala palabra.

Ella se puso el cinturón de seguridad antes de mirarlo. El calor en sus ojos le dio ganas de pasar por el asiento y subirse horcajadas sobre él, así que probablemente era mejor que ella estuviera restringida. —Vamos a casa de tus padres. Si llevase una falda, no te comportarías.

Pasó sus ojos sobre ella otra vez y murmuró. —No quiero comportarme.

Ella se inclinó para poner su mano en su muslo. —Entonces déjame ir esta noche.

Él sonrió. —¿Has estado pensando en ello?

Dios, ella estaba. —Tal vez.

Puso la camioneta en marcha. —Sigue pensando, y mañana por la noche...

Lo único que le impedía gemir y rogarle que lo reconsiderase era su orgullo, y no estaba segura de cuánto tiempo podría mantenerlo.

Cuando Ben se unió al tráfico, Reese retiró la mano, pero él la agarró y entrelazó sus dedos con los de ella. Condujeron así, en silencio, el hambre, la lujuria y la tensión crepitaba entre ellos. Y había algo más también, algo

que no tenía nada que ver con el sexo, algo reconfortante y *correcto* sobre la sensación de su mano caliente contra la suya.

En el momento en que la camioneta estuvo aparcada en el camino pavimentado de sus padres, ella estaba deseando haberse puesto la falda. Le habría hecho detenerse en un área de descanso, se habría puesto sobre su regazo, habría puesto su falda alrededor de sus caderas, deslizado su mano entre sus cuerpos y le habría acariciado hasta que se rindiera y se deslizara en ella.

Pero no tenía una falda, y cualquier juego que estuviera jugando Ben parecía requerir tortura a toda costa. De esa manera, estaba casi jadeando por la excitación de lo que su mente había conjurado.

Él miró hacia adelante hasta que apagó el motor y se desabrochó. Sólo entonces se volvió hacia ella.

—¿Estás pensando lo que estoy pensando? —Preguntó.

—¿Asumo que no estamos hablando de la lasaña de Ma? —Estaba sonriendo, pero sus ojos tenían algo mucho más intenso, mucho más caliente que una sonrisa.

—Iré esta noche —dijo.

Se inclinó hacia ella y al momento siguiente tenía la boca sobre la de ella, con sus manos en su pelo mientras su lengua abría sus labios.

Ella se abrió debajo de él, lo besó, lo probó, se aferró a su camisa y lo necesitó. Su mano encontró su pecho, y ella gimió contra su boca, se acercó más. Cuando él se pegó a su cuello, era lo único que podía hacer para no meterse en su regazo. Lo deseaba. Quería esto. Ahora.

Su mano estaba entre sus piernas, apoyada en el tejano. —¿Llevas bragas? —Su voz era como grava en su oído.

—No.

Él gimió, presionando más fuerte, y la costura de sus pantalones vaqueros se frotó contra su clítoris hinchado.

—No aquí, Ben. —Incluso mientras lo decía, balanceaba sus caderas, queriendo esto, queriendo más. Se chupó los labios, su boca asaltada por sus dientes, calmada por su lengua.

En algún momento, él había metido su mano por su camisa. Sus dedos se burlaban de su pezón cuando alguien golpeó la ventana.

Reese saltó hacia atrás en su asiento. Mark estaba fuera de la ventana con una sonrisa torcida en su rostro.

Ben se tomó su tiempo para alejarse. Lentamente, tocó el botón para bajar la ventana.

Reese hizo todo lo posible para enderezar su ropa y alisarse el pelo, pero no pudo evitar el rubor de sus mejillas.

—¿Disfrutando del espectáculo? —Gritó Ben cuando la ventana estuvo a mitad.

Mark sonrió. —Pensé que os gustaría saber que Ma estaba mirando desde la cocina, viendo cómo estabas. —Con eso, se alejó del coche, esperando a varios metros y jugando con su teléfono.

—Mierda.

La ventana zumbó mientras Ben la devolvió a su posición cerrada.

Reese lo estudió, el horror coloreaba su rostro. —No querías que supiera sobre nosotros —dijo en voz baja. No estaba segura de por qué le dolía tanto. No era como si fueran algo. Sólo estaban explorando. Eso no era algo que le decías a tu madre.

Él se pasó una mano por el pelo y dejó escapar una respiración lenta. —No me importa si mi madre lo sabe, pero no quiero escuchar una charla sobre cómo ella no crió a su hijo para no respetar a las mujeres.

—¿Me estabas faltando el respeto? —Diablos, necesitaba un poco más de falta de respeto en su vida.

—Estoy bastante seguro de que mi coche no está en la lista de mi madre de lugares aprobados para mostrarle a una mujer, eh, *respeto.*

Reese se mordió el labio—. Ya veo.

—Déjame ir primero, ¿si? Se trata de una charla que preferiría que me diera en privado. —Alcanzó la puerta.

—¿Podrías…? —Ella tragó—. ¿Podrías de alguna manera indicarle que normalmente no soy así?

Él levantó una ceja. —¿Quieres que le mienta a mi madre?

Ella le dio un golpe en su pecho. Su cálido, *sólido* pecho. Realmente necesita tenerle desnudo. Tan pronto como fuera posible. —No es mi culpa que me estés volviendo loca por hacerme esperar.

—Tienes razón. —Él abrió la puerta—. Voy a explicarle que es mi culpa. No estoy teniendo sexo contigo, y como resultado no puedes sacar tus manos de mí.

—¡Ben! —Gritó.

Pero le guiñó un ojo y cerró su puerta. —Lo tengo.

Ella lo vio alejarse, sintiéndose irritada y divertida y avergonzada y aún, oh mi Dios, excitada.

Mark abrió la puerta. —Supongo que esto significa que nuestra cita se ha acabado —dijo, metiendo sus manos en los bolsillos y viéndose tímido.

—¿Qué? —Entonces lo recordé. Sábado. Cena, película, Mark, el paso seis—. Oh, mierda.

—Realmente no le creí cuando dijo que ya no estaba interesado en ti. Una ilusión supongo.

Su corazón se hundió un poco. —¿Ben dijo que? ¿Cuándo?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿En la fiesta de jubilación de papá? Insistió en que sólo erais amigos, y pensé que tal vez era el momento de hacer mi movimiento.

La fiesta de jubilación del señor Hawk había sido antes de su cambio de imagen. Por supuesto. No debería sorprenderse, ¿no? Sabía que las cosas habían cambiado desde entonces, y ella sabía que él no la había querido antes.

Entonces, ¿por qué le dolía jodidamente tanto?

Cogió su bolso y salió de la camioneta. Se encaminaron hacia la casa, tratando de darle tiempo a Ben.

—Me imaginé que —dijo Mark—, si accedías a salir conmigo, o Ben se daría cuenta de lo idiota que estaba siendo o yo tendría una posibilidad real. Francamente, espera la segunda.

Ella se mordió su labio entre sus dientes. —¿Alguna posibilidad de que todavía estuvieras dispuesto a ir a esa cita?

Él se detuvo. —¿Qué?

—Tenía la esperanza de que nuestra cita aún pudiese suceder. Si no te importa.

Sus ojos oscuros se estrecharon sobre ella. —¿A qué estás jugando, Reese?

Ella se encogió. —Es una especie de uno de mis pasos.

Él levantó una ceja. —¿Salir conmigo es uno de tus pasos?

—Salir con un hombre con el que nunca me casaría es uno de mis pasos.

Hizo una mueca.

—Lo siento, Mark, pero… —Ella era una perra de clase mundial. Soltó un suspiro—. Eres un tipo muy bueno, sabes que lo pienso. Pero la forma en que me siento por ti... nunca ha sido así.

Él asintió, inclinando su cabeza. —Sí, supongo que eso ya lo sabía. —La estudió por un momento—. Pero mi hermano, ¿él no calificaría para esta cita en la que tienes que ir?

De pie delante del camino de entrada de los Hawks, miró a la casa y vio a Ben. Él sonrió y le hizo un gesto para que entrara. —No lo sé —dijo, algo golpeándole en su pecho.

—Lo haré —dijo Mark con un suspiro de resignación—, pero sólo porque soy un maldito santo.

Ella sonrió. —Lo eres. Gracias.

Él se quedó pensativo por un momento y luego añadió.

—Pero tienes que decírselo a Ben. El hombre se merece una advertencia antes de que mi buen aspecto y encanto te vuelva a meter en tus cabales.

Ella resopló. —Estoy teniendo los suficientes problemas para conseguirle desnudo. Si no te importa, creo que te dejaré charlar con tu almohada sobre la cita falsa con tu hermano.

Mark hizo un gesto con su cara. —Está bien, dos cosas. Primero, me gustaría ser escatimado de detalles futuros acerca de tu vida sexual con Ben.

—¿Qué vida sexual? Me está torturando. ¿Qué es esta mierda de "gratificación demorada"?

Mark levantó una mano, viéndose dolorido. —Segundo —dijo con firmeza—, nuestra cita no es la única cosa con la que tienes que ser honesta con él.

Reese suspiró. —Sí, y supongo que debería llegar a esa conversación pronto ya que parece que no puedes mantener un secreto.

Sus ojos se agrandaron, luego los cerró. —¿Masey?

—Sí, Masey. ¿Alguien más a quien se lo dijiste y que necesitaría saberlo?

Negó. —No. Me estaba sintiendo enfermo de amor y ella escuchó.

Ella se cruzó de brazos. —¿Qué tiene que ver el hecho de que estés enfermo de amor con esto? —Él se limitó a mirarla, y le golpeó todo de repente. *Enfermo de amor*—. ¿Realmente *te gustaba*?

Él se balanceó sobre sus talones, apretando su mandíbula—. No es como si hubiera tratado de ocultarlo, Reese. —Él negó—. Podría tener una reputación como machista que va sólo detrás de un pedazo de culo, pero he estado cansado de este juego durante mucho tiempo. Te he querido desde hace mucho y no te hubiera pedido salir si no hubiera estado interesado.

Él la miró y algo arañó su pecho. Ella se burlaba de la inteligencia de las mujeres que no podían tomar a Mark Hawk en serio, que no podían ver que había más en él que su personalidad de la radio, y, sin embargo, ella misma era culpable. No se había creído que valía la pena que la quisieran, por lo que no había visto que Mark la deseaba.

Luego añadió, en voz baja. —No me habría acostado contigo esa noche si no hubiera esperado más. Reese, eres la mujer más increíble que conozco. Eres dulce y te preocupas por los demás y eres preciosa…

—Mark. —Tuvo que detenerlo. Cada palabra era concluyente, haciéndola sentir peor, haciéndola enfrentarse a sus propios errores. Pero, ¿qué podía decir? ¿Que ella había pensado tan poco de él como para creer que ella había significado más que cualquier otra mujer que desease ir con

él a casa esa noche? Que pensaba tan poco de él como para creer que una cita *llevaría* a algún lugar—. Lo siento.

Él negó. —No, no es como si no supiera que querías a Ben. Es sólo… —Dejó escapar un largo suspiro—. Halie McCormack vino a mí cuando iniciaste su programa.

Reese dio un paso atrás. —¿Lo hizo?

—Me pidió que saliera contigo, que te persiguiera. —Se rió, pero fue un sonido oscuro y sin humor. —Fue un poco como pedirle a un adicto que se tomase otra. Algo que ya quería, pero me había negado a mí mismo desde la mañana en que despertaste con pánico en mi cama.

—Oh, Mark, te juro que no tenía ni idea.

—Sí, lo sé. Sólo esperaba que ella supiera algo que yo no. Pensé que quizás volverías. Pensé que tal vez tuviera la oportunidad.

¿Cómo estaba eso incluso pasando? ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Tan ciega? Y dolía admitirlo, pero había sido superficial. Había estado tan ocupada pensando en Mark como el chico caliente, que no se había tomado la molestia de tener en cuenta sus sentimientos.

Mark golpeó una pieza suelta de mantillo de nuevo dentro del macizo de flores.

—Sólo prométeme tener el honor de patear su trasero si te hace daño.

La puerta principal se abrió, y ambos prestaron atención ante el sonido.
Ben se asomó.

—¿Ustedes dos van a entrar?

—Lo siento —dijo, mirando a Mark, las emociones restringidas tiraban de su rostro—. No lo sabía.

La mosquitera rebotó al cerrarse detrás de Ben mientras él salía al porche. Entrecerró los ojos hacia su hermano.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí —dijo Mark, dándole una breve inclinación de cabeza antes de dirigirse hacia la puerta—. Reese me estaba contándome sobre los detalles de esa subasta de solteros en la que me pidió que estuviera.

La expresión de Ben se relajó. —Oh, ¿todavía me necesitas para hacer eso?

Ella tragó. — Si es posible, sería de gran ayuda. Halie tendrá graduadas de DS 101 como las solteras, pero encontrar chicos no ha sido tan sencillo.

—Lo que necesites —dijo Ben suavemente mientras ella subía al porche. Él colocó su pelo tras sus orejas y le dio un beso en los labios—. Lo digo en serio.

—Gracias —dijo, pero la culpa y la duda se anudaban entre sí en su estómago mientras le siguió dentro.

Incluso después de que Lance la dejase y ella se dijese a sí misma que quería a Mark, su corazón había pertenecido a Ben. Mark había sido su manta de seguridad, su mentira, su excusa mientras se decía a sí misma que podía ser amiga de Ben sin volver a sus días de cachorro esperando a que Ben se fijase en ella.

Mark fue la distracción, la que nunca tuvo que preocuparse por que la perjudicase, pero ella le había hecho daño. ¿Y Ben? Ben no la había deseado hasta que la transformaron fantásticamente. No podía culparlo por ello. Lo entendía, al menos intelectualmente.

Pero si se permitía pensar en ello demasiado, tenía que reconocer que la cicatriz estaba allí, una grieta gruesa con dolorosos nudos justo en la base de cualquier relación romántica que tuvieran.

Ben no había tenido relaciones sexuales en más de seis meses. No le había interesado desde que Reese se había presentado en el Pit Stop, le había pedido tres tragos de tequila y anunció que Lance la había dejado. Planeó terminar con esa racha esa noche. Planeaba estar con Reese esta noche.

Ben echó un vistazo a su reloj cuando Halie recorrió su última remodelación. Había salido por la puerta cuando ella había aparecido pidiéndole que echara un vistazo.

Había querido decirle que *no*. Había querido meterla en su coche para que pudiera ir a casa y seducir el infierno fuera de su mejor amiga. Como el futuro de Hawk Construction dependía de su negocio, había resistido esa tentación. Apenas.

—Miré tu cotización —dijo Halie, pasando el dedo por las nuevas encimeras de granito.

— ¿Y…?

—Y pedí algunas referencias. Todo el mundo parece amar a Hawk Construction.

Ben hizo todo lo posible por mantener su lenguaje corporal neutral y no jadear como un cachorro esperanzado. —Me alegra oír eso.

—Por supuesto, la compañía nunca ha asumido un trabajo como el mío.

Se tensó. Diablos, esto no era una noticia para él. Sabía que la parte más difícil sería entrar en el mercado de gama alta. Nadie quería ser el primero, nadie quería ser el conejillo de Indias. —Desde que he tomado la compañía de mi padre, he estado trabajando en cambiar el enfoque a proyectos más grandes. Estamos en transición, es verdad.

—¿Cómo crees que Reese está manejando mi programa?

Ben se frotó el cuello. Esta mujer podía darle a un chico un latigazo con la forma en que cambiaba de temas. —Está muy bien.

—¿Qué piensas de su cambio de imagen?

El pelo de sus brazos se erizó. Algo le dijo que se alejara de la conversación. —Ella se ve increíble.

—Es más que sólo cómo se ve. Se trata de cómo se siente. —Ella negó con la cabeza—. Es un caso más duro de lo que esperaba.

—Quizá porque no fue a ti como una concha vacía. —Ben acomoda su mandíbula. Necesitaba ser amable con esta mujer, pero sus suposiciones de que Reese incluso *necesitaba* ese ridículo programa, le pego donde le dolía—. Reese es muy sexy.

Halie cruzó los brazos.

—Por supuesto que ella lo es. No me molestaría si no lo creyera. Pero ella aun no lo cree.

Ben no respondió. No era como si le fuera a decir que Reese estaba contra la pared, jadeando en su oído. No iba a compartir que Reese había parecido bastante malditamente segura en su propio atractivo, mientras él estaba susurrando palabras sucias y tomándola con sus dedos.

Halie sacó un juego de llaves de su bolso y los sacudió en su puño cerrado. —Me arriesgo si te pongo en esta renovación.

—No te arrepentirás.

—Si hago esto, sería para ayudar a tu negocio a mudarse a un nuevo territorio. —Ella le tendió las llaves.

Ben las tomó con cautela.

—A cambio, me gustaría que ayudaras en *mi* negocio.

Allí estaba de nuevo, esa sensación de que no quería ser parte de esta conversación, que aquella mujer era peligrosa y engañosa.

— ¿Estarías dispuesto a hacer eso?

Ben agarró las llaves hasta que le mordió la palma de la mano. Se cruzó de brazos.

—¿Qué tienes en mente?

Su sonrisa era lisa y fría.

—Nada en lo que no hayas estado pensando.

Ben acomodo su mandíbula. *Ella no lo haría*.

—Reese sólo necesita un pequeño empujón. ¿Una noche con el hombre por el que ha estado suspirando durante años? Podría ser la solución perfecta.

Le devolvió las llaves y ella las arrebató del aire. —Aprecio la oportunidad de aceptar el trabajo, pero mantengo mi vida personal y de negocios separada.

—Piénsalo como si te diera permiso para hacer algo que quieres hacer de todos modos.

—No necesito tu permiso para nada.

Alzó una ceja y luego colocó las llaves en el mostrador y se alejó.

El ruido de la puerta resonó por la casa. Las malditas llaves lo miraron fijamente.

Le dolía la mandíbula al apretarla. Su cuerpo dolía por querer a Reese.

Y Halie McCormack acababa de joder todo.

Su celular sonó.

—Hawk —respondió él en breve.

—Oye, tú.

Ben cerró los ojos ante el sonido de su voz, suave y sexy, y... Demonios, si esas dos palabras pudieran ser *sugestivas*, las de ella lo eran. Reese.

—Me estaba preparando para salir de la oficina para pasar la noche. ¿Quieres saber qué estoy usando debajo de mi falda?

Asfixiando un gemido, sacó las llaves de Halie del mostrador. —Ya sabes que sí.

—Estoy planeando ir y dejarte averiguarlo.

Se sentía como si estuviera siendo arrinconado, y odiaba a Halie por ello. —Escucha, el trabajo ha sido una locura hoy. ¿Crees que podríamos dejarlo para otro día?

La excusa sonó hueca a sus propios oídos, y él se estremeció ante el largo silencio en la línea.

—¿Estás seguro de que es sólo trabajo? —Su voz había pasado de cálida y sensual a fría e insegura. — ¿No... algo más?

Ben apretó las llaves y mordieron la palma de la mano.

—Es sólo trabajo.

Y eso era cierto en un nivel, ¿no?¿Qué podía hacer? ¿Decirle a Reese que Halie te estaba chantajeando para que la sedujeras? ¿Reese dudaba de

todo lo que había sucedido entre ellos? No podía hacer eso. Cuando estaban juntos, no podía hacer que Reese pensara, en ningún nivel, que tuviera algo que ver con Halie, su programa o el futuro de Hawk Construction. Nada de eso importaba. Sólo la quería. Llano y simple.

—¿Todavía quieres que vaya esta noche? —Preguntó en voz baja.

Sí. —Ven el lunes —dijo. Él rastrearía a Halie en su oficina el lunes por la mañana, le diría qué podía hacer con su pequeño trato. Entonces sería libre de estar con Reese.

Habría otros trabajos. Otras oportunidades. Tal vez no así, pero estarían allí. Finalmente.

El silencio se extendía entre ellos, largo y tenso. —¿De qué tienes miedo Ben?

—No tengo miedo. Me preocupo por ti. Quiero hacer esto bien.

—También me preocupo por ti —dijo, con una voz muy lejana. Se deslizó al suelo, cerrando los ojos con frustración y la furia hervía en su interior. Se lo tragó y quemó en su estómago.

—Lunes —dijo ella suavemente.

—Lunes.

Ella respiró hondo. —Escucha, sabes que puedes decirme si has cambiado de opinión. Si no quieres esto.

Él se estremeció.

—Reese. —Él no podía culparla por dudar de él—. El lunes por la noche, te voy a desnudar. Te voy a hacer venir otra vez, y esta vez cuando lo haga, voy a estar dentro de ti.

Ella gimió suavemente. —Lunes—, repitió.

Luego oyó el chasquido mientras desconectaba la llamada.

—¡Maldición! —chocó las llaves en la pared opuesta. El ruido resonó a través de la casa vacía mientras enterraba su cabeza en sus manos.

18

Traducido por Lvic15
Corregido por Caile

Reese se quedó mirando su teléfono y se preguntó por centésima vez en el fin de semana si Ben la llamaría. Si había cambiado de opinión. Pensó en enviarle un mensaje. Tal vez una imagen sugerente. Resistió el impulso por poco.

Era sábado por la noche. Podía ir a tomar algo. Podía ver una película. ¿Quizás Trish quería compañía?

Pero no quería hacer ninguna de esas cosas. Quería a Ben.

El *lunes*, había dicho él. Pero ella no quería esperar.

—Estoy lista para tomar la vida que quiero —dijo en voz baja. Y mientras encontraba sus llaves, sabía que Halie estaría orgullosa.

Lo primero que Ben oyó cuando entró por su puerta el sábado por la noche fue el zumbido mecánico de su bañera de hidromasaje. Cerró los ojos contra el dolor que el sonido disparó a través de él, todo lo que quería y todo lo que no podía tener estaba un poco más allá de las puertas de su dormitorio.

Ella estaba aquí. En su bañera. ¿Relajándose o extendiendo una invitación?

Se desabrochó la camisa y fue hacia el dormitorio. Tenía que permanecer lejos. No dejaría que Halie le usara en algunos juegos de poder. Incluso si Hawk Construction necesitaba el trabajo. Aunque quisiera a Reese más que nada.

Dos pasos dentro de su habitación y se quedó paralizado. La puerta del baño estaba abierta, llenando la habitación con el sonido de un torrente de agua.

Lo había prometido, ¿no? *"Si dejas la puerta abierta…"*

Su mano tembló ligeramente al llegar a los botones finales de su camisa. Dio un paso hacia el baño, sus pies moviéndose por su propia voluntad, después, se obligó a quedarse atrás.

El agua se derramaba y la imaginó moviéndose debajo de las burbujas. ¿Estaba tocándose? ¿Deslizando sus manos a lo largo de su piel resbaladiza? ¿Provocando a sus pezones duros con sus dedos?

Su pene palpitó con fuerza ante la imagen, y sus manos se morían de ganas de tocar, tomar.

A su lado, su teléfono sonó, alguien le llamaba.

Se lo llevó a la oreja, sus ojos nunca dejaron la puerta abierta.

—Hola.

—¿Ben? —Su voz era suave—. Me estás evitando.

Él cerró fuerte sus ojos, tragó saliva.

—No quiero hacerlo.

—Pruébalo.

—¿El qué?

Más agua moviéndose.

—¿Me deseas?

—Sí.

—Pruébalo.

Tiró su teléfono a través del cuarto.

Dos pasos y estaba en el baño mirándola, sus mejillas enrojecidas y su sonrisa tímida, su pelo en su cabeza en una cola de caballo. Tan pronto como sus ojos se encontraron con los de ella, sabía que estaba acabado.

¿Habría hecho alguna diferencia? No tomaría el contrato. Estar con Reese no tendría nada que ver con Halie.

—No voy a dejar que me alejes —dijo en voz baja, sus pechos levantándose de entre las burbujas con su profunda inhalación.

—No estaba tratando de hacerlo. —Dios, ella era preciosa.

—¿No? —Arrastró su mano sobre su clavícula, después separó las burbujas mientras se movía entre sus pechos y hacia el agua. Abajo.

Él dejó escapar una respiración lenta.

—Reese…

Ella se puso de rodillas y apoyó los codos en el borde de la bañera.

—Ven aquí.

Podía darse la vuelta, pero sabía que no lo haría. La caja de Pandora se había abierto y quería lo que había dentro.

Se acercó a ella.

—Deberíamos hablar.

—Mmm —dijo—, sí, definitivamente me gusta cuando hablamos.

Sus dedos fueron a la cintura de su pantalón y abrió el botón, bajando la cremallera. Con esa tarea completa, le quitó sus tejanos y calzoncillos por sus caderas en un sólo tirón que dejó su pene expuesto y sobresaliendo duro y grueso, a centímetros de sus labios.

—Nunca pude hacer esto —murmuró, sus ojos mirándole.

—Reese…

Se inclinó hacia delante, lamió la cara inferior de su pene con su lengua caliente.

La respiración de Ben lo dejó en un jadeo.

—Jesús.

Ella le dio una sonrisa traviesa y pasó su lengua a lo largo de su longitud de nuevo —saboreándole, humedeciéndole, provocándole.

Tomó sus bolas en la mano, abrió su boca y la deslizó sobre su pene. Sólo la cabeza al principio con suaves besos provocativos que le hicieron apretar sus manos con la necesidad. Lentamente, abrió, metiéndolo más profundo, aumentando la presión, la succión.

Metió sus manos en su pelo, no guiándola, no moviéndola, sólo queriendo tocarla, sentirla más cerca.

Gimió —un sonido largo y lento que vibró contra la sensible cabeza de su pene.

—Reese. —Metió las manos en su pelo ahora, con ganas de más, planificando donde pondría sus manos y su boca.

Ella se retiró, luego puso su boca sobre él de nuevo, chupándole duro y tomándole profundo. El movimiento arrancó un gemido de su pecho. Él anudó sus manos en su pelo.

—Dios, esto es bueno. —Él la echó hacia atrás, tuvo problemas para igualar su respiración.

Sus labios hinchados, sus mejillas enrojecidas, sus ojos oscuros, ella era un sueño.

¿Cómo habían pasado tanto tiempo sin llegar a esto? La tensión entre ellos había sido un baile. Acercándoles. Empujándoles. Y ella tenía razón. Él había tenido miedo. Lo sentía ahora, haciendo que quisiera alejarse incluso mientras quería tomarla en sus brazos.

—Te quiero, Ben.

Algo le dolió en el pecho ante esas palabras, como si sólo ella diciéndolas pudiera hacerle comprender cuánto tiempo había esperado para escucharlas.

Ella salió de la bañera, presionando el interruptor en la pared y apagando los chorros. Al cerrar el espacio entre ellos, su pene presionó en la suave carne de su vientre.

Necesitaba tocarla, dárselo, tenerla bajo sus manos y boca. Se había pasado las últimos veinte y cuatro horas evitando la sensación de hundimiento, la visita de Halie los había colocado en un borde precario, que podría hacerle perder a Reese en cualquier momento.

Él necesitaba alejar ese miedo saboreándola.

—¿Es éste…? —Se obligó a hacer la pregunta—. ¿Es éste uno de tus pasos?

Ella lo miró por un momento.

—¿En serio? —Se dio la vuelta y se alejó. Estaba desnuda, mojada, su trasero redondo rojo por el calor de la bañera, y ella se alejaba de él.

Mierda. Lo había jodido.

Él subió sus tejanos, subiéndose la cremallera antes de seguirla.

Pero cuando entró en su habitación, ella no estaba cubriéndose a sí misma o sentada en la esquina con sus brazos cruzados.

Estaba extendida sobre su cama, mirando al techo, con las yemas de sus dedos tocando sobre los huesos de su cadera.

Se levantó sobre sus codos para mirarlo.

—¿Importa? ¿Necesitas decirte a ti mismo que me estás ayudando? ¿Necesitas creer que esto es parte del programa?

Se sentó a su lado en la cama y deslizó sus dedos a través de su clavícula, entre sus pechos. Ante su escalofrío, pasó sus dedos sobre su pecho, ahuecándolo en su mano. Bajó su boca y movió su pezón con su lengua antes de metérselo en la boca.

Jadeó. Gimió.

—Piensa lo que sea necesario, Ben. Sólo poséeme.

La miró a los ojos. *Sólo tómame*. Dios, quería. Y lo haría. A la mierda las consecuencias, no podía alejarse de ella así. Caliente. Desnuda. Dulce. Rogando.

—Quiero la verdad.

Ella tragó, arqueándose ante su contacto.

—No hay paso.

—Bien —gruñó.

—¿Estás de acuerdo con eso?

—Diablos, sí. —Dejó que su mirada pasara sobre ella—. Abre tus piernas para mí.

Ella separó sus muslos, obediente, exponiéndose a él poco a poco.

—Más —ordenó.

Una vez más, ella obedeció, y él pasó sus manos por su torso, por sus costados, pasando sus pulgares sobre su estómago y moviéndose de nuevo a sus pechos. Ella se quedó sin aliento ante su contacto, arqueándose contra él.

Cuando él bajó su boca a la de ella, vertió todo lo que tenía en el beso. El miedo, la esperanza, los años, el potente anhelo enjaulado.

Ella deslizó sus manos por dentro de su camisa abierta y las pasó por encima de su abdomen, su pecho. Cuando ella las bajó de nuevo, sus dedos se deslizaron por debajo de la cintura de su pantalón y acarició la cabeza de su pene.

Él siseó.

—Dios, Reese. —Enterró su cara contra su cuello, oliendo su aroma floral, ese olor de su jabón y champú.

Ella envolvió su mano alrededor de su pene y lo acarició.

—No puedo decirte cuántas veces he pensado tenerte en mis manos.

Las palabras batieron algo malvado y hambriento en él, y chupó su cuello, su necesidad casi violenta con su intensidad.

Reese se quedó sin aliento. Ben la sostuvo constante mientras se movía por su cuerpo, escapando a regañadientes de su alcance, pero necesitando saborearla. Chupó suavemente la piel de su cintura, pasó su lengua alrededor de su ombligo, acarició con sus dientes el hueso de su cadera, luego la otra.

Cuando se retiró a mirar, su corazón latía con fuerza.

Puso su mano entre sus piernas.

—Déjame besarte aquí.

Ante su aguda inhalación, bajó su boca a sus piernas separadas, pasando su lengua por los labios hinchados de su sexo, saboreándola de nuevo por primera vez en seis años. La lamió, chupó sus resbaladizos pliegues calientes de carne hasta que sus caderas se movieron y sus gemidos se volvieron más fuertes.

—Ben —gritó, con sus manos en su pelo, sus caderas moviéndose contra su boca—. Por favor. —Ella tiró de su pelo, repitiendo—. Por favor.

Él gimió. Necesitaba horas —*días*— con su cuerpo desnudo, escuchándola gemir mientras él la tocaba, besaba, lamía. Pero no podía negarse a esa petición.

Quitó su pantalón y camisa mientras la observaba. Sus ojos oscuros ardían de deseo, su cabello oscuro extendido sobre la almohada. Mantuvo sus ojos en ella mientras buscaba un condón en la mesita de noche.

Algo duro y caliente se anudó en su pecho, y él empujó hacia atrás el miedo irracional.

Su lengua salió para mojar sus labios mientras ponía la protección en su eje grueso.

Se puso con cuidado sobre ella y se colocó entre sus muslos.

—Dime lo que quieres, Reese.

—Te quiero, Ben. Dentro de mí. Por favor. —Levantó sus caderas, tocando su pene contra su calor resbaladizo.

Se quedó mirándola a los ojos mientras la penetraba lentamente.

Su pecho se apretó por la emoción. Ella era como un apretado calor alrededor de su pene, y él apretó sus dientes, forzándose a tomarlo lentamente, dándole a su cuerpo tiempo para estirarse.

Sus uñas se clavaron en sus hombros y ella levantó sus rodillas—. Más adentro.

Con un jadeo desigual, obedeció, observando su cara, escuchando sus suaves gemidos mientras la llenaba. Y mientras se movía dentro de ella, con sus manos enmarcando su rostro, memorizando cada destello de placer, entendió algo. Él sabía por qué había tenido tanto maldito miedo. Esto no era sólo sexo.

Esto era hacer el amor.

El placer que giraba, apretado y en espiral, más profundo y más alto a la vez. El sexo nunca se había sentido así. Ella apretó sus dedos en su espalda, empuñando su pelo.

Cuando la sintió acercándose al orgasmo, puso su boca contra su oído.

—Me encanta tener mi pene dentro de ti. Amo saborearte en mis labios.

Ella jadeó, moviéndose bajo él ante sus palabras. Y mientras ella llegaba al orgasmo, él pensó, *Te amo*, pero no lo dijo. En su lugar, hundió la cara en su cuello, perdiéndose en su aroma, y la siguió.

19

Traducido por Lvic15 y myr62
Corregido por Caile

Reese vagamente registró un sonido estridente.

Ben besó el hueco de su cuello.

—¿Tienes que cogerlo?

Poco a poco, su cerebro reanudó algunas funciones básicas. Su teléfono. Sonando.

—¿Cuál es el número?

Ben agarró el teléfono de la mesita de noche. Levantó una ceja mientras miraba la pantalla.

—Mi hermano.

Tomó el teléfono y cogió la llamada.

—¿Hola?

—Reese, ¿estás bien?

—E-estoy bien. —*Medio desnuda con tu hermano*—. ¿Tú?

—Bueno, estaba bastante bien, y luego fui a recoger a mi cita. Creo que me está dejando plantado.

Ben la estaba mirando.

Reese se puso de pie. No podía sentarse en la cama desnuda con Ben mientras hablaba con su hermano. Se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento mucho, Mark. Lo olvidé por completo.

—¿Necesitas cancelar?

Con la mandíbula apretada, Ben se levantó de la cama.

—¿Otro día?

—Claro —dijo Mark—. A no ser que todavía quieras ver esa película. Podría ir a por ti. ¿Dónde estás?

—Estoy… —Miró a Ben. Decirle a Mark, dónde estaba sólo sería un insulto a añadir a la herida—. No, no vengas. Te lo compensaré.

Los ojos de Ben destellaron ante ella, y no pudo confundir lo que vio allí por otra cosa más que la furia que era. Su mandíbula se movió.

—¿Mañana?

Reese se mordió el labio—. Sí, eso podría funcionar. —Se encontró con los ojos de Ben—. Lo siento mucho.

—Seré honesto. Esta es la primera vez que me han dejado plantado en una cita falsa —dijo Mark—. Pasaré la noche atendiendo a los jirones de mi corazón, pero debería estar bien mañana.

Terminó la llamada y cerró los ojos. ¿Cómo había sucedido siquiera? Acababa de estar en la cama de un hermano y se suponía que tenía que estar en una cita con otro. Estaba totalmente enamorado de un hermano y el otro la quería.

Los triángulos de amor estaban sobrevalorados.

Cuando abrió los ojos, Ben se sentó en el borde de la cama, su cabeza entre las manos, sus dedos pasando a través de su cabello.

—Así que, probablemente te estés preguntando de qué iba todo esto.

Dejó caer sus manos y miró hacia ella.

—¿Una cita con *Mark*? ¿En serio? ¿Es esto por lo que estaban tan ocupados planificando el jueves por la noche?

Ella se encogió.

—No es así —dijo en voz baja—. No es gran cosa. Es sólo uno de mis pasos.

Ben se apartó de la cama y paseó por su dormitorio.

—¿Salir con Mark es uno de tus pasos?

—Claro, y No. Es. Gran. Cosa.

Se detuvo y la miró.

—¿Quién eres? Porque la Reese que conocía no se sentaría ahí diciéndole a un chico con el que acaba de tener sexo que debería estar bien con que saliera con otro —con su hermano.

—Lo siento. ¿Me he perdido algo? ¿Estamos en algún tipo de relación exclusiva ahora?

—¿Qué? ¿Necesitas un anillo en el dedo para saber que podría estar un poco enfadado porque salgas con Mark?

—Te dije que no es así. Es sólo un paso. Estoy fingiendo todo mi camino, ¿recuerdas?

Su mandíbula se tensó.

—Por supuesto que sí. Dios no quiera que no completes uno de los Pasos Santos de Halie.

—Tú, más que nadie, deberías apreciar esos pasos —dijo entre dientes.

—¿Yo *de todas las personas*?

—Halie es la que me dijo que comiera contigo el otro día. Ella es la que me convenció de mantener una mente abierta acerca de lo que podría suceder mientras estuviera contigo. Era mi paso número ocho.

—Claro. Porque eso es todo para lo que esto es. Todo entre nosotros, todo lo que ha cambiado en nuestra relación, todo es debido a ese jodido programa.

Un escalofrío se deslizó a través de ella y se frotó los brazos.

—No me di cuenta que era tal dificultad para ti.

Miró al techo.

—¿Es este realmente el tipo de chica que quieres llegar a ser, Reese? ¿Follarte un chico antes de salir por la puerta para deslizarte en la cama de su hermano?

Su respiración la dejó en un jadeo y se tambaleó hacia atrás. Su mandíbula se tensó.

—Que *te* jodan, Ben. No puedes controlar lo que hago con mi cuerpo.

—Oh, claro. Ese es trabajo de Halie.

Se cruzó de brazos.

—Estás siendo irracional. Incluso Mark sabe que es una cita falsa. Sólo un paso.

—¿Tan falso como todos los pasos que has hecho conmigo?

—Ben…

—Vamos, Reese. Cualquiera que tenga ojos puede ver tuviste un flechazo con mi hermano. ¿No te parece lo más mínimamente conveniente que te esté mostrando un interés *ahora*?

Ella se congeló. Fuera. Dentro. El frío se envolvió alrededor de ella y no pudo mover sus labios para hablar.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que Halie le dijo que lo hiciera a él. Le dijo que te llevara a una cita, que coqueteara contigo y te hiciera sentir bien.

Otro escalofrío. Frío encima del frío.

—¿Mark te dijo eso?

—No, pero es muy muy probable. Esa es la forma en que funciona esa mujer. Ella vino a mí al comienzo de su programa, pidiéndome que te "ayudara".

Algo congelado en sus entrañas se sintió como que se rompía en dos.

—¿Hizo eso? —Dios, no le había importado que Halie lo hiciera con Mark, ¿pero con *Ben*?

—Entonces quiso que te sedujera. Sostuvo el contrato de trabajo en la mansión McCormack encima de mi cabeza. Tiene sentido que se lo hiciera a Mark también. Nos tuvo jugando el uno contra el otro para hacerte sentir bien.

Ella respiró, pero sus pulmones no cogieron el aire. El aire no entraba.

—¿Hiciste esto porque Halie *te lo dijo*?

Ben se estremeció.

—Mierda. No quise decir...

—Eres tan hipócrita.

Tomó aire.

—No. No iba a aceptar el contrato. No voy a hacerlo. Dejé eso. Por ti. ¿Pero vas a salir con *Mark*? Él apenas sabía que existías antes de tu cambio de imagen, pero él es el semental, ¿verdad? Él es el verdadero premio.

—¿Estás hablando en serio? —Oh, Dios, ese abismo en su estómago. Podría tragarse su todo. Se pasó una mano por el pelo—. ¿Esperas que me

siente y finja que está bien?

El dolor en su tripa estaba girando, un vórtice creciente que empezaba a gritar en sus oídos.

—¿Cuántos años hemos sido amigos, Ben? ¿Cuántas oportunidades tuviste? —Negó con la cabeza—. Yo te quería y me derribaste. Dices que Mark no me notó hasta después del cambio de imagen, pero creo que lo tienes al revés. No me querías antes. Tú rechazaste a la oruga tranquila y solitaria. Querías a la mariposa de Halie.

—No tienes idea de cuánto tiempo te he querido.

—Tienes razón. Yo no. ¿Pero Mark? Me quería hace cinco años, mucho antes del cambio de imagen.

—¿Hace cinco años? —gruñó—. ¿Eso es lo que te dijo?

—No tuvo que decírmelo —dijo suavemente, lanzando el estómago. Iba a estar enferma.

—¿Qué quieres decir con que él…? —Ben pareció registrar de pronto su significado y sus ojos se fijaron en los de ella—. No.

—Hace cinco años. Dijiste que no me querías. Me dijiste que no te pidiera más.

Su cara se contorsionó.

—¿Reese?

—Necesitaba a alguien, y Mark estaba allí. *Él* me quiso. —Ella bajó la voz—. Todavía lo hace.

Sus ojos brillaron, y ella reconoció la ira, el dolor.

—Entonces, vete, Reese. ¿Mark te quiere? ¿Lo quieres? Nadie está en tu camino.

Ella sacudió su cabeza.

—Te elegí a *ti*, idiota.—

—¿De Verdad? ¿Me *elegiste*? ¿Eso fue antes o después de que cogiste a mi hermano?

Una parte de ella registró el dolor en su rostro, parte de su mente comprendía que estaba herido, que éstas eran palabras que lamentaría más tarde. Pero tenía que poner esas partes a un lado y enfocar su energía en sobrevivir, abrirse camino hacia la seguridad y alejarse del vórtice helado girando salvajemente mientras le arrancaba el corazón de su pecho.

—Adiós, Ben.

Reese apretó una almohada contra su estómago y tragó las lágrimas que había estado luchando desde que abandonó la casa de Ben. Dios, ¿por qué tenía que doler tanto?

Quería creer que se trataba de un chichón, una pequeña discusión que habían pasado, pero el temor en su estómago le resultaba tan familiar y su vestido rojo colgado en la parte trasera de la puerta de su habitación, recordándole sus viejas y tontas suposiciones, recordándole la última vez que se había vestido sólo para él y puso su corazón en la línea.

Después de que se enteró de que su novia estaba muriendo, Reese había estado allí y había sido una amiga para él. Eso era lo que necesitaba, y no podía imaginar nada más. Había sido un desastre, y ella había estado allí, nunca cuestionando su relación o sus intenciones. Ser su amiga no había sido una decisión, sino la respuesta natural a su tragedia. Pero a medida que pasaban los meses, se dio cuenta de que ya no era la casi novia. La graduación había ido y venido y había rechazado una buena oferta de

trabajo en Kentucky y aceptado un puesto permanente con WJRK. Ella esperó el aniversario de la muerte de Lisa, después esperó el largo verano.

Entonces Ben le había pedido que se uniera a él para una cena de lujo con los constructores de viviendas locales, y ella pensó que su compás de espera finalmente había llegado a su fin.

Llevaba un pequeño vestido negro y las perlas de su mamá, había esperado a que Ben la acercara durante un baile, para rozar sus labios sobre su cuello, para reorientar su relación a su curso original.

Antes de que ella lo supiera, la noche había terminado y ellos estaban sentados en su camioneta, nada cambió entre ellos sino sus expectativas.

—Gracias por venir esta noche —dijo con una sonrisa—. Odio esta parte tanto como mi papá, pero a diferencia de él entiendo que es necesario frotar los codos si quieres mantenerte vivo en este negocio.

—Me gustó ir —dijo suavemente, agarrando su bolso en su regazo—. No recuerdo la última vez que tuve una excusa para vestirme.

—Tú te ves bien. Él cogió la radio y le guiñó un ojo, enviando un escalofrío de anticipación por su espina dorsal.

—¿Ben? —Ella tragó su terror y se obligó a hacer la pregunta que había estado obsesionándola durante meses—. ¿Vas a volver a besarme?

Sus dedos se congelaron en el radio.

Una alarma de coche sonó por la calle. Un perro ladró y alguien gritó.

De repente, el coche cerrado no tenía suficiente aire. Las mejillas de Reese ardían y su piel estaba apretada y caliente.

Ben dejó caer su mano del sintonizador y la apretó en un puño a su lado. Se volvió para mirar por la ventana, lejos de ella.

—Pensé que éramos amigos.

Sus ojos se cerraron de golpe, su corazón se desplomó.

—Lo somos.

—No me pidas más. —Su voz era tan baja que casi no podía oírlo—. No puedo.

—Entonces, ¿se supone que vamos a seguir fingiendo que nuestra noche juntos nunca sucedió? —Dios, ¿por qué ella todavía estaba ahí? ¿Era realmente tan patética? ¿Pidiendo una explicación?

Cuando se volvió hacia ella, el dolor en sus ojos reveló cuán fresca podría ser una herida de un año.

—Me arrepiento de todo lo de esa noche, y volvería todo para atrás si pudiera.

Y eso realmente lo dijo todo, ¿no? La noche más apasionada e intensa de su vida, y se había arrepentido cada minuto.

Ella se estremeció y agarró la manija de la puerta.

—Buenas noches, Ben. —Ella tropezó del coche hacia su apartamento. Ella no lloró. No podía, no cuando sus lágrimas serían tanto para él como para ella. Ella comprendió, y sin embargo eso no impidió que las partes destrozadas de su corazón rompieran sus entrañas en pedazos.

Una semana después, se había encontrado tomando una cerveza junto a Mark. Luke acababa de abrir su nuevo bar y todos tenían el hábito de apoyar su empresa.

—Entonces, ¿tú y mi hermano van a estar juntos? —preguntó Mark.

—Honestamente puedo decir que no. —Resse hizo todo lo posible para sonar como si no le importara. Tal vez lo logro—. Soy el tipo de chica cuya amistad valoran a los chicos, bla, bla, bla.

Mark gruñó.

—No lo hago.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—No valoro tu amistad —sus ojos se posaron en su boca—. Te demostraré lo poco que la valoro, si me lo permites.

Ella lo necesitaba, necesitaba ese momento. Se habían reído y, a la mañana siguiente, se había despertado en su cama con pánico. Porque quiera o no, todavía amaba a Ben.

Hizo la caminata de la vergüenza de vuelta a su apartamento y encontró a Ben allí con una botella de vino y un puñado de fichas de skeeball. Lo había reconocido como una ofrenda de paz, y ella lo había aceptado. Porque ella lo extrañaba. Porque se dijo a sí misma que no necesitaba más de él. Y porque, aunque no lo admitía a un alma y lo negaba cuando Trish o Masey se atrevían a sugerirlo, creyó que era sólo cuestión de tiempo antes de que Ben hiciera su movimiento.

Un par de años más pasaron y ella se encontró a Lance coqueteando con ella, comprándole una bebida, y preguntándole cuánto tiempo más iba a dejar que "ese carpintero" le diera esperanzas.

¿Cuántas veces iba a dejar que Ben rompiera su corazón?

Reese apretó su almohada más fuerte y enterró su cara en ella. Cuando su teléfono vibro, una mirada a la pantalla dijo que Mark estaba llamando.

20

Traducido por Dahi, Myr62 & Lvic15
Corregido por Florpincha

Ben estaba a dos cervezas y media de lo que pretendía ser el más borracho, cuando Mark entró en PitStop.

Gritos de "¡Hawk! ¡Hawk!" llenaron las orejas de Ben y le hizo querer golpear a alguien. Preferiblemente a un hombre alto, oscuro y famoso que compartía un montón de ADN con Ben.

—¿Cómo está el mayor idiota de Chicago? —gritó Ben, un poco demasiado alto.

—Pensé que tenías una cita esta noche. O tal vez has terminado con ella ahora y estas aquí para escupir en mi cerveza. —Empujó su vaso sobre la mesa hacia su hermano—. ¿O hay algo mío que quisieras arruinar?

Demasiado tarde, vio a Reese detrás de Mark, luego registró el dolor en su rostro. *Mierda.*

Lentamente, apartó a Mark y se acercó a la cabina de Ben con sus oscuros ojos brillantes. ¿Enfado? ¿Lágrimas? ¿Ambos?

Se miraron el uno al otro, Ben pudo oír su corazón palpitar en sus oídos. Era curioso que todavía pudiera hacer eso, cuando las últimas dos horas se había sentido como una masa de hormigón que pesaba en su pecho.

—Te esperé —dijo suavemente—. Esperé meses. Y luego me dijiste que no me querías.

—Te quería. —Tomó un suspiro tembloroso y le lanzó una mirada a Mark—. Todo el mundo lo sabía. Mark lo sabía.

—¿Me querías? ¿Por eso me dijiste que no serias más que mi amigo?

—Estaba aterrorizado, Reese. —Trató de alcanzarla pero ella retrocedió—. No quería perderte.

Ella asintió. —Sí, y esa fue tu elección. Bien. Y dormí con Mark. Probablemente fue estúpido, ya que todavía estaba enamorada de ti…

Ben sacó una respiración temblorosa. Había estado enamorada de él.

—…pero fue mi elección —continuó—. No era tuya. No. Me. Querías. Hasta que cambié mi ropa y mi cabello. No me querías hasta que no me veía así. ¿Mark? Él me quiso desde el principio. Tal como soy.

Detrás de ella, Mark dejó caer la cabeza y estudió el suelo. Ben tragó.

»Así que no hables de mi como si te hubieses equivocado, Ben. No hables de mi como si me hubiese robado de ti.

—No esperaba que hubieses corrido a ver a mi hermano —dijo, intentando explicarle, tratando de hacerle ver cuánto le dolía.

—Pero lo hice. Porque necesitaba ser querida y él me quería. *No* soy un juguete que alguien *arruinó* antes de que tuvieras la oportunidad de jugar. Cometí errores. ¿No te conté lo que ocurrió con Mark? Eso fue un error. Pero también has cometido errores.

—¿Qué querías de mí? —Golpeó su palma sobre la mesa—. Cada vez que te miraba, me sentía culpable. Por quererte cuando debería estar afligido. Por quererte cuando estuve con Lisa y tú estabas tan linda en el bar. Me sentía culpable por lo que había estado haciendo mientras *ella* estaba agonizando.

La simpatía suavizaba sus rasgos y lo odiaba, deseando volver a parecer enojada. —No quería perderte, tampoco —dijo.

—Lo sé. —Retrocedió un paso—. Todo lo que quería era que fueras lo suficientemente valiente como para intentarlo. Sé que estabas asustado, y quería ser digna del riesgo. —Dio otro paso.

—Reese… —Pero él estaba hablando con su espalda porque ella estaba haciendo su camino hacia la puerta. Dejándolo. De nuevo.

Mierda.

Cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo, Mark se sentaba en la cabina frente a él.

—Mierda —murmuró Ben, pero su corazón no estaba allí y Mark no picó el anzuelo, solo le indicó a la camarera que quería una cerveza.

Se quedaron quietos durante mucho tiempo, estudiando sus cervezas en vez de enfrentarse entre sí.

—¿Por qué Reese? —preguntó Ben finalmente—. Papá, la compañía, lo que sea, puedo con ello. ¿Pero Reese? —Él hizo un puño, como si eso pudiera liberar el dolor en su pecho.

—No eres el único que la quiere —dijo suavemente Mark.

Ben alzó la vista y el dolor se intensificó porque la verdad estaba en los ojos de Mark. —¿Sabes por qué me enamoré de ella?

Ben desvió la mirada. No necesitaba oír eso. Él de todas las personas, entendía lo que era enamorarse de Reese Regan, entendía que la quería incluso cuando se ponía en contra de ella.

»Quería que alguien me mirara de la forma que ella te mira.

Ben gruñó. —¿Me estas tomando el pelo? Las mujeres se arrastran por ti.

Mark levantó un hombro. —Ellas quieren al Halcón. Quieren a alguien que coquetee con ellas, alguien que empuje los límites y las haga ruborizarse.

Algunas incluso quieren sexo. Pero no me quieren. La verdad es que no me respetan.

—No sabía que querías *respeto*.

—Cuando Reese te mira, todo su cuerpo se vuelve suave. Como si ella hubiera encontrado la felicidad. Como si volviera a casa y no quisiese irse de nuevo. Ninguna mujer me ha mirado nunca así. Yo quería lo que tenías, y me enamoré de ella. Y no me importa mucho eso porque no quería enamorarme de tu chica. Pero lo hice de todos modos. Y, maldita sea, Ben. ¿Cuánto tiempo se suponía que debía mirar cómo la llamabas y la rechazabas? Esperé. Y ella no quería más, y yo hice mi movida.

—¿Y esta vez? —dijo Ben, con voz ronca.

—Te lo pedí en el retiro de papá. Dijiste que eran solo amigos y te creí. Quería creerte, pero cuando te vi por todas partes el jueves por la noche, lo dejé ir. ¿Tienes idea de lo difícil que es eso? ¿Solo inclinarse ante mi pequeño hermano? Y luego actúas como una jodida polla inmerecida.

—No quería perderla —se oyó a Ben decir de nuevo—. Estaba mirando a la puerta como un idiota. Como si pudiera volver y echarse en sus brazos. —Tenía tanto miedo de perderla.

—Pero lo hiciste.

Cuando Lance había dejado a Reese, había tomado una semana de vacaciones del trabajo y había pasado los siete días enteros sentada en su sillón con su albornoz, viendo películas tristes. Había llorado afligida por lo que habían tenido y por lo que solo había esperado que pudieran tener. Trish

y Masey se turnaban para revisarla, traerle un helado terapéutico y escucharla despotricar sobre el hombre que había roto su corazón.

Había estado con Lance durante tres años, y le había dolido cuando se fue. Su orgullo y su corazón estaban heridos, pero con algo de cuidado había podido volver a la vida, volver a la normalidad.

Después de su semana de borrachera de helado, ella había llamado a Ben y pidió reunirse con él en el PitStop. Habían tomado unos chupitos juntos, compartido algunas palabras de elección sobre Lance, y era casi como que su tiempo con Lance nunca hubiera sucedido.

Su pelea con Ben no la había dejado así. No se sentía enojada. Ella no quería llamar a sus amigos y despotricar o delirar sobre cómo él le había hecho mal. No quería hablar de eso en absoluto. Se sentía vacía. Su corazón no se había roto, había sido arrancado de su pecho y tomado como rehén.

Así que se había metido en su trabajo, fácil de hacer con el baile de máscaras que se acercaba este fin de semana. No se había dejado llorar ni gritar. Y cuando su celular sonó y la pantalla le dijo que era Ben, ella no había contestado. Ya sabía lo que iba a decir, cómo le gustaría proponer que resuelven sus problemas y no quería oírlo.

Ahora, en su oficina, dos semanas después de que él había tomado su corazón como rehén, no era diferente. Golpeó el botón en el costado de su teléfono para enviar la llamada al buzón de voz, aunque sabía que no dejaría un mensaje.

Ella no lo evitaría para siempre. Finalmente, ella tomaría la llamada y lo escucharía sugerirle que volvieran a ser amigos. Finalmente, ella decidiría cómo iba a responder a esa sugerencia.

Pero no hasta después de este fin de semana. No podía permitirse el lujo de romperse antes del sábado por la noche.

—Has estado tranquila esta semana.

Reese levantó bruscamente la cabeza para ver a Halie parada en la puerta. Había evitado deliberadamente a la mujer.

Estaba enojada con la presunción de Halie, sí, pero Reese no podía arrepentirse de los cambios que había hecho en los últimos meses.

Le encantaba su trabajo, le encantaba ser la nueva Reese, una mujer que hacía que la gente escuchara y tomara nota, no solo un gusano tan fácilmente ignorado y olvidado.

Pero eso no excusaba las acciones de Halie.

Reese cruzó los brazos sobre el escritorio. —Pensé que esperaríamos a hablar hasta después del baile de máscaras.

Halie frunció el ceño. —Eso no suena bien.

Reese se encogió de hombros. —No creo que nada de lo que tenga que decirte sea una sorpresa para ti.

—Llamé a Ben esta mañana —dijo Halie—. He intentado que reconsiderara la remodelación de la casa.

—¿Cómo te fue?

—No creo que se quejara si las noticias de mañana tuvieran un informe de que mi cuerpo fue recuperado del Lago Michigan, pero todavía no está listo para cometer el acto.

No es una mala analogía, considerando la magnitud de sus crímenes. —¿Siempre manejas a tus clientes de esta forma? ¿Les pides a los hombres que se involucren con sus vidas, sobornándolos para llevar a las mujeres a citas, para tener relaciones sexuales con ellas?

Las mejillas de Halie se ruborizaron. Reese nunca la había visto enrojecer. —A veces. Más últimamente. Podría haber dejado que mis propios problemas de relación aumentaran mi necesidad de ayudar a las relaciones de los demás.

—¿Y por *ayuda* te refieres a *control*?

Dio una sonrisa triste y jugueteó con las perlas en su cuello. —Me han llamado la atención de que podría tener algunos problemas de control.

Por primera vez, Reese notó que el gran anillo de compromiso de la mujer había desaparecido. —¿Tu novio te dejó?

—Lo dejé. —Ella parecía darse cuenta de que estaba moviéndose y dejó caer su mano a su lado—. Ya era hora.

—Lo siento.

Halie alejó las palabras de Reese. —Se acabó. Estabas preguntando sobre cómo yo manejo mi negocio, y quiero tener esta conversación. Quiero oír tus pensamientos y tus comentarios honestos.

Reese se recostó en su silla. —No, prefiero seguir hablando en el evento de este fin de semana.

Los hombros de la mujer cayeron. —¿Así de mal?

—No. No todo mal. —Reese se levantó de su silla.

—Mira los resultados.

Halie se encogió de hombros. —Sé dónde ir de compras.

—No es solo ropa, Halie. Soy yo. Realmente me siento mejor conmigo misma de lo que estoy en... —Ella se calló, tratando de recordar una vez que había poseído la confianza que tenía ahora—. Nunca. Nunca me he sentido tan bien.

—¿Pero?

Reese caminó alrededor de su escritorio y se paró frente a ella, escogiendo cuidadosamente sus palabras. —Pero creo que tu programa es dos cosas a la vez. La mitad es esta mirada maravillosa y progresiva en las

identidades de las mujeres, y la autoestima que les permite realmente examinar lo que desean para sí mismas, y después de ir tras ello de una manera sana y ambiciosa.

—Eso suena bien —dijo Halie con cautela.

—¡Lo es! —respondió Reese—. Si fuera así, te enviaría a mi nieta. Ya sabes, una vez que tenga cuarenta años.

—¿Pero la otra mitad?

Reese sacudió la cabeza y cruzó los brazos. —La otra mitad es este cansado cliché, ayudando a las mujeres a encontrar su valor a través de los ojos de los hombres. —Ella se encogió de hombros—. No estoy diciendo que no puede ser acerca de sentirse sexy. No estoy diciendo que haya algo malo en encontrar placer en ser deseable. Entiendo todo eso. ¿Pero si las mujeres no pueden dejar de sentirse bien sobre sí mismas sin sobornar a los hombres para coquetear, cortejándolos para *dormir* con ellos? Bueno, si ese es el caso, ¿no es la mayor parte de un programa en absoluto, verdad?

Halie dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos. —Supongo que me lo dijiste —dijo, y Reese prácticamente podía ver sus paredes subiendo.

—Solo es eso, Halie. No creo que tu programa lo necesite. Has construido algo increíble, pero tu propia falta de fe lo está corrompiendo.

El teléfono de Reese sonó en su escritorio, un recordatorio de la reunión. Ella agarró su bolso. —Tengo que ir al lugar para revisar todo antes de mañana por la noche.

Halie asintió. —Eso es por lo que te pago.

Reese suspiró. —Está bien si estás enfadada conmigo, pero piensa en eso. —Ella apretó el brazo de Halie, esperando que la mujer pudiera ver la ironía en la situación. Si Diosa del Sexo 101 no funcionara, Reese nunca habría tenido el coraje de criticarlo.

Ben nunca había golpeado a una mujer, nunca había querido hacerlo, pero cuando Halie McCormack aparcó en su lugar de trabajo el viernes por la noche, se encontró con sus manos en puños.

—Es bueno verte —gritó ella.

—No recuerdo haber extendido una invitación. —Sí, él estaba siendo un idiota, pero esta era la mujer que había enfrentado a dos hermanos uno contra el otro en nombre de su programa. Había tomado a la mujer más atractiva que conocía y había destruido su relación con ella para "hacerla atractiva". Sí, él estaba siendo un idiota, pero supuso que se había ganado el derecho.

—¿Quieres decirme cuándo empezaras a trabajar en la mansión?

—No quiero el trabajo —dijo Ben, su voz baja—. No a cualquier precio

Halie se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. —Señor Hawk, si las miradas mataran, estoy bastante segura de que estarían haciendo los arreglos para mi funeral.

—Si quieres que Hawk Construction haga el trabajo, vas a tener que ir a través de mi hermano.

—No estoy interesado. —La voz de Mark llegó detrás de él.

Ben se giró, sorprendido. Mark había estado trabajando en el trabajo de Granger durante toda la semana, pero en los viejos tiempos, cuando Mark usaba tiempo de su puesto como "El Halcón" para jugar al propietario de la empresa, había sido el último y el primero en salir, usando cualquier excusa para salir de trabajo. Esta semana, Mark había puesto más horas que Ben todos los días. Fue un cambio al que Ben todavía no se había ajustado.

—No estamos solo por el dinero —dijo Mark, metiendo sus manos en sus bolsillos—. Nos importa la forma de hacer negocios.

Ben cerró los ojos hacia Mark. No habían hablado mucho esta semana. ¿Qué había que decir? Amaban a la misma chica. Pero aquí estaba Mark, defendiendo a Ben.

Ben asintió hacia su hermano. Como ofrenda de paz, no era muy llamativa, pero sabía que Mark lo veía por lo que era.

—No soy la persona mala que me estás haciendo ser —dijo Halie.

—Jodes las vidas de las personas. —Ben se volvió hacia ella, listo para la batalla.

Sus hombros cayeron. —Hago que la gente reconozca lo que quieres. A veces ni siquiera lo saben, pero trato de ayudarles a averiguarlo. Reese no sabía que te quería. No estaba preparada para admitirlo.

—Claro. ¿Y para averiguar lo que quieren las mujeres necesitan hombres? ¿Necesitan comprar lencería y sexo telefónico? ¿Necesitan que hermanos se enfrenten por ellas? ¿No es un poco antifeminista?

Halie suspiró. —Puedes ahorrarte la charla. Reese te ganó.

Eso lo calentó un poco. *Buena chica.*

Entonces Halie lo sorprendió riéndose.

Mark la estaba mirando con las cejas levantadas. —¿Sexo telefónico?

—No sé nada del sexo telefónico —dijo Halie—. Pero no creo que captes el significado de esa cita con Mark. ¿No te preguntaste por qué no fue simplemente a una cita *contigo*?

Solo unos pocos cientos de veces. Ben se encogió de hombros.

—El paso era ir a una cita con un hombre con el que nunca se casaría. —Halie miró a Mark y dio un respingo—. Lo siento.

—¿Qué? —Ben se volvió a Mark.

Mark se encogió de hombros. —Reese me lo dijo. Yo era solo un medio para un fin.

—Mierda. —Ben se pasó una mano por el pelo—. Esto es un desastre.

Halie entrecerró sus ojos. —¿Te dijo que el sexo telefónico era uno de sus pasos?

Ben se cruzó de brazos. —Sí. Ella dijo… —Dejó caer sus brazos. *Mierda*—. Me preguntó qué haría si el sexo telefónico fuera su siguiente paso.

Mark gruñó. —Creo que le diste tu respuesta, ¿verdad?

Ben inclinó la cabeza hacia atrás y miró al cielo gris de octubre. La echaba tan jodidamente de menos. Dos semanas y ella no tomaba sus llamadas. No es que pudiera culparla.

Reese había tenido razón. Había tenido miedo. Estaba aterrado. No había sido suficiente para Lisa, su primer amor, su primer corazón roto. Y la idea de Reese durmiendo con Mark le había enviado ese viejo terror. No ser suficiente. No dar la talla.

—¿Vas a conseguirla de nuevo? —preguntó Halie.

—No me devuelve las llamadas —se quejó Ben. Maldita sea. Parecía un pequeño llorón de mierda.

Mark lo estaba mirando, esa ceja expectante elevada.

—Tal vez pueda ayudar —dijo Halie.

Ben la miró. —Me has ayudado bastante.

—¿Solo escúchame?

Y dado que no tenía ideas mejores, aparte de realizar una sentada en protesta en el apartamento de Reese, escuchó.

Hacia el final de la conversación, Mark estaba sonriendo y Ben sentía algo en el pecho que pensó que podría haber sido la esperanza. La sensación le daba el miedo suficiente como para que sus dedos temblaran ligeramente cuando envió el mensaje a Reese.

No seré capaz de estar en tu subasta el sábado. Haré que Luke vaya en mi lugar.

21

Traducido por Jessibel
Corregido por Florpincha

Ben rayó unas cuantas notas sobre McCormack Manor mientras hacía un recorrido final. Su equipo iniciaría la tarea aquí tan pronto como terminaran el trabajo de Granger.

—Ella es una belleza —dijo alguien detrás de él.

Ben se dio la vuelta para ver a su padre, de pie en el húmedo salón de baile de la vieja mansión, Mark estaba detrás de él.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí?

Su papá metió las manos en los bolsillos, encorvando los hombros ligeramente. Parecía más pequeño de alguna manera, como si de repente hubiera envejecido quince años. ¿Había estado Ben no solo prestando atención?

—Mark me trajo —indicó su padre, su voz chirriante como los pisos de madera de la mansión—. Él pensó que debería ver el tipo de trabajo que has estado recibiendo de Hawk Construction.

Ben miró a Mark.

Mark señaló con el dedo pulgar en la parte delantera de la casa. —Esperaré adelante.

Algo se apretó en el pecho de Ben cuando su hermano le hizo un guiño, luego giró para irse.

—No quiero darte la impresión equivocada, papá —dijo Ben cuando Mark se había ido—. Este puede ser el único trabajo así que alguna vez obtengamos.

Su padre asintió. —Sí, pero vas a por ello. Tienes eso en ti. No tienes miedo a probar algo mejor. —Él se balanceó sobre los talones.

—¿Yo? Siempre tuve demasiado miedo a perder lo que tenía para ir detrás de algo mejor.

La garganta de Ben se hizo densa y pensó en Reese, pensando en cómo la había perdido con Lance, pensando en lo que pudo haber sido si hubiera dado más de sí mismo hace cinco años.

—Me da miedo también —dijo—. Me gusta pensar que nunca es demasiado tarde para tratar algo mejor.

¿Era su voz? Parecía pequeña y vulnerable. Como si fuera un niño pequeño otra vez, tratando de llamar la atención de su padre sobre su hermano mayor, más ruidoso, más grande.

El anciano miró a la imagen de la ventana que daba a los jardines. —Estoy orgulloso de ti —dijo, las palabras sonaron torpes de sus labios secos—. Podrías pensar que Mark es el favorito, pero los amo a ambos. Ese chico solo necesita ayuda para encontrarse a sí mismo. Siempre ha estado un poco perdido. Un poco preocupado por encajar, para tomar las mejores decisiones. ¿Tú? Siempre has tenido todo resuelto. Siempre tenías tus prioridades en orden.

Thaddeus Hawk no era el tipo de padre que había enseñado a sus muchachos que estaba bien llorar, por lo que Ben no lo dejó hablar. En cambio, tomó cuatro pasos y tiró al hombre en un abrazo.

Su padre le palmeó la espalda. Una palmada. Dos. Tres, el signo de la verdadera realización. —Ya basta de eso ahora.

Ben se echó hacia atrás. —¿Puedes imaginar lo que podríamos hacer aquí?

—Claro que puedo. —Miró a Ben expectante, luego—: ¿Me vas a decir tus planes o no?

Ben sonrió. —Déjame mostrarte todo.

Mark miró a la magnífica morena en sus brazos y sintió que todas las viejas emociones en la cara de Reese le inspiraba, la suavidad, la esperanza, el amor, la culpa. —Gracias por el baile —dijo con voz ronca.

—Bueno, será mejor que sea breve o enfrenta la ira de esa línea de mujeres aquí para poner sus manos en el Halcón. —Ella sonrió, pero incluso a través de su máscara de plumas, vio la tristeza en sus ojos.

—El lugar parece increíble —expresó, acercándola más. El baile de máscaras estaba lleno de graduados y aspirantes de Diosa del Sexo 101, sus citas, y los hombres que esperan ser sus citas. La noche acababa de empezar, pero sin lugar a dudas ya era un éxito.

—Gracias —dijo—. Casi no puedo creer que lo conseguimos.

—¿Crees que Ben vendrá?

Ella levantó su hombro. —Él abandonó la subasta, por lo que es mejor que no muestre su rostro. —Ella se quedó en silencio durante un minuto y luego dijo—: ¿Me puedes decir algo?

—Puedo intentarlo.

—¿Por qué te interesaste en mí? Antes del cambio de imagen, quiero decir. Todos esos años atrás. —La pregunta tomó por sorpresa a Mark.

—¿Era solo una cosa de rivalidad entre tú y Ben?

Él dejó de bailar y la miró. —¿Quieres un trago?

—Eso sería bueno.

Mark abrió el camino a la barra y pidió un whisky para él y una copa de vino rojo para Reese. —Soy un completo fraude —admitió, entregándole la copa.

—¿De qué estás hablando?

Él se encogió de hombros. —El Halcón, yo más o menos odio a ese imbécil.

Ella se relajó un poco. —Él es una especie de machista.

—¿Algo así? Es un bastardo egoísta.

Ahora ella sonrió de verdad. —Tal vez un poco, pero es solo un personaje. Eso no es lo que realmente eres. El Halcón es un idiota, seguro. ¿Sin embargo, Mark? Él es un buen tipo.

Estudió el líquido ámbar en su vaso. —Tal vez soy un poco de ambas cosas. ¿El hombre que se acostó contigo a pesar de saber que tenías una cosa por su hermano? ¿A pesar de que sabía que su hermano tenía una cosa contigo? Ese fue el imbécil.

—No. —Dejó el vino en el mostrador y se frotó los brazos desnudos—. Fue hace mucho tiempo, y Ben no tenía una *cosa* por mí. Dejó dolorosamente claro que él no estaba interesado.

—Reese, si él no hubiera estado enamorado de ti en ese entonces, se habría acostado contigo.

Ella frunció el ceño, mirando completamente impresionada por su evaluación. —¿Quieres probar una vez más?

—Me gustaría haberlo manejado de otra manera, pero no lo hice. ¿Al chico que todavía le gustas después de todo ese tiempo? ¿El chico que solo quiere que seas muy feliz, a pesar de que los celos arañan su pecho? Ese es el hombre que quiero ser, y yo lo digo ahora, mi hermano es un idiota, pero él es solamente un idiota porque tú eres lo más importante en su mundo.

Ella apartó la mirada, con los ojos húmedos.

—Esto es una mierda. Simplemente lo es.

—Sí —dijo Mark.

—¡De acuerdo!

—¡Reese!

Mark y Reese se giraron para ver a Halie McCormack, todo patas largas, brillo en su vestido de plata brillante y la máscara.

—Reese, es el momento para el paso de diez —dijo Halie, una sonrisa se extiende por su cara.

—Eres hilarante, Halie, pero tan impresionante como soy de la multitarea, no completaré el paso de diez en medio de un evento. —Reese frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Y además, nunca he completado el paso seis y nunca me has dado un paso nueve.

—Mis pasos no funcionan de esa manera. Tú estás lista.

Reese miró el escenario.

—Es casi la hora para el soltero y soltera de la subasta.

Halie retiró la máscara de sus ojos.

—Exactamente.

Reese se situó en la parte posterior del escenario, su estómago giró cuando su maestro de ceremonias subastó la primera licenciatura.

—No puedo creer que esté haciendo esto —se quejó Luke a su lado.

—Ánimo, soldado —dijo Mark—. Es por una buena causa.

—Es fácil para ti decirlo —gimoteó Luke—. Tú no has tenido a esa anciana haciéndote ojitos toda la noche.

—¿Qué anciana? —preguntó Reese, desesperada por la historia de Luke para calmar sus nervios.

—¿Esa vieja dama del Centro de Mayores? ¿Con orgullo se promociona a sí misma por ser la primera persona mayor Diosa del sexo?

—¿La Sra. Wisenowitz? —preguntó Reese con un chillido.

—Damas —anunció el maestro de ceremonias—, nuestro próximo soltero es un nativo del pueblo Chi y el propietario del Bar and Grill PitStop.

—Muévelo, novio —ordenó Reese.

En el momento justo, Luke se puso la máscara y subió al escenario. —¿Podemos empezar las ofertas a cincuenta dólares?

—Setenta y cinco —dijo la señora Wisenowitz en voz alta, empujando su andador hacia el escenario.

Luke desfiló por la pasarela improvisada, sacudiendo su chaqueta de esmoquin de sus hombros.

Las mujeres del público chirriaron en respuesta, seguido de un acelerado Cien, Ciento cincuenta, Trescientos setenta y cinco.

—Quinientos dólares —expresó la señora Wisenowitz en voz alta.

Él echó una mirada desesperada por encima del hombro, y Reese levantó las palmas de las manos sin poder hacer nada. Al menos la Almost

Home necesitaba el dinero, podría sufrir a través de una noche como juguete de la señora W.

—Vendido por quinientos dólares a la bella joven en el traje azul pastel —dijo el maestro de ceremonias, marcando el comienzo de la etapa.

Luke le dio un beso a la Sra. W en la mejilla y la multitud aplaudió. Reese se giró hacia Mark. —¿Cree que puede coincidir con eso?

Mark hizo un gesto con la mano. —Fácil.

—Buena suerte —dijo ella en voz baja.

—Tal vez voy a conocer a la mujer que puede ayudar a reparar mi corazón roto.

—Damos la bienvenida a *El Halcón* —dijo el maestro de ceremonias.

Mientras Mark se pavoneaba al centro del escenario, la multitud aplaudió. Las ofertas comenzaron antes de que el maestro de ceremonias pidiera.

Reese estaba tratando de calmarse contando sus respiraciones cuando oyó la voz en alto de una mujer mayor sobre los aplausos de la multitud, mil dólares.

¿Era Masey? ¿Haciendo una oferta para Mark?

Reese se dio la vuelta y, por supuesto, Masey estaba cerca de la parte delantera del escenario en una falda de caniche rosa fucsia y la máscara de lentejuelas de color rosa, viéndose voluptuosa y llena de glamour. Y determinada.

—¡Vendido a la rubia bella en mil dólares!

Masey encorvó el dedo a Mark, quien parecía un poco perplejo cuando se unió a ella. —Ahora, a nuestra fiesta de solteros —dijo el maestro de ceremonias, y Reese trató de respirar.

Muy a menudo la gente se sorprende al descubrir que, a pesar de que podría crear un maldito reflector muy bueno, odiaba estar en ello. Cuando salió al escenario, agitando las manos, mariposas hacían disturbios en el estómago, se dio cuenta de que todas las lecciones de las diosas del sexo en el mundo no iban a cambiar eso de ella.

—La Diosa del sexo Inc., la mismísima Reese Regan es una graduada orgullosa de la Universidad de Chicago y la Diosa del sexo 101.

La extraña yuxtaposición la hizo detenerse un poco. Si sus compañeros de clase pudieran verla ahora...

—¿Podemos empezar las ofertas en cincuenta dólares?

Se obligó a dar un paso y otro. El reflector la cegó, y no podía ver a la audiencia. El silencio probablemente solo duró segundos, pero parecía extenderse durante varios minutos hasta que alguien hizo la primera oferta.

Por primera vez, se preguntó quién compraría su compañía para pasar la noche. Cuando Halie le había dicho que se subastase a sí misma, había estado tan envuelta en su miedo a estar en el escenario, que su cerebro no había logrado llegar a lo que ocurriría después de eso.

Las ofertas eran de doscientos dólares ahora.

—¿Puedo obtener doscientos cincuenta por esta magnífica dama de rojo? —preguntó el maestro de ceremonias.

Reese se sintió un poco incómoda a su vez, tratando de ocultar que odiaba cada segundo de esto. —¿Qué hay sobre trabajar gratis para la construcción de la nueva ala de Almost Home?

Ella se congeló y miró hacia la multitud. No podía ver una cosa con la deslumbrante luz en sus ojos.

—Ha adquirido una soltera, señor —dijo el maestro de ceremonias. Tomó la mano de Reese y la llevó a las escaleras.

Ella tembló con cada paso. No por los nervios ahora, pero por alguien más, algo más.

El ganador de la subasta estaba vestido de negro con una máscara de negro. Era ancho de hombros y tenía el pelo rubio lanudo, y Reese quiso arrojarse en sus brazos fuertes.

—Gracias por tu generosa donación.

—Por tenerte habría dado más —dijo Ben, tomando su mano temblorosa.

—Hubiera sido tuya por menos.

22

Traducido por Jessibel
Corregido por Florpincha

Ben sostuvo a Reese cerca cuando la subasta concluyó. Ella no lo había mirado o tocado, pero mantuvo su brazo alrededor de su cintura, temeroso de que ella pudiera correr y no tuviera otra oportunidad.

Ella tenía que sentirse bien acerca de lo que este evento, su evento, había hecho por el refugio de mujeres. Estaba tan orgulloso de ella.

Tan pronto como la banda comenzó a tocar, la condujo a la pista de baile. Él tiró de ella lo más cerca posible, una mano rozando su espalda desnuda. La música vibraba, lento y sensual, mientras buscaba su rostro.

—Viniste —dijo ella, uniendo sus brazos alrededor de su cuello y presionando su cuerpo contra el suyo.

El suave balanceo de sus caderas le hizo recordar cómo se había movido contra su mano cuando él la había tenido en ese mostrador, recordó la forma en que se había movido debajo de él en su cama.

Dios, se sentía bien en sus brazos.

—Cuando peleamos, dijiste que nunca te quería antes de tu cambio de imagen. —Frotó el pulgar sobre el último punto de piel expuesta en la base de su espalda—. ¿De verdad crees eso?

—No sé lo que creo —susurró ella, pero su voz se enganchó ligeramente.

Pasó los dedos perezosos por la espalda y apretó sus labios contra la longitud expuesta del cuello. —¿Qué estás haciendo? —Pero incluso cuando preguntó, ella inclinó la cabeza para darle un mejor acceso. Él abrió la boca contra su piel, oliendo, saboreando. Ella lanzó un gemido suave.

—Eres tan hermosa. —Se echó hacia atrás—. Este vestido está pidiendo ser liberado, pero ¿sabes lo que realmente me vuelve loco?

—Ben... —Ella se apartó, pero él la sujetó con fuerza.

—¿Sabes de esos pantalones negros que usas cuando nos ejercitamos?

Ella levantó una ceja. —¿Mis pantalones de yoga?

—¿Los que se ajustan a tu trasero como un guante? —Gimió—. He tenido más de una fantasía sobre quitártelos de encima. ¿Y esa túnica marrón feo? ¿Tienes alguna idea de la cantidad de veces que he tenido que meter las manos en los bolsillos para no abrirla de un tirón? Caminabas alrededor con ella como suponiendo que no tiene ningún efecto en mí.

Ella sonrió un poco y apoyó la cabeza en su hombro.

—Dios, Reese, siempre te he deseado. —Ben mantiene su cuerpo apretado, mientras recorría la pista de baile—. ¿No estabas allí el día que nos conocimos?

Ella se tensó en sus brazos. —Me dijiste que lamentabas todo lo relacionado con ese día.

Él la apretó con más fuerza. —Fui un idiota.

Bailaron, y él mantuvo su mano en la espalda. Su boca se burló de los bordes de la oreja hasta que no pudo aguantar más, hasta que la necesitaba sola.

La llevó a un guardarropa escondido detrás de una estación de servidor y cerró la puerta detrás de ellos.

La puerta amortiguó los sonidos de la pista de baile, pero él todavía hablaba al oído. —Me encantó cada minuto en el que te toqué esa noche. Fuiste dulce, sexy y estabas tan condenadamente mojada por el menor contacto.

Deslizó una mano entre sus cuerpos. El raso se deslizó bajo sus dedos mientras la tocaba. Ante su gemido suave, tomó un pecho en su mano, el pulgar encontró su pezón tenso a través de la tela. —Nunca he olvidado cómo te veías, acostada en el sofá para mí, dejándome abrir tus piernas y tocarte.

Rozó el pezón con el pulgar, y ella gimió con una respiración entrecortada. —Me dejaste besarte. Probarte. Nunca he olvidado lo que probé. Caliente y húmedo contra mi boca.

—No puedo seguir con esto.

—¿Hacer qué? —Las palabras salieron duras y ásperas, pero eso era lo que sentía. Duro y áspero y tan jodidamente vulnerable que lo volvía loco.

—No puedo fingir que estoy de acuerdo con este flirteo y las burlas yendo a ninguna parte. No puedo pretender que el sexo no significa nada para mí. No puedo volver a la forma en que estaban antes.

La risa salió de él ante eso. —*¿Antes?* ¿Qué antes?

—Antes del beso. Antes del sexo por teléfono y... todo lo demás.

La apretó contra la pared y deslizó sus manos por sus costados. —¿Antes de empezar este programa? ¿Cuándo te deseaba todos los días y te veía fantasear sobre Mark?

—Él estaba seguro. Pero tú...

La silenció con un beso, y luego deslizó su mano en la ranura de la falda y hundió los dedos en la carne desnuda de su cadera.

—¿O antes de eso? ¿Cuando te mudaste con Lance y me sacaste de tu vida por completo? —Sus dedos encontraron la cuerda por encima del hueso de su cadera y la siguieron hasta la parte baja de la espalda.

Ella abrió la boca y meció sus caderas hacia él.

Dejó caer su boca a la oreja. —¿O hay que volver a antes de eso, al día que te acompañé de regreso a casa por primera vez, la noche que dejaste que te besara? ¿Qué dejaste que te tocara?—Rodeó los dedos en la parte baja de la espalda, y luego los dejó inmersos, siguiendo el satén de su tanga y trazando la costura de su trasero.

Su respiración se enganchó y ella respiró inestable.

—Yo podría ir por ese *antes*. Antes de que tuviera que fingir no darme cuenta de la forma en que tu cabello se riza cuando está húmedo, antes de tener que fingir que no respondo como lo haría cualquier hombre a la manera en que tu trasero llena tus pantalones vaqueros. Antes de que estuviera tan malditamente aterrorizado para joderlo y perderte.

—Ben. —Llevó las manos a su pecho para tirar de él o alejarlo, no podía decidir, pero no hizo nada.

—Jesús, Reese, no puedo volver a *antes* tampoco.

—Te amé —dijo en voz baja—. Tenía miedo también.

—*¿Amé?* —Gruñó—. No es tiempo pasado para mí. ¿Sabías eso? Me enamoré de ti hace seis años, y nunca paré.

—Yo tampoco.

La apretó contra la pared. Con una mano, esposó las manos por encima de su cabeza mientras que la otra se curvaba en la carne de su trasero.

Él bajó su boca, inclinándola sobre ella y frotó lengua contra lengua. Ella gimió, enviando un escalofrío a través de él.

Él rompió el beso para quitar sus máscaras. Trató de memorizar esa cara enrojecida por el deseo, los ojos nublados de deseo, los labios hinchados por su asalto a la boca. Trazó la costura de su trasero de nuevo, viendo sus labios abrirse, con los ojos como platos.

—Eres tan malditamente caliente.

—Tenemos que regresar a la fiesta —dijo ella, con la respiración entrecortada.

—Por supuesto. —Él levantó la pierna hasta la cintura, abriéndola—. Estarán buscándote —expresó, sus dedos ya deslizándose bajo el raso de sus bragas. Metió los dedos en ella, mojándolos antes de trazar otra vez.

—Dios.

—O podrías quedarte aquí conmigo —susurró.

—Sigue hablando.

—¿Quieres que hable o haga otra cosa con mi boca?

Ella tembló contra él, buscando a tientas con las manos en la cintura del pantalón. Ella liberó su pene de los pantalones y lo acarició.

—Reese —gimió contra su cuello. Dios, tener las manos sobre él era increíble.

—Por favor, dime que tienes un condón.

Su pene latía con más fuerza, ensanchándose. Casi le sugirió que espere hasta llevarla a la casa, pero lo vio en sus ojos. El calor, la necesidad.

Ben tomó el paquete del bolsillo y deslizó el condón. —Espera —dijo él, señalando con la cabeza el perchero.

Ella lo miró a los ojos y envolvió sus manos alrededor de las barras de metal sobre la cabeza. —¿Has hecho esto antes?

—Alrededor de mil veces en mis sueños. —La apretó contra la pared y deslizó sus manos detrás de su trasero—. Y fue siempre en mis brazos.

Ella envolvió sus piernas alrededor de él, y se deslizó lentamente dentro de ella.

La cacofonía de la parte sonaba en el otro lado de la puerta mientras se movían juntos.

Se quedó sin aliento mientras la llenaba, capturando su respiración mientras se apretó más cerca, más profundo, la abrazó, la folló, la amó.

—Ben —respiró.

Ella rodó sus caderas, meciéndose. Y él la sostuvo, se deslizó dentro de ella una y otra vez.

—Eres tan increíble —susurró—. Te amo. —Quería seguir diciéndolo, para seguir besándola, para permanecer dentro de ella y nunca perderla de nuevo.

23

Traducido por Jessibel
Corregido por Florpincha

—¡Bienvenida! —dijo Reese, envolviendo sus brazos alrededor de Trish—. ¡Los martillos están a la izquierda, la barra está a la derecha!

Halie estaba teniendo una fiesta destroza y estréllate en McCormack Manor para celebrar el inicio de las obras. Había invitado a la mitad de la ciudad, y sus empleados insistieron en invitar a sus amigos también. Dado que Reese no estaba tan segura acerca de un grupo de adultos intoxicados armados con martillos, ella estaba alentando a que se rompiera cualquier pared temprano en la noche, antes de que ella y Ben ocultaran los martillos.

Trish le dio un abrazo a Reese. —¿No te ves linda en tu vestido negro? Realmente, ¿podrías usar algo poco elegante para que tu novio mantenga sus manos lejos de ti durante unos minutos?

—Lo sé —dijo Masey, llegando detrás de Trish—. Su vida sexual ha dado a la mía un complejo de inferioridad.

Reese liberó a Trish y se encogió de hombros. —Podría llevar una bolsa de papel en la cabeza, y estoy bastante segura de que no haría diferencia. —Ella no pudo evitar sonreír. Porque era cierto. Debido a que Ben la hizo sentir tan condenadamente atractiva, no importaba lo que llevaba puesto. Pero sobre todo, sonrió porque apenas había dejado de sonreír en los últimos dos meses. No había vendido su apartamento, y sin embargo se encontró durmiendo junto a Ben cada noche y despertando a su lado cada mañana.

—Mark está por el bar —dijo Ben, uniéndose a ellos por las puertas delanteras—. Estaba preguntando por ti, Masey.

—¿Por dónde estaba la barra de nuevo? —preguntó Masey. Ben señaló.

—Está bien, hasta luego —expresó Masey, girando en la dirección opuesta. Ben frunció el ceño—. ¿Qué es eso?

—Ella ha estado actuando raro desde que lo compró como su acompañante en el baile de máscaras —dijo Reese, con el ceño fruncido después de su amiga.

—¿Crees que lo hicieron? —preguntó Trish.

Ben gruñó. —Ojala. Mark necesita una nueva mujer a seguir.

Reese le dio un codazo.

—¿Mark y Masey? —comentó Trish—. Maldita sea, ¿puedes imaginar lo hermosos que serían sus hijos?

—Ni siquiera sabemos ahora que cualquier cosa pasó entre ellos —corrigió Reese. Lo último que necesitaba Masey eran rumores volando—. No hay que casarlos por el momento, ¿de acuerdo?

Trish se encogió de hombros y luego vio a Halie. —El lugar es precioso — chilló ella, dejando a Reese y Ben para saludar a su amiga.

—¿Te muestro lo que iba a hacer con la cocina? —susurró Ben en el oído de Reese. Estaban solos ahora, así que no estaba seguro de por qué hablaba en voz baja, pero se sentía bueno tenerlo de pie tan cerca, con su aliento caliente dirigido contra su oído.

—¿Por qué no refrescar mi memoria? —Ella lo condujo por el pasillo oscuro.

Él tiró de ella a través de la puerta de vaivén y en la exquisita cocina con poca luz. La luz de la noche se inclinaba en las ventanas que iluminan una vieja estufa de calidad comercial de acero inoxidable y encimeras.

Ben la apretó contra una pared y le dio un beso. Fue un buen beso. Paciente. Suave. Lento. Completo. Pero cuanto más tiempo tenía la boca sobre la de ella, menos paciente se convirtió. Sus manos habían encontrado el dobladillo de su vestido.

—Fiesta. —Le recordó ella con un gemido, pero incluso mientras lo decía, se encontró con las piernas separadas, dando cabida a la mano para explorar lo que estaba por debajo del vestido.

Su mano se deslizó hacia el norte y él gimió.

Haciendo eso que no estaba bajo su vestido.

—No nos echarán de menos —dijo, con la boca contra su cuello.

—¿Reese, estás aquí? —dijo Luke, empujando a través de las puertas como si fuera una señal. Los vio, entonces dio la vuelta, dándoles la espalda—. Vamos, chicos.

Reese se mordió el labio.

—¿Qué necesitas, Luke? —preguntó Ben.

—Halie quería a Reese en el frente —se quejó, y luego empujó de vuelta a través de la puerta—. No puedes mantener tus manos fuera de ella durante cinco minutos.

Reese Suspiró. —Creo que estamos empezando a molestar a nuestros amigos.

Ben mordisqueó el cuello y acarició entre las piernas hasta que se quedó sin aliento. —Están celosos.

—Necesito salir al frente, creo —dijo, temblando lejos de él.

Él gimió y la sujetó con fuerza. —¿He mencionado que estaría trabajando en este proyecto durante meses? Eso son muchas horas de comida.

—¿Crees que podrías necesitar un poco de compañía para cualquiera de esos?

Él deslizó sus manos por su espalda y tiró de ella contra él para que pudiera sentir su erección. —Mucho. Me siento solo, ya sabes.

—Hmm —dijo ella contra sus labios—. No estoy segura de cómo se sentiría Halie sobre *nosotros almorzando* por toda su casa.

—Bueno, es su culpa que seamos así.

—Creo que si lo ves de esa manera… —Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y lo besó. Al final del pasillo, el clic de los tacones sonaba, cada vez más cerca.

—Reese, ¿sabes dónde están el resto de las copas de vino de cristal? —preguntó Halie en voz alta. Reese hizo caso omiso de su jefe y deslizó sus manos por el cabello de Ben.

La puerta giratoria chirrió al abrirse de nuevo. —Oh, ustedes dos —dijo Halie—. No importa.

Otro chillido y se quedaron solos.

—Te dije que no le importaría —murmuró Ben contra sus labios—. Creo que eres su historia exitosa favorita.

—Yo no cambiaría casi nada —protestó Reese.

—Tu y yo sabemos eso —respondió Ben encogiéndose de hombros—. Me gustaría que cambiaras una pequeña cosa sobre ti misma para mí, sin embargo.

Reese dio un paso atrás y se cruzó de brazos. —Pisa con cuidado, señor.

La tomó de la mano. —Usa esto para mí.

Reese sintió el frío metal del anillo antes de ver a la banda con diamantes incrustados.

—Oh.

—Cásate conmigo, Reese —pidió Ben, sus ojos verdes se arrugaron en las esquinas—. Comprometamos nuestras vidas para hacer a nuestros amigos celosos y nauseabundamente nuestros parientes.

Ella pasó la mano por su mandíbula, por sus mejillas desaliñadas, su pecho apretado de felicidad. —¿Te comprometes a ayudarme en cualquier loco entrenamiento de diosa del sexo al que mi jefe me envíe?

—Si debo hacerlo. —Anudó sus manos en su pelo y la estudió—. Te amo, Reese.

—Te amo demasiado, Ben.

—No has dicho que sí, todavía.

—Voy a hacerte sudar —dijo ella—. Alguien me enseñó todo sobre la gratificación retrasada —gruñó—. Él era un idiota.

—Oye, mira cómo hablas de mi prometido.

Fin

Sobre El Autor

Autora de romance contemporáneo y paranormal, Lexi Ryan escribe inteligentes, intrépidas historias que crepitan. Disfruta la lectura, el amanecer, una buena copa de vino y extraños viajes a la playa con su esposo e hijos.

Lexi vive en Indiana, donde divide su tiempo entre su familia, su escritura y su trabajo como profesora de Inglés. Lexi ama escuchar a sus lectores, ¡así que no dudes en enviarle un correo electrónico o encontrarla en Facebook o Twitter!

Accidental SEX GODDESS

Love Books

traducido, corregido y diseñado

en

foro

¡¡VISITANOS!!

LEXI RAIN